



HQN

UNA
CANCIÓN
DE AMOR

MERCEDES ALONSO

UNA
CANCIÓN
DE AMOR

MERCEDES ALONSO



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Mercedes Alonso
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una canción de amor, n.º 165 - agosto 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-022-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Epílogo

Si te ha gustado este libro...

*Fui una nota de tango
para tu indiferente melodía.*

Julio Cortázar

Prólogo

Supé que todo había acabado al ver su silueta alejándose calle abajo aquella noche. Quizá fue la manera de mirarme al despedirse, de rozar mi rostro con sus dedos, de besarme en los labios, o de decirme adiós, con la voz ronca y llena de emoción.

Tras despedirnos en la puerta de mi casa algo me empujó a asomarme a la ventana y le observé caminando en la oscuridad mientras las lágrimas corrían imparables por mis mejillas.

Mi único error había sido enamorarme total y absolutamente de aquel hombre. Aquel amor devastador solo existía en la literatura y en el cine, no podía ser real. Pero lo era, había llegado a mi vida arrasándolo todo para después marcharse oculto entre las sombras de la noche, y yo no podía hacer nada para impedirlo.

Capítulo 1

Nunca te olvidé

—No importa lo que te pongas. Los tíos son muy básicos y van a lo que van, así que elige cualquier cosa y no te compliques más —le digo a Paola mientras saca un vestido tras otro del armario.

—Tus comentarios no me ayudan en absoluto —me regaña ella.

—Te estoy ayudando, solo digo que escojas un vestido al azar y te lo pongas.

—A veces creo que eres mi peor enemiga en lugar de mi mejor amiga.

He conseguido que Paola se enfade, aunque, para ser sincera, no entiendo el porqué. Si no fuese su mejor amiga, algo que ella acaba de poner en duda, no estaría aquí tras una llamada desesperada pidiéndome que viniera inmediatamente a su casa. Yo también tengo una cita esta noche y, en lugar de estar preparándome para ella, estoy ayudándola a elegir algo que ponerse para su cita.

—Solo he dicho algo que es evidente, Daniel estará más interesado en lo que hay debajo de la ropa que en lo que lleves puesto encima —repito—. Además, eres guapísima, no necesitas ningún artificio para parecer lo que ya eres.

El rostro de Paola se relaja, pero solo un poco. Mis palabras parecen haber funcionado, pero si quiero que deje de estar enfadada tendré que esforzarme un poco más. Sin embargo, no he mentido, Paola es una de las mujeres más guapas que he conocido, de esas pocas afortunadas que no necesitan nada para lucir espectaculares y cuya belleza, las malas lenguas, atribuyen a la cirugía estética.

No es demasiado alta, pero tiene una bonita figura sobre la que un saco de patatas luce como un modelo del mejor de los diseñadores. Ojos azules, pelo largo, sedoso y rubio, labios carnosos y, para rematar, una bonita y pequeña nariz. Una auténtica muñequita con cara de ángel a cuyo paso nadie se resiste a volver la cabeza.

—Está bien, el verde —digo cogiendo un vestido del montón que ha sacado del armario—. Es sexy y el verde es tu color.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy segura —afirmo—. Además, no parece difícil de quitar —digo cogiéndolo por los tirantes y mirándolo desde todos los ángulos.

—¡Trae aquí! —me ordena arrancándome el vestido de las manos.

—¿Qué pasa ahora?

—Lo que pasa es que no te tomas esto en serio y es importante para mí. Daniel me gusta, me gusta mucho, es nuestra décima cita y aún no ha habido sexo. Me respeta y eso me gusta aún más, porque no busco una relación de una noche.

—Vale, creo que lo he entendido. Daniel te gusta y tú le gustas a él. No quieres una relación de una noche, pero ya habéis salido unas diez veces, así que, ¿qué me he perdido?

—No te has perdido nada, no te hagas la tonta. Sé que no crees en las relaciones duraderas desde que tú y...

—No quiero que pronuncies ese nombre —la interrumpo—. En cuanto a que no te tomo en serio, eso no es cierto, estoy aquí contigo, ayudándote a elegir un vestido para tu cita.

—Será mejor que te vayas —dice comenzando a guardar la ropa en el armario.

—¿Por qué? Sinceramente, no entiendo por qué me pides que me vaya si hace tan solo un rato me has pedido que viniera.

—No quiero que me ayudes. Me parece perfecto que no creas en el amor, pero deberías entender que yo sí, al igual que millones de personas en el mundo.

—De acuerdo, si eso es lo que quieres, me voy —le digo poniéndome en pie y cogiendo el bolso que he dejado sobre la cama.

—Rebeca —me llama Paola cuando estoy saliendo por la puerta de su habitación.

—¿Qué quieres ahora? —pregunto mirándola con cara de pocos amigos.

Estoy molesta con ella por sus comentarios y empieza a cansarme que achaque todo lo que me pasa a una mala experiencia sentimental del pasado.

—No puedes seguir viviendo así —responde.

—¿Ahora también vas a meterte con mi forma de vida?

—Te estás convirtiendo en una persona frívola y vacía. Sé lo mal que lo pasaste cuando Lucas te dejó y lo mucho que te está costando olvidarle, pero deberías intentarlo. Tu media naranja existe, está en alguna parte y solo tienes

que encontrarla.

—Sí, claro. La buscaré mañana si tengo un rato libre, pero ahora voy a prepararme para mi cita. No necesito amor, pero ya sabes que no he renunciado al sexo —le digo a Paola guiñándole un ojo, y veo cómo ella pone los ojos en blanco.

En cuanto salgo de la casa de mi amiga borro la sonrisa de mi rostro y bajo corriendo las escaleras de los dos pisos que me separan de la calle. Cuando llego abajo me falta el aire y apenas puedo respirar. Aspiro profundamente varias veces, hasta que mi respiración se normaliza y empiezo a sentirme un poco mejor.

Cruzo la calle para ir en busca del coche que he dejado aparcado en la acera de enfrente. Paola vive en la zona nueva de Segovia, en un edificio de dos plantas de reciente construcción, y el aparcamiento no supone ningún problema, al contrario de lo que sucede en el centro de la ciudad, que es donde yo vivo.

Me subo al coche y busco la botella de agua que siempre llevo en el bolso. Bebo despacio, tengo la boca y la garganta secas, y me cuesta tragar. Siempre me sucede lo mismo cuando el pasado regresa y el dolor que sentí hace años vuelve a golpearme con fuerza. Pero soy incapaz de evitarlo.

Arranco el coche y pongo la música a tope. La canción *Stereo Hearts* de Gym Class Heroes comienza a sonar y yo canto. Canto cada vez más alto, hasta que la música invade mi mente por completo y no hay sitio para nada más.

Una nueva cita, otra noche de sexo, otro día lejos de sus brazos.

Capítulo 2

Luciérnagas en nuestras manos

—Estás estupenda esta noche —dice Alex mientras me toma por la cintura y me besa.

En cuanto nuestros labios se rozan abro la boca y noto cómo su lengua busca con avidez la mía. Acabamos de salir del restaurante en el que hemos cenado y ya en el exterior, lejos de las miradas curiosas y tras pasar la mayor parte de la velada intercambiando caricias por debajo de la mesa, solo puedo pensar en una noche de sexo de esas que consiguen transportarme hasta un lugar donde los únicos protagonistas somos mi amante de turno y yo misma.

Alex me da la mano y tira de mí. Le sigo expectante hasta su coche, él me abre la puerta con galantería y subo despacio, aprovechando nuestra cercanía para rozar su cuerpo con el mío. Le oigo respirar profundamente y me vuelvo hacia él para guiñarle un ojo con picardía.

Nada más poner el coche en marcha y sacarlo del aparcamiento, coloca su mano derecha sobre mi muslo izquierdo. Me acaricia con suavidad para después deslizar la mano hacia arriba, hasta rozar el encaje de mis bragas. De mi garganta se escapa un gemido ronco y profundo, cierro los ojos y echo hacia atrás la cabeza disfrutando de ese contacto que consigue excitarme.

—Me vuelves loco —susurra Alex mientras sus dedos se cuelan por debajo de mis bragas alcanzando mi sexo—. Si vuelves a gemir de ese modo no tendré más remedio que parar el coche y hacerte mía.

—Y si tú sigues acariciándome así, seré yo quien te pida que detengas el coche y me hagas tuya.

Alex suelta una sonora carcajada que resuena en el reducido espacio interior del vehículo y me giro hacia él para mirarle. Su perfil se recorta contra la luz de la luna llena y es simplemente perfecto. Su pelo, espeso y negro, luce algo despeinado a estas horas de la noche y la incipiente barba le da un aire canalla que le sienta de maravilla. Tiene los ojos tan oscuros como la noche y tan profundos que te atrapan en ellos con solo mirarle. Es alto, algo desgarbado y extremadamente atractivo.

—¿Por qué te ríes? —le pregunto.

—Tú siempre consigues hacerme reír —dice mirándome a los ojos al mismo tiempo que sus dedos se abren paso hacia mi interior.

No lo esperaba y grito por la sorpresa, el dolor y el placer que ese movimiento me proporciona.

—Antes era una amenaza, ahora es un hecho —dice girando repentinamente a la derecha, por un camino de tierra que conduce al interior de un pinar.

Conduce durante un par de minutos y después detiene el coche abruptamente, se quita el cinturón de seguridad y hace lo mismo con el mío.

—Ven aquí —me pide, y me ayuda a colocarme a horcajadas sobre él—. Me encanta tu olor, tu sabor y tu tacto. Eres como una droga para cada uno de mis sentidos.

Desliza los tirantes de mi vestido por los brazos y tira de la tela hacia abajo, dejando el sujetador a la vista. Sus manos y su lengua se cuelan bajo el delicado encaje haciéndome suspirar, y me aprieto contra su cuerpo deseando sentirle dentro de mí.

—Ummmmm —vuelvo a gemir.

—Me tienes hechizado —murmura él sin dejar de besarme.

Busco sus labios para saborear uno de esos besos que desde que nos conocimos, hace un par de semanas, consiguen hacerme temblar de la cabeza a los pies. Paso la lengua sobre ellos, los muerdo y me sumerjo en la suavidad de su boca mientras mis manos desabotonan su camisa y acarician cada porción de piel que va quedando desnuda.

Me deshago de mi vestido, quedándome en ropa interior, y siento su piel caliente contra la mía. Desabrocho sus pantalones hasta encontrar su abultado deseo, que late entre mis muslos pugnando por ser liberado. Y lo libero. Suavemente, sosteniéndolo entre mis manos mientras mis dedos acarician su largura.

Alex me arranca las bragas de un tirón y río sorprendida por su impaciencia. Después busca un preservativo en la guantera, se lo coloca con premura y se cuela en mi interior llenándome por completo.

—Ahora eres mía —dice muy cerca de mi oído, y su aliento cálido hace que me estremezca de placer.

Me muevo sobre él mientras me sujeta por la cintura guiando mis movimientos, apretándome contra su cuerpo y haciéndome gemir, una y otra vez, hasta casi alcanzar el éxtasis.

Sus manos deslizándose desde la cintura hasta los glúteos, sus labios recorriendo la curva de mi cuello, sus ojos, que al mirarme, hacen que arda de deseo. Nuestros movimientos se sincronizan, se superponen, se hacen uno. Tiemblo de placer cada vez que entra y sale de mi interior, y el latir de nuestros cuerpos sudorosos deslizándose suavemente el uno sobre el otro nos conduce abruptamente hacia la cima.

—Rebeca —susurra mi nombre.

—Alex —consigo decir mientras cierro los ojos y noto cómo los músculos de su cuerpo se tensan.

Y así, lentamente, Alex se vacía en mi interior mientras mi mirada recorre su rostro.

Nos vestimos torpemente en el interior del coche. Apenas me lleva un par de minutos colocarme el sujetador y el vestido. Mis bragas están junto a los pedales y las recojo para guardarlas en el bolso y tirarlas a la basura cuando llegue a casa.

Mientras él termina de ponerse la ropa, abro la puerta del coche y salgo al exterior. Mis tacones se hunden en la arena nada más poner los pies en ella y me quito los zapatos quedándome descalza.

La noche es perfecta. Una noche de principios de junio algo fresca, pero el cielo está completamente despejado y, lejos de las farolas de la ciudad, presume de infinito perlado de estrellas.

—¿Estás bien? —Alex sale del coche, me rodea con sus brazos y me dejo caer sobre su cuerpo.

—Perfectamente —respondo con una sonrisa, aunque está demasiado oscuro y no puede verme.

Me siento cómoda a su lado, aunque apenas le conozco y nuestra historia llegará a su final muy pronto. Siempre es así, desde Lucas no ha habido ningún hombre en mi vida que haya significado algo. Y aunque Alex me gusta no estoy enamorada de él. El amor no entra en mis planes, hace años que me es algo ajeno. Tal vez porque aún no he superado el desamor.

—Quiero pasar la noche contigo —dice besando mi cuello—. Aún hay muchas cosas que quiero probar esta noche.

Me vuelvo hacia él, pero no respondo. Solo le beso, porque sus besos son mágicos y consiguen que me olvide de todo. De esos otros labios, de esos otros brazos, de esos otros besos que necesito alejar de mis recuerdos.

Capítulo 3

Y si fuera ella

ALEX

—Tío, ¿estás aquí? —me pregunta Antonio dándome un golpe en el hombro con el puño.

—Sí —respondo, pero no es cierto.

Mis amigos y yo tomamos unas cañas en un bar como solemos hacer cada sábado. Unas salidas que siempre me divierten y en las que terminamos recorriendo todos los bares de Segovia, hacia el final de la noche tan ciegos que a veces no recuerdo cómo he conseguido llegar a casa. Pero hoy es diferente. Aún siento en mis manos el tacto de la piel de Rebeca y desde que la dejé escapar esta mañana no he conseguido apartarla de mi cabeza.

—Alex está pensando en la morenita —se carcajea Paco.

—¿Qué morenita? —pregunta Hugo volviéndose hacia mí en busca de una respuesta.

—No estoy pensando en nadie —miento—, solo estoy cansado.

Las bromas de mis amigos no me hacen ninguna gracia esta noche y mucho menos el tono que emplean para referirse a Rebeca.

—Ese pibón debió de darte caña anoche, amigo —dice Antonio con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tíos, dejaos de coñas —replico molesto.

—Venga, hombre, no te pongas así y cuéntanos qué tal es la morenita en la cama —dice Paco—. ¿Es tan buena que te ha pillado por los huevos?

—¿Queréis dejarlo de una vez? No hay nada entre Rebeca y yo —digo controlando mi enfado.

—¿Estás seguro? —pregunta Antonio con sorna.

—Completamente seguro —respondo intentando digerir mis propias palabras.

—Así me gusta —dice Hugo palmeando mi espalda—. Las tías solo sirven para pasar el rato.

Dejo de escucharlos. Hace unos días habría entrado de lleno en la

conversación, habría bromeado acerca de las mujeres y el sexo, y me habría reído de buena gana, pero algo ha cambiado desde que conocí a Rebeca y ya no soy el mismo hombre. Nunca había estado con una mujer como ella, capaz de hacerme sentir de una forma tan intensa. Quizá sea su forma de besarme, como si yo fuese la persona más importante del mundo, el modo en que sus párpados caen perezosos sobre sus ojos cuando hacemos el amor, su risa, vital, alegre y contagiosa, su forma de mirarme, con los ojos brillantes de deseo. Todas esas cosas que la hacen única y que no puedo apartar de mi cabeza.

Solo puedo pensar en ella, en volver a sentir su piel bajo mis manos y besar esos labios que arden de deseo con solo rozarlos.

—¿Por qué no vamos a otra parte? —propongo a mis amigos.

Empiezo a estar aburrido, la conversación no consigue interesarme ni apartarme de mis pensamientos y quizá esta noche tenga suerte y vuelva a encontrarla, igual que hace un par de semanas, cuando la vi por primera vez bailando como una diosa.

Capítulo 4

El amor nos hace débiles

—¿Qué tal tu cita con Daniel? —le pregunto a Paola mientras cenamos de tapas en un bar situado muy cerca de la calle Real.

—Maravillosa —responde con la mirada perdida.

—Joder, Paola, ¿no pensarás dejarnos así, con la miel en los labios? —dice Pepa con la boca llena.

—¿Qué queréis que os cuente? —Paola nos mira a las dos de forma inocente y se encoge de hombros.

—¡Todo! —exclamo comenzando a reír—. ¿Estáis aún en los preliminares o habéis llegado a la tercera base?

—Sois unas pervertidas —nos regaña Paola, aunque sonrío—. Solo pensáis en el sexo.

—Porque el sexo es lo mejor de una relación —opina Pepa.

—Suscribo tus palabras —le digo a mi amiga chocando la mano contra la suya.

—No estáis hablando en serio —se escandaliza Paola—. Yo quiero disfrutar de mi relación con Daniel al cien por cien, y no solo del sexo.

—De eso se trata, de disfrutar —bromea Pepa y ambas nos echamos a reír de nuevo.

—¿Dónde queda el romanticismo? —pregunta Paola.

—En los libros —respondo—. Y también en las películas.

—No digas tonterías, llevas dos semanas saliendo con el mismo hombre, eso es una novedad y seguro que significa algo —dice Paola.

—Significa que el sexo con él es brutal. —Y Pepa vuelve a reírse a carcajadas provocando que todo el mundo se vuelva a mirarnos.

—¡Qué suerte tienes! —exclama Pepa.

—Y en cuanto las cosas se pongan serias saldrás corriendo, ¿no? —inquire Paola con tono serio y mirada desafiante. Esa mirada que conozco muy bien desde que éramos solo unas niñas y jugábamos juntas a las muñecas.

—No voy a salir corriendo. Cuando me canse le diré que no quiero volver

a verle. —Me encojo de hombros y me meto en la boca un trozo de pan—. Pero estábamos hablando de ti y de Daniel.

—Está bien... —suspira—. Lo hicimos.

—¿Que hicisteis qué? —pregunta Pepa.

—Fuimos a mi casa y pasamos la noche juntos.

—¿Jugando a la brisca? —insisto.

—Hicimos el amor y fue... fue... decepcionante. ¡Ya lo he dicho! ¿Estáis contentas?

—¿Qué?! —pregunto incrédula.

—¿Cómo? —Pepa se atraganta con un trozo de pan y le lleno el vaso de sangría para que beba.

—Lo que oís. Fue decepcionante —repite Paola.

—No lo entiendo, lleváis semanas saliendo, todo parecía ir sobre ruedas y supongo que estabais deseando que llegara ese momento —digo sorprendida.

—Quizá precisamente por eso fue un absoluto fracaso. Ambos teníamos demasiadas expectativas puestas en ese momento. —Paola parece muy preocupada y me siento culpable por haber sacado este tema de conversación delante de Pepa.

Pepa es una buena amiga de ambas, la conocimos en la universidad cuando Paola y yo dejamos el pueblo en el que nacimos para trasladarnos a Segovia a estudiar magisterio. Las tres elegimos la misma carrera y compartimos piso durante casi cuatro años. Entre nosotras surgió una gran amistad que seguimos manteniendo cinco años después, pero Paola es bastante reservada con ciertos temas y ni siquiera a mí, que soy su mejor amiga, me lo cuenta todo.

—No deberías preocuparte demasiado. La primera vez no tiene que ser la mejor. De hecho, casi nunca es la mejor —intento animarla.

—Y me lo dices tú —sonríe ella tristemente.

—Sí, te lo digo yo, que de otra cosa no sabré, pero de sexo sé bastante.

—Que no decaiga el ánimo. —Pepa llena el vaso de Paola de sangría y levanta el suyo proponiendo un brindis—. Brindo por las segundas veces, las terceras y las cuartas.

Paola y yo entrechocamos nuestros vasos y apuramos su contenido hasta el fondo. Pero Paola no parece más contenta que unos segundos antes.

—No sé qué voy a hacer. Daniel no me ha llamado en todo el día y yo no me atrevo a llamarle —nos confiesa.

—¿Cómo que no te atreves a llamarle? —inquiero quitándole el teléfono y buscando en la agenda el nombre de Daniel.

—No puedo hacerlo.

—¡Claro que puedes! —exclama Pepa.

—Quieres hacerlo y puedes hacerlo —digo pulsando el botón de llamada y pasándole el teléfono a Paola.

—Eres una... Ho... hola, Daniel, soy Paola —balbucea—. ¿De verdad?

Paola se levanta con una sonrisa tonta y se aleja de nosotras buscando un poco de intimidad. Y pienso que el amor es tonto, ciego y un poco ridículo.

—¿Qué crees que va a pasar? —me pregunta Pepa.

—¿Me lo preguntas como amiga o como experta en sexo? —bromeo.

—Como amiga.

—No lo sé, supongo que volverán a intentarlo y si todo va bien comerán perdices.

—Eres terrible.

—No lo soy, pero creo que es inútil buscar el amor cuando hay tantos hombres dispuestos a pasar un buen rato.

Paola regresa con la misma sonrisa tonta con la que se ha marchado hace un rato y vuelve a sentarse frente a nosotras, que esperamos impacientes las noticias.

—¿Habrà segunda oportunidad? —pregunto.

—Sí —sonríe—. Daniel pensaba que me sentía decepcionada y no se atrevía a llamarme.

—Y lo estabas —le recuerda Pepa.

—Lo estaba... bueno, lo estoy, pero solo en lo referente al sexo.

—¿No irás a decirme que te conformas con eso? —inquiero con incredulidad.

—No, no voy a decirlo, pero en una relación el sexo no es lo único que importa. Estoy dispuesta a darle una oportunidad a esto. Los dos lo estamos.

—Tienes que ser más espontánea y no planearlo todo hasta el último detalle, eso mata la pasión —observo.

—¡Habló la experta! —Paola pone los ojos en blanco, pero sonríe.

—Lo soy y no me avergüenzo de ello, si un hombre me gusta y me apetece tener sexo, voy a por él.

—Chicas, dejadlo ya, a vuestro lado me siento como una monja de clausura —se queja Pepa.

—A ti nunca te han faltado pretendientes —le dice Paola.

—Pero ninguno cumple mis expectativas y cada vez me apetece menos embarcarme en aventuras que solo van a durar una noche.

—¿Tú también? —pregunto volviendo a llenar mi vaso.

No puedo creer lo que dice Pepa. Al contrario que Paola, que siempre ha sido la romántica, a Pepa nunca le han interesado las relaciones que impliquen compromiso. Por eso vuelvo a apurar mi vaso y por eso la miro con la boca abierta, sorprendida por su confesión.

—Rebeca, nos hacemos mayores y las cosas cambian. Ya no me apetece estar cada noche con un hombre diferente, ni despertarme junto a alguien a quien acabo de conocer y de quien no recuerdo el nombre. Necesito algo más —responde Pepa muy seria.

—Tenemos veintinueve años, no somos tan mayores y, aunque lo fuéramos, lo importante es hacer lo que quieras en cada momento —opino.

—Recuerda que una vez te enamoraste y también pensaste que era para siempre —me recuerda Paola.

—Y después descubrí que no era así. El amor nos hace débiles y vulnerables. El amor, en realidad, es una mierda.

Paola y Pepa no añaden nada a mi comentario. Saben que una vez que hemos llegado a este punto es mejor no remover el pasado. Ese pasado que duele, a pesar del tiempo y de todos los hombres que han pasado desde entonces por mi vida. Pero no voy a dejar que los recuerdos nos estropeen la noche.

—¿Por qué no llamas otra vez a Daniel y quedas con él? Pepa y yo podemos divertirnos solas —le digo a Paola.

—¿No os importa? —la mirada de Paola lo dice todo, lo que más le apetece en este momento es ver a Daniel y no seré yo quien se lo impida.

—Ve, nena, no te preocupes por nosotras, estaremos bien —la anima Pepa.

Paola sonríe, coge su teléfono y se levanta de nuevo alejándose de nosotras. Después de varios desengaños amorosos ha encontrado a alguien que le hace feliz, aunque aún tienen que resolver algunas cosas para que todo funcione perfectamente.

Capítulo 5

Cuando te miro

ALEX

—¿No es esa la morenita? —me pregunta Antonio señalando hacia la barra.

Giro la cabeza esperando que sea ella y cuando la veo me quedo sin respiración. Rebeca lleva puesto un vestido rojo que abraza su cuerpo ajustándose a él como una segunda piel. Su pelo, negro y sedoso, cae sobre sus hombros enmarcando su rostro, y aunque no puedo ver sus pies, los imagino sobre unos zapatos de tacón estilizando sus piernas largas y bien torneadas.

Paso la lengua sobre mis labios al imaginar su aroma y su sabor, y cuando ríe, echando hacia atrás la cabeza, solo puedo pensar en besarla.

—Sí, es Rebeca —le confirmo a mi amigo con fingida indiferencia.

—¿No vas a ir a saludarla? Está cañón —dice Antonio comiéndosela con los ojos.

De buena gana se los arrancaría para que dejara de mirarla de esa manera, pero ella no es mi chica, solo hemos salido unas cuantas veces y tenemos una relación sin compromiso.

—Si no vas a acercarte a ella será mejor que dejes de mirarla de esa manera, tío —me dice Hugo soltando una carcajada.

Hugo tiene razón, debería dejar de mirarla antes de que me descubra y termine haciendo el ridículo. Solo un segundo más, me digo, y en ese momento ella levanta la vista de su interlocutor y nuestras miradas se encuentran. Inclino la cabeza y ella sonrío inclinándola a su vez, pero no hace ningún ademán de venir a encontrarse conmigo.

Solo puedo pensar en acercarme hasta a ella, cogerla en brazos y sacarla de aquí para llevármela a otro lugar donde poder estar solos. Pero no creo que ese tipo de comportamiento funcione con ella, de hecho, no se parece a ninguna de las mujeres con las que he salido hasta ahora. No es de las que llaman y envían mensajes a todas horas, ni de las que quieren un anillo en el

dedo antes de la tercera cita, y nunca pregunta al despedirnos cuándo volveremos a vernos. Todo eso me desconcierta y me vuelve loco.

Aparto la vista de ella y devuelvo la atención a la conversación que mantienen mis amigos, aunque podría pasarme el resto de la noche mirándola, de hecho, podría pasarme el resto de mi vida mirándola.

Capítulo 6

Bye, bye, darling

Alex está aquí. Sonrío e inclino la cabeza para saludarle, pero no me acerco a él. Hemos pasado la noche juntos y nos hemos despedido esta misma mañana, algo que no suelo hacer con ninguno de mis ligues de usar y tirar.

Mis reglas son dos:

1. No pasar la noche con ningún hombre.
2. No quedar con el mismo hombre más de cinco veces.

Hasta ahora las había llevado a rajatabla, pero he roto la primera con Alex y si vuelvo a salir con él habré roto también la segunda.

—Es guapísimo y te mira como si quisiera comerte —me dice Pepa refiriéndose a Alex.

—Y puedo dar fe de que es un producto de primera calidad, pero no quiero implicarme más. Lo hemos pasado muy bien juntos y se acabó.

—Pues yo diría, por la forma en que te mira, que él no lo tiene tan claro como tú.

—Supongo que se lo he puesto demasiado fácil y a nadie le amarga un dulce, pero la próxima vez que me llame le dejaré claro que no quiero volver a verle.

—¿Por qué? Le gustas y creo que él también te gusta. Deberías darle una oportunidad.

—Quizá debería, pero no voy a hacerlo —respondo con vehemencia cogiendo mi copa para salir fuera del bar.

Pero tres hombres se acercan a nosotras y se presentan. No presto atención a sus nombres y no me molesto en decirles el mío. No tengo intención de entablar una conversación con ellos, aunque Pepa parece tener una opinión distinta y enseguida se pone a charlar. Empiezan a aburrirme este tipo de situaciones y en cuanto veo la oportunidad me escabullo para librarme de una charla insustancial a la que no estoy prestando atención.

—Voy al baño —me disculpo, pero en lugar de dirigirme a los aseos salgo a la calle.

En el exterior hay mucha gente. Es una noche calurosa que invita a estar en la calle. Algo que en esta zona ocurre con poca frecuencia y que hay que aprovechar al máximo. Busco un lugar algo menos concurrido y apoyo la espalda contra la pared. Me siento molesta con Pepa, ella y Paola podrían guardarse sus opiniones respecto a mi vida sentimental, especialmente cuando hablan de Lucas, un terreno pantanoso que aún no estoy preparada para abordar y que evito constantemente.

Bebo de mi copa, la ginebra baja por mi garganta calentándola y, aunque sé que solo me reconfortará unos minutos, es todo lo que necesito para recuperar la calma y volver a enfrentarme a mi amiga.

—Te estaba buscando. —Mis ojos se encuentran con los de Alex que está muy cerca de mí, aunque no le he oído llegar.

—Pues ya me has encontrado —respondo molesta, porque acaba de interrumpir lo que yo llamo «momento Rebeca», ese espacio de tiempo que necesito para mantener mi mal humor bajo control.

—¿Te han molestado esos tíos?

—No, supongo que solo tienen ganas de ligar y yo no estoy de humor esta noche.

—¿Un mal día?

—Alex, sabes tan bien como yo que esto no va a ninguna parte y creo que deberíamos dejar de vernos —le suelto de pronto.

—Rebeca...

—No digas nada —le interrumpo—. Lo hemos pasado bien, pero se acabó.

Me alejo de Alex con una sensación extraña. He sido demasiado brusca, ni siquiera le he dejado hablar, pero tenía que acabar con esto cuanto antes. Antes de que él empezará a albergar algún tipo de esperanza respecto a nuestra relación y antes de que yo rompiera la segunda de mis reglas en cuanto a las relaciones con los hombres.

Regreso al interior del bar a recoger mi bolso, dejo un billete de cincuenta euros sobre la barra y me despido de Pepa. Quiero regresar a casa y meterme en la cama, me conozco demasiado bien y sé que si sigo aquí me emborracharé hasta perder el sentido y acabaré metiéndome en la cama del primer hombre que se acerque. Y eso es muy mala idea.

—¿Te vas con Alex? —pregunta Pepa.

—No, me voy a casa sola, me duele la cabeza y necesito tomarme algo y meterme en la cama antes de que vaya a más.

—¿Otra vez la jaqueca? —Pepa parece preocupada y siento remordimientos por haberle contado una mentira.

—Mañana estaré perfectamente —respondo intentando esbozar una sonrisa y dándole un abrazo.

Regreso a casa sintiéndome derrotada. Cada vez me sucede menos, pero aún tengo esos días en los que el mundo parece derrumbarse a mi alrededor y no encuentro nada a lo que aferrarme.

Cuando conocí a Lucas sentí por él algo que nunca antes había experimentado. En cuanto nuestros ojos se encontraron supe que era el hombre de mi vida y más tarde descubrí que él se había sentido exactamente igual respecto a mí.

Nos conocimos durante un curso de fotografía. Él era el profesor y yo la alumna. Hacer fotografías era un hobby que tenía desde que era una adolescente y llevaba años practicando con mi cámara, pero tenía mucho que aprender y llevaba algún tiempo queriendo hacer un curso profesional. Así que, en cuanto vi el anuncio en *El adelantado de Segovia*, no lo pensé dos veces y me apunté.

El primer día de clase llegué tarde, algo habitual en mí, que siempre he sido un desastre en lo que a puntualidad se refiere. El curso se impartía en el estudio de Lucas y solo había diez plazas, aunque era un lugar bastante amplio y había espacio para algunas personas más. El estudio estaba situado muy cerca de la calle Real, en la primera planta de un edificio antiguo, y subí corriendo las escaleras, nerviosa porque era el primer día y ya estaba haciendo gala de uno de mis mayores defectos.

Cuando aquel hombre rubio de ojos azulísimos abrió la puerta me quedé paralizada. Nunca había sido introvertida, pero al ver a Lucas me quedé sin palabras. Él tampoco habló inmediatamente y no sé cuánto tiempo estuvimos allí de pie, junto a la puerta, mirándonos fijamente hasta aprendernos el uno al otro de memoria.

El curso duró cuatro semanas y poco a poco fuimos intimando. Tomábamos café al acabar la clase o nos quedábamos hablando hasta que nos dábamos cuenta de que habían pasado varias horas. Y cuando el curso terminó seguimos en contacto. Un inocente mensaje, una llamada, un café a media tarde... Hasta que las llamadas y los mensajes se convirtieron para mí en algo tan necesario como el aire que respiraba. De repente, estaba completamente enganchada a Lucas, vivía por y para él, y me sentía

afortunada porque él parecía sentir exactamente lo mismo que yo. Y así llegó nuestro primer beso, nuestra primera vez y un maravilloso viaje a Menorca que consolidó nuestra relación.

Pasamos un año entero juntos. Éramos felices, o al menos eso era lo que yo pensaba hasta que un día desapareció de mi vida. Nada me hizo sospechar que el final se acercaba. Todo parecía ir bien hasta que una noche se mostró un poco raro y, cuando nos despedimos en la puerta de mi casa, su forma de mirarme y aquel último beso me parecieron una despedida. Entonces no lo sabía, solo lo intuía, pero lo fue.

Lucas no volvió a llamarme por teléfono y dejó de contestar a mis llamadas y mensajes. Le envié un largo correo electrónico pidiéndole que me explicara qué había sucedido. Necesitaba saber en qué me había equivocado, qué había pasado para que se marchara de aquella manera. Pasó mucho tiempo hasta que respondió, por entonces ya se había ido a trabajar fuera de España según me contó uno de sus amigos, y su respuesta fue muy clara: «Creo que lo mejor es que no nos volvamos a ver».

Sabía que le había perdido, pero hasta que recibí aquel correo electrónico seguía aferrándome a ese finísimo hilo del que pendía la última esperanza. Lo nuestro había sido un flechazo, todo había ido sobre ruedas hasta aquella noche, ¿qué había pasado para que se marchara sin decirme adiós?

Pasé mucho tiempo viviendo como una zombi. No tenía ganas de nada, porque nada tenía sentido en mi vida si él no estaba. Mis padres y mi hermano estaban preocupados por mí, e incluso mi madre se trasladó a mi casa durante unas semanas para cuidarme. Paola y Pepa agotaron todos sus recursos intentando animarme. Pero sin él mi vida era triste y oscura, y no tenía ganas de vivirla.

Cuando conseguí recuperarme prometí que ningún hombre volvería a hacerme daño y que los días en el infierno se habían acabado para siempre. Pero olvidar no es fácil. Es un arduo camino por el que voy deslizándome lentamente un día tras otro. Dos años después, a pesar de haber centrado todos mis esfuerzos en olvidarle, a veces me sorprende pensando en él, recordando sus palabras, su aroma y todos aquellos momentos que compartimos.

Capítulo 7

Aún puedo sentirte

ALEX

Siento la calidez de su cuerpo en mis dedos, la suavidad de su piel se ha quedado impresa en ellos. No consigo dormir ni pensar con claridad. Desde que Rebeca se ha marchado de mi vida nada es igual, aunque he estado tan poco tiempo con ella que no consigo entender cómo ha podido calarme tan hondo.

Rebeca no quiere que volvamos a vernos. Por primera vez soy yo quien no dice esas palabras y ahora me arrepiento de todas las veces que las he pronunciado. Me pongo en la piel de Patricia, Beatriz, Elena, Ana, María y tantas otras. Mujeres en las que solo buscaba sexo. Unas me lo pusieron demasiado fácil, con otras tuve que currármelo un poco más, pero una vez conseguido el objetivo las desechara sin ningún tipo de remordimiento.

Alguien me dijo una vez que un día sería yo el rechazado, que encontraría la horma de mi zapato y entonces entendería cómo se sintieron esas mujeres. No sé si fue Ana, Patricia, Elena o cualquier otra, pero al recordar aquellas palabras comienzo a comprender a qué se refería.

Llamo a Antonio para quedar esta noche, pero tiene planes. Lo mismo sucede con Paco y con Hugo, una cita, un compromiso familiar, unas cervezas después del trabajo... Busco en la agenda, está llena nombres de mujeres que siempre están dispuestas a pasar un buen rato. Son solo nombres, números de teléfono que he marcado decenas de veces en busca de un alivio rápido. Ahora mi mirada se detiene solo en uno de esos nombres, en un solo número, el único que quiero marcar. El único que no puedo marcar.

Capítulo 8

Volver a empezar

Este año soy tutora de sexto de primaria. Conozco a casi todos los alumnos porque también fui su tutora en cuarto. Se trata de un grupo bastante homogéneo cuyo único problema es que son muy charlatanes.

Es viernes por la tarde y dedicamos la última hora a tutoría. Les pregunto si tienen algún problema o si hay algo que quieran contarme y, como viene ocurriendo en las últimas semanas, vuelven a bombardearme con preguntas sobre lo que va a significar el cambio de ciclo. El próximo año la mayoría de ellos empezarán el primer curso de la ESO y llevan un tiempo preocupados ante las mayores exigencias de esa nueva etapa. Respondo a todas sus dudas y sin darnos cuenta llega el final de la clase. Les recuerdo que el lunes tienen que entregar un trabajo sobre el último libro que hemos leído. Ellos intentan convencerme para cambiarlo al martes, pero me mantengo firme y les amenazo con quitarles un punto si no lo traen ese día, y dos si finalmente no lo hacen.

Me despido de ellos cuando suena el timbre, pero ya no me escuchan. Se nota que es viernes y están cansados. El trimestre está llegando a su fin, se aproximan las vacaciones de verano y hasta les cuesta más trabajo que otras veces colocarse en fila y guardar silencio para salir.

A la salida me espera Paola. Trabajamos en el mismo centro. Yo entré unos meses antes que ella y cuando una de las profesoras se prejubiló la animé para que enviara su currículum. Finalmente entró en el proceso de selección de personal y consiguió la plaza. Al principio solo a tiempo parcial, pero al año siguiente a jornada completa. Pepa es la más afortunada porque aprobó las oposiciones y trabaja en un centro de un pueblo a solo unos pocos kilómetros de la ciudad. Pero no puedo quejarme, en el colegio hay buen ambiente de trabajo y me encanta lo que hago.

Paola y yo hemos quedado para ir de compras. Esta noche ha vuelto a quedar con Daniel y desde que sale con él se ha obsesionado con su imagen y no quiere repetir modelito. Cuando salgo ya está en la puerta esperándome, parece nerviosa porque, en cuanto a ropa se refiere, nunca tiene muy claro lo

que está buscando, pero sus ojos brillan de una forma especial, como solo pueden hacerlo los de alguien que es feliz.

—¿Lista? —me pregunta.

—Sí, estoy lista. Llevo agua, frutos secos y zapatillas de deporte —le digo señalándome los pies.

—Vamos de compras, no de excursión.

—No veo la diferencia. La última vez que te acompañé casi necesité una botella de oxígeno y una transfusión de sangre —bromeo.

—¿Me estás llamando pesada?

—Solo un poco —sonrío.

—¿Por dónde empezamos?

—Eso es cosa tuya, no sé lo que estás buscando, así que no puedo ayudarte.

—Iremos al centro comercial —dice bastante decidida, aunque enseguida se vuelve a mirarme buscando mi aprobación.

Me encojo de hombros y comienzo a caminar hacia el lugar donde he dejado aparcado el coche. Cuanto antes nos pongamos en marcha antes regresaremos.

Recorremos el centro comercial de arriba abajo y entramos en todas las tiendas. Paola se prueba vestidos, faldas, pantalones, camisetas y camisas, pero nada parece convencerla y salimos de cada una de las tiendas con las manos vacías. Siempre ha sido bastante insegura y le cuesta horrores decidirse, y mis consejos no parece que le gusten demasiado.

Ni las deportivas consiguen librarme del dolor de pies, y cuatro horas más tarde aún seguimos dando vueltas, entrando y saliendo de las tiendas con las manos vacías y con los ánimos por los suelos. Finalmente me ofrezco a prestarle algo de mi armario. Lo hago por el bien de nuestros pies y para que ninguna de las dos lleguemos tarde a nuestra cita.

—Tu ropa es demasiado... provocativa —responde a mi ofrecimiento.

—Paola, mírame, llevo unos pantalones vaqueros y una camisa blanca.

—No hablo de la ropa con la que vas al trabajo, sino de la que usas para salir por ahí.

—Hay todo tipo de prendas en mi armario, pero, en cualquier caso, no deberías ser tan mojigata. Aunque creo que tengo un disfraz de monja —le digo soltando una carcajada.

—No me hace ninguna gracia —se queja—. Quiero algo sencillo y que no

enseñe demasiado, no sé si me entiendes.

—¿Un saco de patatas? —pregunto suspirando—. Paola, te has probado toda la ropa que había en el centro comercial y nada te ha gustado, ¿no crees que eres demasiado exigente?

—Es que estoy muy nerviosa, creo que esta puede ser nuestra gran noche y...

—Para, para, para. ¿La gran noche otra vez? —la interrumpo.

—¿Lo ves? Tú me pones nerviosa —dice caminando hacia la salida del centro comercial.

—No me eches la culpa a mí —replico siguiéndola—. El otro día ya hablamos de este tema, ¿recuerdas lo que te dije?

—Que debería relajarme y dejar que las cosas fluyan.

—Bueno, esas no fueron exactamente mis palabras, pero lo importante es que has captado el mensaje. Daniel te gusta y tú le gustas, así que las cosas simplemente sucederán.

—¿Podrías dejarme tu vestido negro? Ese del escote halter —me pide.

—Pues para no querer ir demasiado provocativa has elegido el vestido más atrevido de todo el armario.

—Lo sé, pero quizá es lo que necesito para provocar a Daniel.

Abro el coche y Paola y yo nos subimos en él. Arranco pensando en sus últimas palabras y antes de ponerme en marcha me vuelvo hacia ella.

—Estoy segura de que Daniel no necesita que le provoques porque está loco por ti. No me importa dejarte ese u otro vestido, pero debes vestirte para gustarte a ti y no para gustarle a él.

—¿Quieres decir que te pones esa ropa porque te gusta? —Paola me mira sorprendida, como si no creyese lo que acabo de decir.

—Sí, lo hago porque me gusta. Probablemente pienses que cuando Lucas me dejó me volví completamente loca y me convertí en una come-hombres, pero no es así. Lucas me dejó y es cierto que cambié algunas cosas de mi vida, entre ellas mi forma de vestir, pero lo hice porque quise y para gustarme a mí misma —le confieso—. Es cierto que a los hombres también les gusta, pero esa es otra historia.

—¿No te cansas de salir con alguien diferente cada día?

—Cada uno supera las cosas de una manera y yo elegí esa. Pero no, no me canso, al contrario, me resulta divertido. Si algún día deja de serlo no tendré ningún problema en cambiar el rumbo de mi vida.

Paola vuelve a mirarme sorprendida, yo también lo estoy. Es la primera vez que pronuncio el nombre de Lucas en voz alta sin que la voz me tiemble o sienta deseos de llorar. Algo ha comenzado a cambiar. El camino hacia el olvido ha sido largo y tortuoso, pero una pequeña ventana se abre en el horizonte y estoy dispuesta a asomarme y ver qué hay al otro lado.

Un par de horas más tarde estoy esperando a Pepa en el bar en el que hemos quedado antes de ir a la fiesta de cumpleaños de su amigo Rafa. Pido una copa de vino blanco y me siento en un taburete junto a la barra. Mi amiga es aún peor que yo en lo que a puntualidad se refiere, aunque espero que no tarde demasiado o llegaremos tarde.

Mientras espero saco el teléfono móvil y le envío un mensaje a Paola deseándole suerte esta noche, y después entro en Facebook a echar un vistazo. El bar está bastante tranquilo esta noche y no hay ninguna cara conocida. Hasta que siento unos ojos clavados en mi espalda y, sin motivo aparente, noto que mi estómago se encoge y empiezo a ponerme nerviosa. Antes de girarme sé de quién se trata. Hace más de dos años que no nos vemos y lo último que he sabido de él es que seguía viviendo fuera y viajando de un lugar a otro del mundo. Sin embargo, podría distinguir su aroma entre miles y también su voz, a pesar de que hace mucho tiempo que la escuché por última vez.

Está justo detrás de mí hablando con alguien. Su voz llega a mis oídos como una caricia y, a pesar del tiempo y la distancia, no puedo evitar que la piel de todo mi cuerpo se erice.

—Rebeca. —Y es poco más que un susurro, demasiado cerca de mi oído, pero suficiente para que mi pulso comience a temblar.

Mi nombre brota de sus labios y su voz ronca penetra en mis oídos cortándome la respiración. Me giro hacia él lentamente, sin saber lo que voy a encontrarme, sin saber si el hombre que encuentre seguirá provocándome las mismas emociones que aquel al que conocí.

Su pelo rubio está algo más largo que la última vez que le vi, pero sus ojos, azules y limpios, son los mismos que hay pintados en mi recuerdo. Lleva unos vaqueros algo gastados y una camiseta azul que hace juego con sus ojos. No ha cambiado casi nada, está tan guapo como siempre y esa sonrisa que se desliza hacia la comisura de sus labios sigue presente en su rostro.

Parpadeo varias veces, estiro los labios en una mueca que pretende ser sonrisa y esquivo su mirada porque no quiero sentirme atrapada de nuevo por ella.

—Hola, Lucas —consigo decir, a pesar de que tengo la boca seca y la lengua parece haberse quedado pegada al paladar.

Sonríe acortando la escasa distancia que nos separa y antes de que me dé cuenta siento sus labios posándose en mis mejillas. Me quedo inmóvil temiendo que mis brazos se estiren hasta alcanzar su cuello para rodearlo y que su conocido aroma consiga confundirme más de lo que ya lo estoy. Voy desechando los recuerdos que el roce de sus labios en mi piel consigue arrancar de mi memoria y cuento del uno al diez para ocupar la mente en otra cosa.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí! —exclama sonriente—. ¿Cómo te va?

¿Que cómo me va? ¿De verdad acaba de preguntarme eso? Los nervios dan paso a mi furia y siento el deseo de gritarle que qué coño le importa a él cómo me va. Ha tenido dos años para llamarme y no lo ha hecho, así que no encuentro sentido a su pregunta y, por supuesto, no pienso responder más que con monosílabos. Aprieto los puños con fuerza, descargando en ellos toda la rabia que siento en este momento, y los entierro bajo el bolso para ocultarlos de su mirada.

—Bien —respondo con indiferencia.

—No parece muy contenta de verme —inclina la cabeza entrecerrando los ojos, estudiando la expresión de mi rostro, y empiezo a sentir que la cara me arde por la ira que he ido acumulando durante todos estos años.

Estoy enfadada con él y no he sabido cuánto hasta que por fin nos hemos encontrado frente a frente.

—Tengo que irme —le digo mirando la pantalla del teléfono móvil.

—Aún no te has acabado la copa de vino —dice señalando la copa llena sobre la barra.

—He quedado y llego tarde. —Vuelvo a intentar sonreír, lo intento con todas mis fuerzas, pero me temo que no lo consigo porque mis labios se niegan a estirarse una vez más y mis ojos echan chispas.

—Me alegro de haberte visto y, ahora que he regresado, espero que volvamos a vernos pronto.

Inclino la cabeza despidiéndome de él, me vuelvo hacia la puerta, que en este momento parece que está demasiado lejos, y comienzo a caminar

contoneándome con descaro sobre mis tacones, con la seguridad de que Lucas aún continúa con los ojos puestos en mí. Durante esos pocos segundos que dura mi paseo hasta la salida me siento poderosa y hasta consigo sonreír de verdad. Pero mi fortaleza se derrumba en cuanto salgo al exterior.

Miro hacia uno y otro lado de la calle buscando a Pepa, que llega más de tres cuartos de hora tarde, pero no hay ni rastro de ella y ni siquiera me ha enviado un mensaje para decirme que se iba a retrasar. Comienzo a caminar calle abajo, quiero alejarme de Lucas y encontrar un lugar donde esconderme, pero hay demasiada gente por todas partes.

—¡Rebeca! —La voz de Pepa, al otro lado de la calle, me hace parar en seco, pero ni siquiera me giro hacia ella.

No puedo hacerlo, no puedo ir a esa fiesta, no puedo seguir fingiendo que no pasa nada.

A pesar del maquillaje, mi rostro debe de haber perdido todo el color y en cuanto mi amiga posa su mirada sobre mí sabe que me ocurre algo. La veo arrugar la frente, mirarme fijamente y encogerse de hombros.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—Sí —consigo responder sintiendo que las piernas apenas son capaces de sostenerme.

Pepa me sujeta del brazo y me lleva hasta el borde de la acera, donde me obliga a sentarme. El vestido se me sube hasta los muslos y estoy segura de que cualquiera que pase por aquí podrá ver mi ropa interior de encaje, pero en este momento ese es el menor de mis problemas.

—¿Qué ha pasado?

—Lucas ha vuelto. Estaba en el bar donde hemos quedado. —Mi voz es apenas un susurro y me cuesta trabajo hasta mover los labios.

—Ha sido culpa mía por llegar tarde. Lo siento tanto —se lamenta Pepa—. Mi hermana se ha retrasado y no podía dejar sola a mi sobrina, así que...

—No es culpa tuya —la interrumpo.

—¿Has hablado con él?

—Sí, ha venido a saludarme, pero apenas hemos intercambiado un par de frases —suspiro.

—Rebeca, no puedes seguir así, ya va siendo hora de que pases página. Esto no te hace ningún bien. Además, no deberías haberle dirigido la palabra.

—¿Y dejar que sepa que aún me afecta lo que ocurrió?

—No, no estoy diciendo eso, pero se comportó como un auténtico cerdo

egoísta marchándose sin despedirse. ¿Por qué ibas a hablarle? Es normal que aún estés enfadada.

—Prefiero no seguir hablando de esto —le pido.

—Está bien, no hablaremos más de ello, pero antes deja que te diga algo. Tienes que olvidarle y seguir con tu vida como si él no existiera.

—Es fácil decirlo, pero ha pasado mucho tiempo desde que se marchó y aún sigue afectándome lo que ocurrió.

—Está bien. Ahora nos vamos a esa fiesta. Tomaremos alcohol, bailaremos y nos olvidaremos de todo y de todos. Mañana será otro día —dice Pepa poniéndose en pie y tendiéndome la mano para ayudarme a que me levante.

—No creo que...

—¡Vamos! Sabes que no merece la pena que te quedes en casa, eso no va a cambiar cómo te sientes. Y te entiendo, créeme, pero creo que debes venir a esa fiesta.

Tomo la mano de mi amiga y me levanto despacio. Sé que ella tiene razón. Lucas no merece la pena y yo no merezco que mi vida siga yendo a la deriva por su culpa. Llevo dos años lejos de él y hasta ahora he conseguido sobrevivir sin su ayuda, así que seguiré siendo capaz de hacerlo. Tengo que ser capaz. Es lo único en lo que puedo pensar mientras camino junto a Pepa hacia la fiesta.

Capítulo 9

No mires atrás

Me levanto tarde, me doy una ducha rápida y, aún muerta de sueño, voy a buscar a Paola y a Pepa. Hemos quedado para ir a comer a La Granja de San Ildefonso y pasar la tarde en la sierra, pero ayer volví muy tarde de la fiesta, aunque apenas lo recuerdo porque bebí demasiado y un amigo de Rafa, del que no recuerdo el nombre, tuvo que traerme a casa.

Al final lo pasamos bien e, incluso, de madrugada me atreví a cantar varias canciones en el karaoke. A esas horas me sentía lo suficientemente borracha y desinhibida, y probablemente me habría atrevido a hacer cualquier cosa. Ahora, sin embargo, la resaca me recuerda que beber no es la solución a mis problemas y que el dolor de cabeza es lo suficientemente fuerte como para pensar seriamente si mereció la pena.

El teléfono suena dentro del bolso, es un tono de mensaje y echo un vistazo suponiendo que se trata de una de mis amigas preguntándome si estoy de camino. Pero no es ninguna de ellas y el teléfono resbala de mis manos al ver el número de teléfono del remitente. Es Lucas, lo sé porque a pesar de haber borrado su número de la agenda no he podido borrarlo de mi memoria.

Paro a un lado de la carretera y recupero el teléfono. Las manos me tiemblan sobre la pantalla, aunque ni siquiera puedo imaginar el contenido del mensaje. No quiero saberlo, prefiero no saberlo y apago el maldito aparato tirándolo con rabia dentro del bolso.

Reanudo la marcha y, unos minutos después, llego a casa de Paola, que está junto a Pepa esperando mi llegada en la puerta del portal. Bajo la ventanilla y las saludo desde el coche intentando esbozar una sonrisa para que no noten mi zozobra. Ellas se acercan, suben al coche y enseguida nos ponemos en marcha de nuevo.

—Te he llamado varias veces —dice Paola.

—Lo siento, no tengo batería —me disculpo—. Anoche llegué tarde a casa y no me acordé de poner a cargar el teléfono.

—Pepa me ha estado contando lo mucho que os divertisteis en el cumpleaños de Rafa.

—Fue una fiesta fantástica —confirmo—. ¿Qué tal tú? ¿Por fin una noche de sexo desenfrenado?

—No del todo —responde Paola.

—¿Qué coño significa eso? ¿Hubo sexo, no lo hubo, lo hubo pero no fue desenfrenado...? —pregunta Pepa.

—¡Calla! —le ordena Paola.

—No puedes dejarnos así —le digo.

—El sexo con Daniel no funciona —afirma con vehemencia—. Es demasiado frustrante y no me apetece hablar de ello. Hoy solo quiero relajarme y pensar en otras cosas.

—De eso nada, dejaremos que te relajes después, pero antes queremos que nos cuentes todos los detalles —le pido—. ¿Hiciste caso de mis consejos?

—Lo probé todo, intenté relajarme y no forzar la situación, y al principio funcionó —nos explica Paola—. Cenamos a la luz de las velas, charlamos, intercambiamos miradas y caricias, y después terminamos la botella de vino sentados en el sillón muy cerca el uno de otro. Comenzamos a besarnos y a partir de ahí todo fue... fue... surrealista. Daniel me metió un dedo en el ojo, que me estuvo llorando cerca de veinte minutos, y aunque volvimos a retomar el tema donde lo habíamos dejado, las cosas se enfriaron tanto que terminamos dejándolo.

—¿En serio? —pregunta Pepa perpleja.

—¡Pues claro que estoy hablando en serio! —replica Paola.

—Deberíais dejaros de cenas a la luz de las velas e improvisar. ¿Habéis probado a hacerlo dentro de un ascensor, en el coche o en un baño público? —pregunto.

—¿Estás loca? La primera vez fue decepcionante y decidimos empezar de cero. Así que esta era nuestra segunda primera vez y debería haber sido...

—Ese es tú problema, quieres un cuento de hadas, pero en los cuentos de hadas ni siquiera hay sexo, así que deberías ser más realista. La primera vez con alguien no es la más importante, no tiene que serlo, estás completamente equivocada —insisto.

—A este paso no habrá primera vez, ni tampoco segunda, ni tercera —se lamenta Paola.

—No deberías rendirte si crees que Daniel puede ser el hombre de tu vida —la anima Pepa.

Paola asiente, pero no parece muy convencida. Lleva demasiado tiempo

soñando con el hombre ideal y Daniel parecía ser ese hombre. Entiendo su frustración y lo lamento por ella, así que decido cambiar de tema. No puedo ayudar a mi amiga, pero sí puedo dejar de hurgar en la herida.

Pepa y yo le contamos lo mucho que nos divertimos en la fiesta de cumpleaños de Rafa y, por acuerdo tácito, ninguna de las dos mencionamos mi encuentro con Lucas. A Paola nunca le gustó mi relación con él, aunque yo siempre lo achaqué a que al estar con él compartía menos tiempo con ella. Hasta entonces siempre habíamos estado muy unidas y lo hacíamos prácticamente todo juntas. Cuando Lucas se marchó, Paola tuvo la delicadeza de no mencionar aquello de: «Ya te lo advertí», pero podía leer en su rostro que eso era exactamente lo que pensaba. Pepa lo sabe y estoy muy agradecida porque no haya sacado el tema en todo el día.

Disfrutamos de una copiosa y deliciosa comida en uno de los restaurantes de La Granja y después damos un largo paseo por la ribera del río. Regresamos por la tarde, cansadas pero satisfechas, y después de dejar a mis amigas en sus respectivas casas, vuelvo a la mía deleitándome en la idea de un baño para después meterme en la cama con un libro.

Lleno la bañera y saco el teléfono del bolso. Lo miro fijamente durante un buen rato hasta que me decido a encenderlo. Me digo que solo quiero comprobar si tengo alguna llamada o mensaje nuevos, pero no puedo engañar a nadie, tampoco a mí misma. Llevo todo el día pensando en el mensaje de Lucas. He tenido la tentación de leerlo decenas de veces, incluso he sentido cómo los dedos me quemaban cada vez que metía la mano en el bolso y rozaba casualmente el teléfono. No puedo evitar querer saber qué tiene que decirme después de dos largos años y preguntarme por qué ahora.

Paso el dedo por la pantalla, contengo la respiración y pulso sobre el mensaje, pero no me da tiempo a leerlo porque el teléfono suena haciéndome dar un respingo, y aunque el único nombre que quiero ver en la pantalla es el de Lucas, no es el suyo, sino el de Alex, y vuelvo a sentirme decepcionada una vez más.

Capítulo 10

Quiero sentirte

ALEX

Paseo por mi habitación sosteniendo el teléfono en la mano sin decidirme a hacer la llamada. Me tumbo sobre la cama aún desecha y apoyo la cabeza en la almohada, en el lado que ella ocupó la última vez que estuvo aquí. No he cambiado las sábanas desde entonces y su perfume sigue impregnado en ellas, como si se acabara de marchar hace unas horas.

¿Qué cojones me está pasando?

Yo nunca he ido detrás de una mujer, eran ellas las que venían detrás de mí, las que intentaban conquistarme de mil maneras mientras yo me resistía. Rebeca ha conseguido penetrar en mi interior de una manera que jamás había experimentado antes. Quizá porque no es como las otras, porque ella no quiere que la llame, que la invite a cenas románticas o le regale flores con cualquier excusa. Quizá porque ella es un enorme reto para mí.

Los días pasan despacio y lucho constantemente contra el anhelo de volver a verla y la necesidad de tenerla a mi lado. Ni el trabajo, ni el gimnasio, ni las salidas con mis amigos, consiguen apartarla de mi mente. Con solo cerrar los ojos puedo ver su larga melena negra brillando bajo el sol, su preciosa sonrisa adornando su rostro o su cuerpo cálido y suave bajo mis manos.

Aspiro de nuevo el aroma de la almohada y un cúmulo de sensaciones indescriptibles vuelven a golpearme. ¡Esto es una locura! Y vuelvo a levantarme de la cama con el teléfono aún en la mano. Busco su número en la agenda y me quedo un rato mirando su nombre, leyéndolo una y otra vez sin decidirme a llamarla. Mi dedo se posa sobre él mientras mi orgullo mantiene una ardua batalla contra mis deseos. Pulso el botón verde, escucho el tono de llamada y me paso la mano por el pelo una y otra vez mientras espero a que algo suceda. Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos. Mis esperanzas comienzan a resquebrajarse. Cinco tonos y el sonido de un pitido intermitente que me indica que ha colgado.

Me siento en la cama y tiro el teléfono sobre la mesilla. Quizá debería

rendirme y aceptar la derrota, pero no voy a hacerlo. Rebeca es la única mujer que ha sido capaz de hacerme vibrar de emoción, la única que me ha hecho soñar que la vida puede ser mucho mejor de lo que jamás hubiese podido imaginar.

Capítulo 11

No somos los de antes

—¿Vas a contármelo? —me pregunta Paola el lunes durante el recreo mientras vigilamos el patio.

—¿Qué tengo que contarte? —La miro sorprendida, frunciendo el entrecejo y sin saber a qué se refiere.

—Sé que hay algo que me estás ocultando. Pareces olvidar que te conozco demasiado bien.

—Lucas ha vuelto —suelto de pronto.

—¿Lucas? ¿Ese hombre que te dejó y cuya explicación fue una única frase que envió mediante un correo electrónico? ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—¿Quieres dejar de hacer tantas preguntas? —le pido abrumada.

—No me vería obligada a hacértelas si me lo hubieras contado antes —responde enfadada.

—No quería preocuparte, bastante tienes con Daniel y vuestro problema con el sexo.

—Daniel y yo no tenemos ningún problema con el sexo —replica.

—Llámallo como quieras.

—Sí, lo llamaré como quiera, pero ahora quiero que me cuentes lo de Lucas.

—Me encontré con él el viernes mientras esperaba a Pepa. Me saludó, le devolví el saludo y me marché.

—¿Cómo que le saludaste? Ese hombre no se merece que le saludes. Después de lo que te hizo no entiendo cómo se atreve a acercarse a ti. Deberías pedir una orden de alejamiento.

—No exageres. Te aseguro que me hizo tan poca gracia como a ti encontrarme con él, pero no iba a dar un espectáculo en un bar diciéndole lo que pienso de él —le explico a Paola—. Y el sábado me envió un mensaje.

—¿Será cabrón!

—Ni siquiera te he contado qué dice el mensaje.

—Eso no es lo más importante. Y no deberías haberlo leído —dice Paola

hablando cada vez más alto y haciendo que varios compañeros nos miren con curiosidad.

La cojo del brazo y la llevo a un rincón apartado para tener un poco de intimidad.

—No quiero hacer un drama de esto. Ya he tenido más que suficiente con todo lo que pasó hace dos años.

—No entiendo cómo puedes estar tan tranquila —dice Paola cruzándose de brazos y arrugando los labios—. ¿Qué decía el mensaje?

—Quiere invitarme a tomar un café.

—¿Quéééé? —pregunta incrédula.

—Deja de gritar —le pido.

—Y tú has respondido que no, por supuesto.

—No he respondido y aún no sé si voy a hacerlo.

—Pero si lo haces vas a responder que no —afirma con rotundidad.

—No lo sé, no sé qué voy a hacer, aún no lo he decidido.

—No puedes quedar con él. No después de lo que te hizo. Te arrancó el corazón y aún no lo has recuperado.

—Paola, creo que estás exagerando. Esta es una ciudad pequeña, es inevitable que nos encontremos casualmente alguna vez y preferiría normalizar nuestra relación.

—¿Normalizarla? Todavía no lo has superado, desde que te dejó y se marchó a recorrer mundo no has vuelto a ser la misma, por no hablar de tu relación con los hombres —dice haciendo aspavientos con las manos—. Los usas y después los pisoteas sin importarte una mierda sus sentimientos —me espeta.

—Todas las experiencias nos cambian, es lo normal, a menos que todo te importe un comino —le digo con seriedad—. En cuanto a los hombres, ellos buscan lo mismo que yo, pasar un buen rato, así que no hay engaño por ninguna de las dos partes.

—¿Qué pasa con Alex?

—Alex es agua pasada —respondo con indiferencia.

—No creo que él piense lo mismo. He visto cómo te miraba ese hombre, te aseguro que para él no eres agua pasada.

—Paola, no le he engañado, solo hemos salido unas cuantas veces y nunca le he prometido amor eterno.

—Seguro que no, pero no me gusta tu actitud —me recrimina—. En

cuanto a Lucas, no deberías quedar con él. Ese es mi consejo.

—Si tengo que fingir que no nos conocemos cada vez que nos encontramos, lo cual es inevitable, prefiero marcharme de la ciudad.

El timbre suena indicando que la hora del recreo ha llegado a su fin y no ha podido ser más oportuno. La conversación con Paola es cada vez más tensa y en pocos minutos habríamos comenzado a discutir.

—Te veré a la hora de comer —me despido aliviada.

—He quedado con Daniel, va a pasar a recogerme y comeremos juntos.

—Entonces, ¿todo va bien entre vosotros?

—Sí, todo bien si dejamos el sexo en un segundo plano.

—¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? Relájate, rebaja tus expectativas y deja que las cosas surjan entre vosotros de forma natural. Voy a repetirlo tantas veces como sea necesario —le advierto.

—Lo intentaré —asegura acompañando sus palabras de un largo suspiro —. Te dejo o llegaré tarde a clase.

Yo también me dirijo a mi próxima clase, afortunadamente, ahora toca matemáticas y los números siempre consiguen relajarme. Cuando llego los chicos siguen hablando a pesar de que el tiempo de descanso ha acabado. No los culpo, debería haber más tiempo de ocio, entre las horas de clase y la ingente cantidad de deberes que hacen en casa apenas tienen tiempo libre para divertirse.

Camino hacia la mesa y los contemplo durante unos segundos. Me da pena interrumpirles, aunque a veces tanto alboroto me produce dolor de cabeza. Tienen toda la vida por delante y un millón de cosas por descubrir. A veces desearía poder cambiarme por cualquiera de ellos y enmendar todos los errores que he cometido a lo largo de mis veintinueve años de vida. Pero sé que eso es algo del todo imposible.

Llego tarde y aunque esa era mi intención desde el principio, tendría que haber tenido en cuenta mi tendencia natural a la impuntualidad. Estoy un poco nerviosa y siento un enorme nudo en el estómago. Vuelvo a preguntarme qué demonios estoy haciendo aquí, por qué he respondido al mensaje, por qué he accedido a venir y si ha sido buena idea o debería dar media vuelta y marcharme.

También tengo dudas respecto a mi indumentaria, aunque no debería

importarme porque no se trata de una cita, sino de un encuentro informal con alguien a quien no veo desde hace tiempo. Miro mi reflejo en la cristalera de la cafetería donde hemos quedado y me devuelve la imagen de una mujer sobria y elegante. El vestido negro, con escote barco y largo hasta la rodilla, se acomoda a cada una de mis curvas y los salones negros, de veinte centímetros de tacón y pequeños brillantes en la punta, hacen que mis piernas parezcan mucho más largas de lo que realmente son.

Entro en la cafetería y busco a Lucas con la mirada. Le veo enseguida sentado en un rincón frente a una taza de café. Lleva vaqueros y una camiseta con un dibujo que no acierto a ver desde aquí, pero su pelo rubio es inconfundible al igual que sus ojos.

Me tiemblan las piernas y la entrada triunfal que había planeado se echa a perder cuando uno de mis tacones se desequilibra, y termino trastabillando y torciéndome el tobillo de una manera dolorosa. Me sujeto a una mesa para no acabar en el suelo y todas las miradas se vuelven hacia mí. También la de Lucas. Al final mi entrada ha sido triunfal, pero no en el sentido en el que pretendía.

Lucas se levanta y llega hasta mí en un par de zancadas. Me sujeta por la cintura y me ayuda a llegar hasta la mesa donde estaba sentado.

—Déjame ver ese tobillo —me pide.

Y aunque intento negarme, cuando quiero darme cuenta él me ha quitado el zapato y mi pierna descansa sobre su rodilla. El tacto de sus manos sobre mi tobillo me pone más nerviosa de lo que ya estoy y una ola de calor se expande desde el pie hasta mis mejillas.

—Está empezando a hincharse. Pediré un poco de hielo —dice Lucas.

—No, estoy bien, me iré a casa y...

—No puedes irte así, no puedes caminar.

Sus manos siguen sobre mi piel, las siento cálidas y suaves, y vuelvo a pensar que acceder a encontrarme con él ha sido un enorme error.

El camarero se acerca con una bolsa de hielo en la mano y me siento ridícula. Las cosas van de mal en peor y solo quiero escaparme.

—Con esto bajará la hinchazón —dice el camarero ofreciéndome el hielo.

Lucas lo retira de sus manos y lo coloca sobre mi tobillo. Al menos el frío consigue bajar la temperatura de mi cuerpo y me reconforta.

—Gracias —le digo al camarero—. Debería quitar el pie de tus rodillas, vas a mojarte —le advierto a Lucas.

—No importa —responde mirándome a los ojos y sonriendo.

—Pero...

—Tranquila —susurra—. Relájate.

No puedo relajarme. No si me mira de ese modo, me susurra de esa manera y sus manos siguen sobre mi piel. Durante el año que estuvimos juntos aprendí de memoria cada uno de sus gestos y miradas. Me perdí un millón de veces en sus ojos y navegué por ellos hasta que terminé ahogándome. A pesar del tiempo que ha pasado sigue ejerciendo un tremendo poder sobre mí, como si los años no hubiesen pasado entre nosotros y fuese ayer la última vez que nos besamos.

—¿De qué querías que habláramos? —le pregunto intentando desviar mi atención de mis pensamientos.

—Podemos hablar de lo que quieras.

—¿Cómo? Me enviaste un mensaje pidiéndome que nos viéramos porque querías que habláramos.

—Quería verte —responde encogiéndose de hombros.

—Está bien, pues ya me has visto, también me viste la otra noche y supongo que, a partir de ahora, si te quedas por aquí, volveremos a encontrarnos... por ahí.

—No debí marcharme sin despedirme —dice repentinamente.

—¿No me habrás hecho venir para hablar del pasado?

—Podemos hablar del pasado, del presente y del futuro.

—No quiero hablar del pasado, no pienso hablar del presente y, en cuanto al futuro, solo espero que si volvemos a coincidir en cualquier parte sepamos comportarnos como dos adultos.

—Todavía no me has perdonado —afirma.

—No quiero hablar de eso. Te di mil oportunidades para explicarte, pero solo recibí un correo electrónico de una sola línea, aunque debo reconocer que te expresaste con meridiana claridad.

—Lo sé, me comporté como un capullo, pero no te he hecho venir para darte una explicación.

Siento ganas de gritar, de echarme a reír a carcajadas y de salir corriendo. Todo a la vez. Cada vez entiendo menos qué estoy haciendo aquí y por qué me ha pedido que nos veamos. ¿Quiere hablar del pasado, del presente o del futuro?

—¿Ah, no? —acierto a preguntar conteniendo las ganas de explotar.

—El pasado, pasado está.

—Pero acabas de decir que querías hablar del pasado.

—El pasado no se puede cambiar, solo puedo pedirte perdón por lo que hice. Me importan más el presente y el futuro —dice presionando la bolsa de hielo contra mi tobillo y haciéndome estremecer por el frío.

—No me siento cómoda hablando contigo de mi vida como si fuésemos viejos amigos. Y supongo que te perdoné hace mucho tiempo, cuando conseguí olvidar —miento.

—No me has perdonado —repite.

Comienzo a estar demasiado tensa. Lo noto en los músculos de todo el cuerpo, en que no dejo de mover las manos sobre la mesa y en que cada vez siento más ganas de largarme.

—¿Y qué si no lo he hecho? No debería importarte, de hecho, no parece haberte importado en todo este tiempo y eres lo suficientemente adulto como para saber que nuestros actos tienen consecuencias, aunque a veces esas consecuencias no sean de nuestro agrado. Aun así, hay que asumirlas.

—Las asumo —dice él y su voz brota entre sus labios susurrante e hipnótica—. Pero también sé que las cosas se pueden cambiar.

—El pasado no, tú mismo acabas de decirlo, y tienes razón.

—Tengo por delante el presente y el futuro —replica.

—No cuentes conmigo ni en el presente ni en el futuro. No somos amigos, no somos nada, y solo espero que a partir de ahora nos encontremos lo menos posible y que cada uno siga con su vida como si nunca nos hubiésemos conocido —le espeto retirando la pierna de sus rodillas.

—¿No vas a tomarte ese café?

—¿Qué café? —pregunto con extrañeza mirando sobre la mesa.

—Ese café que toman dos viejos amigos que se reencuentran después de un largo periodo de tiempo.

—No somos viejos amigos, si lo fuéramos habríamos estado en contacto durante estos dos años, sabríamos cosas de nuestras vidas, nuestros planes, nuestros sueños...

—¿Cuáles son esos sueños?

—No creo que te importen. Además, es posible que haya alguien en mi vida, alguien... importante —improviso.

—¿Lo hay? —pregunta mirándome con los ojos entrecerrados.

—Quizá —respondo—. Si te interesa tendrás que averiguarlo.

Me pongo el zapato, me levanto con dificultad y salgo de la cafetería con la cabeza bien alta, aunque cojeando.

Durante el camino de regreso a casa me regañó una y otra vez por haber accedido a encontrarme con Lucas. No sé lo que esperaba de ese encuentro, pero me siento más frustrada que unas horas antes. He soñado un millón de veces que Lucas regresaba a mi vida y que las cosas volvían a ser como antes. Pero ahora sé que solo he estado engañándome. Lucas ha regresado, pero yo jamás podría volver a confiar en él.

Pese a todo, aún puedo sentir un cosquilleo en el punto exacto de mi tobillo donde sus manos han estado hace solo unos minutos y no puedo olvidar su voz. Esa voz que he deseado escuchar un millón de veces. Esa voz que, de habérmelo pedido, lo habría dejado todo.

Capítulo 12

Esquivando el dolor

Es noche de chicas y Paola, Pepa y yo estamos tomando nuestra segunda copa de la noche en un bar del casco viejo. Hace días que Paola y yo apenas nos vemos en el trabajo, a pesar de que nuestras aulas están separadas por unos pocos metros de distancia. Pero esta semana no hemos coincidido en los turnos de vigilancia del patio y, aunque solemos comer juntas, ha estado demasiado ocupada con Daniel, que ha ido a buscarla a diario.

La música está muy alta y hay demasiado ruido de voces porque el bar está lleno, así que hace un buen rato que no intercambiamos ni una sola palabra. El ir y venir de la gente me resulta relajante después de una semana en la que no he podido dejar de pensar en Lucas. No he vuelto a tener noticias tuyas y, aunque sienta cierto alivio, no puedo evitar martirizarme al pensar en el tacto de sus dedos en mi piel, en su mirada, tan clara y luminosa, o en su voz, que siempre consigue acelerarme el pulso.

Mis pies siguen el ritmo de la música y por el rabillo del ojo veo que un hombre se acerca a Paola y la besa en los labios. Me vuelvo confusa hacia ella, aunque enseguida me doy cuenta de que se trata de Daniel y siento una punzada de decepción. Se suponía que esta iba a ser una noche solo de chicas y no creo que sea una casualidad que el novio de mi amiga esté aquí acompañado de sus amigos. Así que cuando mis ojos se encuentran con los de Paola los míos echan chispas y ni siquiera me ablanda el hecho de que ella parezca tan feliz.

Saludo a los amigos de Daniel con desgana, aunque Paola y Pepa parecen la mar de contentas, y continúo mirando el ir y venir de la gente, algo que me parece mucho más entretenido que ver cómo Daniel y Paola se comen a besos.

Me llevo el vaso a los labios y apuro la copa hasta el fondo mientras busco entre la multitud algún hombre que llame mi atención. Desde Alex no he vuelto a estar con nadie y ya va siendo hora de encontrar un sustituto. Seguramente no será fácil que esté a su altura, pero cualquier cosa es preferible al lamentable espectáculo que están dando mi amiga y su chico

entre las miradas empalagosas, los besos aún más empalagosos, y lo que se susurran al oído, que debe de ser aún más empalagoso. Está a punto de darme un subidón de azúcar.

Mis ojos van de un lado a otro, hasta que repentinamente se detienen en alguien conocido. Es Alex, él también me ha visto, y aunque mi intención es ignorarle, no puedo apartar la mirada de sus ojos. Hay algo en ellos que me lo impide, montones de emociones que se suman como capas una sobre otra y que puedo reconocer a simple vista. Sorpresa, anhelo, esperanza, pero también tristeza y dolor. Ese dolor es un sentimiento que conozco perfectamente y contra el que llevo luchando más de dos años.

Recorro la oscuridad de sus ojos sintiéndome culpable. ¿Seré yo la causante de esos sentimientos?

—¿No es ese Alex? —me pregunta Pepa.

—Sí —respondo.

—¿No vas a saludarle?

Mi mirada sigue entrelazada a la de Alex. El tiempo parece haberse ralentizado, apenas escucho a mi amiga y solo puedo pensar que no debí dejarle de aquella manera, sin darle ninguna explicación e impidiéndole hablar. Me siento mezquina, fría e insensible, y me pregunto hasta cuándo seguiré utilizando a los hombres únicamente para saciar mi apetito sexual, sin importarme cómo se sienten ellos al respecto. Sé lo que le he dicho a Paola, que ambas partes sabemos lo que buscamos y estamos de acuerdo, pero no es del todo cierto y no sé a quién pretendo engañar.

Camino hacia Alex con las pupilas aún fijas en las suyas, pero cuando estoy a apenas un par de metros de él, ese dolor y esa pizca de tristeza vuelven a asaltar sus ojos y paro en seco, bajo la vista hacia el suelo y dirijo mis pasos a la calle.

No puedo hacerlo. Volvería a suceder lo mismo. Me acostaría con él y volvería a dejarle tirado. No se lo merece y tampoco yo me lo merezco.

Una vez en la calle me doy cuenta de que me he dejado el bolso en el interior y no puedo volver a casa. Ni siquiera llevo encima el móvil para llamar a Paola o a Pepa y pedirles que me lo traigan. Mis tacones repiquetean sobre la acera mientras camino de un lado a otro pensando en el plan B, pero no hay plan B, como tampoco había plan A.

—Rebeca. —La voz de Alex, un poco ronca, cae sobre mí como un cubo de agua helada.

Me tomo unos segundos para serenarme antes de enfrentarme a él y me giro lentamente para alargar el tiempo en que nuestras miradas vuelvan a encontrarse.

—Alex —respondo vistiendo mi rostro con una sonrisa.

De nuevo una punzada de culpabilidad por haberme convertido en la mujer que soy ahora y ser la causante de un dolor que no me es ajeno.

—No es necesario que huyas de mí cada vez que nos encontremos. Vivimos en una ciudad pequeña y es inevitable que volvamos a vernos, pero no soy un acosador, puedes estar tranquila. Me alegro de verte —se despide, y da media vuelta para regresar al interior del bar.

—¡Alex! —le llamo mientras me apresuro para llegar hasta él—. Te debo una disculpa y también una explicación por comportarme del modo en que lo hice.

—No fue agradable —reconoce él, pero no parece estar enfadado, solo decepcionado.

—Ya —suspiro y bajo la mirada al suelo—. Lamento haberme marchado así aquella noche y también no haber atendido tu llamada. Espero que aceptes mis disculpas, no debí pagar contigo mi mal humor.

—Podemos empezar de cero —dice Alex, y en sus ojos veo brillar nuevamente un destello de esperanza que me atrapa durante unos segundos.

No, no podemos empezar de cero, pienso. No podemos hacerlo porque algo no funciona dentro de mí y no puedo volver a hacerle daño.

—Alex, quizá no debería contarte esto, pero hace algún tiempo un hombre me hizo daño y, aunque lo he intentado de mil maneras, nunca he conseguido superarlo del todo —le confieso—. Desde entonces me he acostado con muchos hombres. Todos han sido aventuras de una noche que no han significado nada. Creo que hay algo dentro de mí que no funciona bien y a pesar de que han pasado más de dos años, nunca he vuelto a enamorarme y no sé si volveré a hacerlo alguna vez.

—Pensaba que lo que había entre nosotros era algo más que una aventura de una noche.

—Y lo ha sido —me apresuro a aclarar—, has significado para mí mucho más que ninguno de los otros, pero como acabo de explicarte, soy incapaz de sentir.

—Deja que te ayude —dice cogiéndome la mano.

—Te haré daño. No puedo prometerte nada y tampoco asegurarte que no

volveré a dejarte tirado.

—No lo harás —me asegura.

—¿Cómo lo sabes? Ya lo he hecho una vez.

—Rebeca, acabas de disculparte, eso significa que estás arrepentida y también que, de alguna manera, significo algo para ti. Deja que sea yo quien te ayude a juntar todas las piezas de eso que crees que hay roto en tu interior.

Le miro sorprendida porque parece estar muy convencido de sus palabras. Sin embargo, yo no lo estoy, no me gustaría volver a hacerle daño y que acabe convirtiéndose en la persona en la que yo me he convertido.

—Alex, sé que nos hemos divertido juntos, pero ¿y si solo se trata de sexo? Es lo único que yo puedo ofrecerte, no puedo prometerte que algún día pueda haber algo más entre nosotros. Es posible que te haga daño y no quiero ser la culpable de tu dolor.

—Quiero arriesgarme, deja que lo haga —me pide a solo unos centímetros de mis labios.

—Hay algo que deberías saber. —Coloco las manos sobre su pecho y le miro a los ojos—. Ese hombre del que te he hablado se marchó hace unos años, pero ha regresado y le he visto hace tan solo unos días.

—¿Qué quieres decir?

Alex posa sus manos sobre las mías que aún están apoyadas en su pecho. Me gusta su tacto, su calidez. Me gusta pensar en sus manos recorriendo mi cuerpo, dibujando caminos desconocidos, descubriendo senderos aún sin recorrer. Me gusta lo que me hace sentir, que me haga olvidar entre sus brazos, que sea capaz de hacerme creer que aún hay esperanza para mí.

—No le he olvidado. Aún hay una parte de mí que se siente atrapada por el pasado. No quiero que sea así, llevo luchando mucho tiempo para que no sea así, pero ni siquiera estoy segura de saber quién soy o de lo que quiero.

—Te ayudaré a descubrirlo —me promete salvando la distancia que separan nuestros labios.

Saboreo sus labios, unos labios dulces, expertos y ávidos. Sus besos son como una medicina que consiguen hacerme olvidar y yo me aferro a ellos buscando ese olvido que sana el alma.

Capítulo 13

El riesgo

ALEX

No puedo apartar los ojos de sus labios. Los recuerdo sobre los míos, recorriendo mi piel y mi sexo, y noto cómo los pantalones se tensan en mi entrepierna. Podría perderme en mi imaginación con solo mirar esos labios, pero quiero escucharla y aparto a un lado mis pensamientos para concentrarme en sus palabras.

Saber que ha estado enamorada de otro hombre y pensar en la posibilidad de que siga estándolo no es fácil. Debería regresar junto a mis amigos y dejarla atrás, pero hay algo en ella que me resulta fascinante y, mientras mis ojos recorren una y otra vez su boca y las palabras brotan de ella, mis manos acarician la suavidad de sus manos y me resulta imposible marcharme.

Mi único deseo es volver a perderme en la desnudez de su cuerpo y, cuando nuestros labios vuelven a encontrarse, sé que los míos se han sentido huérfanos desde la última vez que la besé.

En una mirada le hago saber que lo único que deseo es hundirme en su cuerpo, escuchar sus gemidos y susurrar su nombre mientras mis manos se pierden en cada una de sus curvas. Esos momentos me pertenecen y sé que entonces es solo mía.

La acompaño a recoger su bolso y, una vez en la calle, caminamos abrazados hasta su casa mientras le robo un beso tras otro, ocultos en el anonimato que nos obsequia la oscuridad de las calles a estas horas de la madrugada. Hasta que pierdo el control y, en un viejo callejón lleno de sombras, la empujo contra la pared y deslizo las manos bajo su vestido. Es un gesto un tanto troglodita, pero ella no dice nada y coloca las piernas alrededor de mi cuerpo. Entonces vuelvo a notar esa conexión que nunca antes he sentido con ninguna otra mujer.

Ella libera mi sexo y, cuando invado su cuerpo, un intenso gemido escapa de sus labios. Me muevo deprisa, casi enloquecido, hacia atrás y hacia adelante, entrando y saliendo de su interior, mientras su humedad se derrama

por completo sobre mi sexo.

—Alex —susurra ella—. ¿Tienes un preservativo?

Apenas me separo de ella, saco la cartera del bolsillo y cojo un preservativo que me coloco con torpeza para volver a embestirla con fiereza. Beso sus labios y su cuello, y deslizo la lengua hacia sus senos mientras aprieto sus caderas fuertemente contra mi cuerpo.

Estoy tan excitado que no sé cuánto tiempo más seré capaz de aguantar, y cuando ella rodea mi cuello con sus brazos y nuestros labios vuelven a encontrarse, siento que estalló en mil pedazos.

Rebeca gime, se aprieta contra mi sexo y la siento temblar sin control. Aún abrazados aspiro el aroma de su cuerpo. Huele a jazmín y a sexo. Huele a esperanza y a futuro. Huele a incertidumbre y a dolor. Pese a todo, decido que el riesgo merece la pena.

Capítulo 14

No volveré a caer

—Entonces, ¿Alex y tú volvéis a estar juntos? —me pregunta Paola.

—Sí y no.

—Eso no es posible, o estáis juntos o no lo estáis.

—Le hablé de Lucas, le conté que aún no había superado nuestra ruptura y que solo podía ofrecerle sexo, y él parece dispuesto a aceptarlo —le explico mientras comemos en un cafetería que hay cerca del colegio.

—¿Solo sexo?

—Sí, tenía que ser honesta con él. Alex me gusta y no podía prometerle algo que no sé si seré capaz de darle.

—Lo entiendo, pero el problema sigue siendo Lucas. Deberías olvidarte de él y no vas a conseguirlo si sigues respondiendo a sus mensajes y quedando con él.

—Solo fue un mensaje y sí, quedamos para tomar café, pero no he vuelto a saber nada de él, y créeme, no quiero saber nada de él —le aseguro.

—Seguramente está enviando mensajes a todas las mujeres que conoce hasta que alguna pique el anzuelo —escupe Paola con rabia.

—Por mí, puede enviarle mensajes a todas las mujeres que hay en el mundo, ese no es mi problema.

—Está bien, volvamos a Alex.

—No hay nada más que decir respecto a Alex. Sin embargo, creo que tienes mucho que contarme acerca de Daniel.

—Daniel y yo estamos bien —responde encogiéndose de hombros.

—¿Cómo de bien?

—Pues bien —dice intentando esquivar mi pregunta.

—Habla, sabes perfectamente que estoy preguntándote por el sexo, no te hagas la tonta.

—Bueno, el sexo es....

—¿Quieres que te torture hasta hacerte hablar? —la amenazo.

—Vamos haciendo pequeños avances.

—¿Pequeños avances? No lo entiendo, Paola, ¿hay sexo o no lo hay?

—Lo hay, pero aún no he conseguido tener un orgasmo —me confiesa avergonzada

—¿Y él sí?

—Sí, él sí, pero todo es... demasiado rápido y no consigo meterme en el papel.

—Quizá tiene un problema de eyaculación precoz o...

—¡No sigas! —me ordena—. Creo que la culpa es solo mía, estoy demasiado nerviosa después de la decepción de la primera vez y me cuesta concentrarme.

—Paola, solo tienes que dejarte ir, y ni siquiera debería decírtelo, no eras virgen antes de conocer a Daniel, así que supongo que lo sabes tan bien como yo —le digo—. No puedes tener una relación con alguien con quien el sexo es un desastre.

—El sexo no lo es todo —replica—. Tú has hecho del sexo el centro de tu relación con un hombre, pero no soy como tú y me importan otras muchas cosas que tal vez no entiendas.

—Pasaré por alto ese comentario porque creo que te sientes frustrada. No he dicho que el sexo sea lo más importante, pero es importante —señalo—. Tú y Daniel lleváis muy poco tiempo juntos y creo que deberíais mantener una conversación antes de que se os vaya de las manos. Habla con él, cuéntale cómo te sientes, estoy segura de que sabrá escucharte y que juntos podréis solucionarlo.

Paola no responde y se lleva la copa de agua a los labios. Su relación con Daniel es muy reciente y sé lo mucho que le gusta ese hombre, pero si no consiguen solucionar sus problemas, acabarán enquistándose y convirtiéndose en un problema mucho más grave.

—Perdona, no debería haberte dicho eso —se disculpa—. Sé que tienes razón, no puedo mirar hacia otro lado e ignorar que hay algo que no funciona entre nosotros. Hablaré con Daniel esta misma noche.

Regreso a casa dando un paseo. Hoy es un día caluroso de mediados de junio, el verano ha llegado sin que nos demos cuenta y los árboles se han vestido de hojas de un día para otro. Me encanta esta ciudad que me recibió con los brazos abiertos y en la que sentí que estaba en casa desde el primer día. Es pequeña, pero no tanto como el pueblo en el que Paola y yo nacimos y crecimos, que apenas tiene doscientos habitantes, y está llena de lugares con encanto. Estrechas y sinuosas callejuelas que discurren entre altos muros de

piedra, antiguos edificios bien conservados, parques y zonas verdes llenas de árboles y fuentes, y todas esas pequeñas tiendas salpicadas por el casco viejo cuyos escaparates nunca me canso de mirar.

Mientras compro algo de fruta y verdura el teléfono suena indicándome que tengo un nuevo mensaje. Miro la pantalla iluminada durante un largo minuto, el nombre de Lucas aparece en ella tentador, pero vuelvo a guardarlo en el bolso sin dejarme seducir. Lucas tuvo mi atención durante mucho tiempo, incluso la otra tarde, cuando acudí a nuestra cita en la cafetería, pero ha desperdiciado cada una de esas ocasiones y ahora es demasiado tarde.

Lo aparto de mi mente y vuelvo a concentrarme en la compra. No voy a dejar que nada ni nadie vuelva a arrebatarme mi vida como ya sucedió una vez. Atrás quedan las lágrimas y las noches en vela durante las que llegué a plantearme abandonarlo todo para comenzar de nuevo en otro lugar, donde cada rincón y cada aroma no me recordaran a él.

Capítulo 15

Solo tú

LUCAS

Hace veinticuatro horas que envié un mensaje a Rebeca para tomar ese café que no llegamos a pedir la otra tarde, pero no ha contestado. Vuelvo a mirar la pantalla del teléfono de nuevo, un gesto que he llevado a cabo cientos de veces desde ayer. Quién iba a decirme que yo, que siempre he criticado a todas esas personas que desesperan junto al teléfono esperando una respuesta, iba a encontrarme en la misma situación.

¿He dicho desesperan?

Yo no lo estoy. Solo pretendía disculparme con ella por comportarme como un auténtico capullo dejándola de aquella manera, pasar página y que pudiéramos llegar a ser amigos.

Cuando surgió la posibilidad de ganarme la vida haciendo fotografías para las revistas de moda más prestigiosas del mundo, decidí marcharme. Aquella era la oportunidad que llevaba años esperando y no podía desperdiciarla. No se lo conté a Rebeca. Pensé que si lo hacía habría querido venirse conmigo y no quería que ella lo abandonara todo para que yo cumpliera mis sueños. No estaba preparado para cargar con aquella culpa.

Creí que al marcharme de aquella manera ella terminaría odiándome y le sería más fácil olvidarme. Y que, lejos de todo, yo también terminaría olvidándola. Pero yo no lo he conseguido y lo que he visto en sus ojos me indica que ella tampoco lo ha logrado.

Me guardo el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros y cojo la cámara. La modelo está preparada y lleva un rato esperando pacientemente. A diferencia de otras modelos, esta es voluptuosa. Algunas marcas están empezando a apostar por una mujer más real y soy de los que aplauden ese tipo de decisiones. Estoy harto de fotografiar mujeres que parece palos de escoba sobre los que la ropa cuelga como si fuesen espantapájaros.

Miro a través de la cámara para medir la luz. Me gusta lo que veo. Una mujer sensual, llena de curvas y rincones por descubrir. Su piel parece suave

y deliciosa y mis pantalones crecen entre las piernas sin poder evitarlo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Silvia —responde con una voz ronca que resulta extremadamente sexy.

—Silvia... me gusta.

Ella sonríe dejando al descubierto unos dientes blancos y perfectamente alineados hasta ahora ocultos por unos jugosos labios.

Me concentro en la sesión y voy captando con la cámara las diferentes posturas, las luces y sombras que se proyectan sobre el cuerpo de la modelo y todos esos pequeños detalles que darán fuerza a la fotografía y la diferenciarán de otras miles.

El cuerpo de Silvia se mueve despacio e insinuante al ritmo de la música que suena de fondo, *Someone That I Use to Know* de Gotye. Los gestos de su rostro lo acompañan y durante un rato consigo aislarme y olvidarme del resto del mundo. Hasta que el teléfono vibra en el bolsillo del pantalón sacándome de mi ensimismamiento.

No voy a mirarlo, me digo. Y repito este mantra una y otra vez en mi mente, aunque sin ninguna convicción.

—¿Puede alguien quitarle los brillos de la frente? —pregunto sin mirar a nadie.

Una mujer de baja estatura atiende solícita mi petición y le dedico una sonrisa. No hay brillos en la frente de Silvia, pero la curiosidad está a punto de acabar conmigo y siento la imperiosa necesidad de mirar el mensaje que acaba de llegar.

Es ella, y antes de leerlo me deleito en su nombre y en su fotografía de perfil. Está preciosa con la melena negra cayéndole por los hombros y sonriendo. Pulso sobre la imagen para agrandarla y apreciar todos los detalles. Sus ojos de color caramelo, grandes y expresivos, miran a la cámara y su rostro, salpicado de pecas, resulta tan fresco y natural que no puedo apartar los ojos de él.

Rebeca nunca ha necesitado maquillaje para estar guapa. He estado con muchas modelos en los dos últimos años, me he despertado a su lado muchas mañanas, pero la belleza de Rebeca no puede compararse con la de ninguna de ellas. Su belleza es única, natural y sorprendente. Al menos antes lo era, en nuestros últimos encuentros iba maquillada y ha cambiado los vaqueros por sugerentes vestidos. Ahora no solo es bella, sino que parece también inalcanzable.

Cuando leo el mensaje mis labios se curvan en una sonrisa. No va a ponérmelo fácil. Aún no me ha perdonado y no tengo claro que vaya a hacerlo, pero no voy a rendirme sin intentarlo y el juego comienza ahora. Rebeca 1-Lucas 0.

Capítulo 16

No puedo confiar en ti

—Ja, ja, ja —ríe Pepa—. ¿De verdad has respondido eso?

—Puedes comprobarlo tú misma —respondo tendiéndole mi teléfono móvil.

Estamos tomando café en una terraza, bajo una sombrilla que nos protege del sol, y disfrutando de los largos días que nos regala la primavera tras un frío y oscuro invierno en el que apenas hemos visto la luz.

—Veamos —dice con los ojos fijos en la pantalla, arrugando el entrecejo—. «Creo que lo mejor es que no nos volvamos a ver». ¡Me encanta! Es justo lo que él te dijo cuando se marchó.

—Sí, exactamente eso.

—Te das cuenta de que le estás dejando claro que aún no le has perdonado, ¿verdad? A mí me parece bien, pero tú no parecías tan segura hace unos días.

—Quiero alejarme de él y seguir adelante con mi vida como si nunca hubiese regresado, pero no lo haré si él sigue ahí.

—Además, ahora estás con Alex —señala Pepa.

—Alex es estupendo, pero no estoy enamorada de él. Y no me regañes, porque él lo sabe, no le estoy engañando.

—Chica, yo me conformaría con uno como Alex. Ya sé que Lucas es guapísimo y que tiene ese aire canalla que hace suspirar por sus huesos, pero Alex también es muy guapo y tan encantador... —Por un momento me parece ver corazones saliendo de los ojos de mi amiga y sonrío.

—No se trata de cuál de los dos es más guapo, sino de quién es más auténtico y en quién puedo confiar. Y Lucas no es alguien en quien se pueda confiar. Ya lo sabes.

Pepa me devuelve el teléfono y lo guardo en el bolso sin poder evitar pensar en Lucas, en mi reacción cuando recibí aquel correo electrónico que me partió en dos mitades y que leí hasta desgastarlo buscando algún matiz, algún resquicio al que poder aferrarme. Por supuesto, no lo había.

Lo habría dejado todo atrás si me lo hubiese pedido. La ciudad que sentía como mía, un trabajo que adoraba e incluso a mi familia y a mis amigas. Pero

él no me lo pidió y durante mucho tiempo me sentí completamente perdida, culpándome unas veces de que se hubiese marchado sin siquiera despedirse y otras tantas de no estar a la altura.

Todo sucede por algún motivo y ahora me alegro de no haber abandonado mi vida por alguien como Lucas. Quizá es una vida sencilla, exenta de grandes aventuras y emociones, pero me gusta y me pertenece solo a mí.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Pepa.

—Pienso que, después de todo, que Lucas me dejara fue lo mejor para ambos.

—Celebro que lo digas —sonríe Pepa—. Nunca te lo he dicho, pero creo que con el tiempo Lucas te habría hecho infeliz.

—Sí, es demasiado complejo y ya no soy aquella ilusa que pensaba que podría hacerle cambiar. Sin embargo, prefiero mantenerme lejos de él. Mi cabeza dice una cosa, pero mi corazón dice justo lo contrario —confieso.

—Así que aún tiene poder sobre ti.

—Lo tiene. Parece totalmente ilógico e inexplicable después de todo lo que sucedió, pero quizá siga teniéndolo siempre.

Pepa y yo cambiamos de tema tras mi última confesión y a las nueve de la noche nos despedimos y regreso a casa dando un paseo. Aún tengo que terminar de corregir algunos exámenes y mañana es día laborable, por lo que tendré que levantarme temprano.

Mientras busco en el bolso las llaves de mi piso, el teléfono suena avisándome de que tengo un mensaje. Es de Lucas, y sin pensarlo dos veces lo abro y lo leo.

Siempre has sido bella, pero confieso que te prefiero al natural, sin maquillaje y con vaqueros, justo como ahora.

Levanto la vista del teléfono dirigiéndola hacia el portal de mi casa. Lucas está allí, apoyado contra la pared, con una mano en el bolsillo mientras con la otra sujeta el teléfono. En cuanto nuestras miradas se encuentran sonrío y su sonrisa me provoca un cúmulo de conocidas sensaciones y anhelos que desearía apartar de un manotazo, como si se trataran de un molesto mosquito.

Camino hacia él con aparente decisión. He cometido cientos de errores en mi vida, probablemente este será otro de ellos.

—Tienes muy buena vista —le digo en cuanto llego hasta él—. A esa distancia no sé cómo has podido saber que no voy maquillada.

—Porque tu piel tiene un brillo especial, el maquillaje solo sirve para

ocultarlo. No deberías maquillarte nunca —responde.

—Ja, ja, ja —me carcajeo—. Siempre has sido un adulator, pero debo avisarte de que conmigo ya no te sirve de nada.

—Te debo un café y no voy a parar hasta que lo aceptes.

—¿Solo se trata de eso? ¿Un café?

—Sí, solo eso —me confirma.

—Está bien, en casa tengo una cafetera Nespresso que me regalaron mis amigas. *What else?* —bromeo imitando el anuncio de la conocida marca.

—Buen café y buena compañía, es todo lo que deseo —susurra muy cerca de mi rostro.

—Lucas, quiero dejar claro que se trata de un café entre dos viejos conocidos. Nada más.

—Como quieras. Vayamos a probar ese fantástico café —responde posando su mano en mi cintura mientras no paro de repetirme que no debería haberle invitado a subir a mi casa.

Subimos las escaleras y abro la puerta de mi piso. No han cambiado demasiadas cosas desde la última vez que él estuvo aquí, pero he pintado las paredes de un suave tono gris y he comprado un par de sillones nuevos y cortinas. No son grandes cambios, pero el piso parece más grande y acogedor.

—Me gusta lo que has hecho —dice paseando la vista por el salón.

—Solo es un poco de pintura y algunas telas, nada demasiado radical, pero a mí también me gusta el resultado. —Dejo el bolso sobre uno de los sillones y me deslizo por detrás de la barra que separa la cocina del salón—. ¿Qué café prefieres? —pregunto señalando una estantería donde las capsulas de diferentes colores están perfectamente ordenadas.

—El que tú elijas estará bien —responde sentándose en uno de los taburetes junto a la barra.

—Descafeinado. Son más de las nueve de la noche y el café después de las seis de la tarde me desvela.

—No tengo ese problema, pero descafeinado está bien.

Enciendo la cafetera y mientras espero a que se caliente saco dos tazas, dos cucharillas y el azucarero. Cuando la cafetera está lista pongo la primera capsula y coloco la taza bajo el dispensador. Puedo notar la mirada de Lucas en mi nuca, pero prefiero ignorarla y continúo mi tarea como si no estuviese nerviosa ni me afectara su presencia. Por supuesto, estoy nerviosa y su

presencia en mi cocina hace que mi corazón lata un poco más deprisa de lo habitual.

Cuando el café está listo coloco las tazas en la barra y voy a la nevera para coger la leche.

—Solo tengo leche de soja y de arroz —le informo.

—Lo tomaré solo.

Vierto un poco de leche de arroz en mi taza y me siento en un taburete lo más alejada de él que me permite el escaso espacio. Ha llegado la hora de enfrentarme a él y no estoy preparada para ello, tal como indica mi tembloroso pulso.

—Pues ya está, estamos tomando café como dos viejos conocidos —anuncio con un tono casual que resulta poco creíble.

—Aún te debo un café, el de la otra tarde, y no voy a perdonártelo.

—Debes estar de broma. Sabes perfectamente que si te he invitado a subir a mi casa es precisamente para... para...

—¿Librarte de mí? —acaba la frase.

—No, no iba a decir eso, pero has hecho trampas.

—Quizá soy un tramposo, pero tenía ganas de volver a verte. —Y vuelve a mirarme de esa manera que consigue atraparme y hacer que me olvide de todo.

Parpadeo, fijo la vista en mi taza y consigo escapar de su mirada antes de que sea demasiado tarde. No quiero participar con él en un absurdo juego y que me conduzca de nuevo a un callejón sin salida.

—Lucas, no sé lo que pretendes, y no quiero que creas que te guardo rencor, pero todo ha cambiado y después de lo que sucedió no creo que pueda volver a confiar en ti —consigo decir—. Me ha costado mucho tiempo dejar atrás el pasado y no quiero que la historia vuelva a repetirse.

—Lo entiendo, tendré que volver a ganarme tu confianza y demostrarte que estoy arrepentido de lo que hice. Te debo una disculpa y te pido perdón por haberme comportado como un capullo. Pero, joder, Rebeca, sé que aún sientes algo por mí —dice sujetándome la barbilla y obligándome a mirarle—. Lo sé por tu forma de mirarme y porque al tocarte siento cómo todo tu cuerpo se estremece. —Y termina la frase deslizando la mano hacia mi cuello para acariciarlo delicadamente.

—Eso no es cierto —replico retirando su mano de mi cuello y poniéndome en pie—. Y ya que insistes, te dejaré claras algunas cosas. No, no te he

perdonado, me hiciste sentir como una mierda dejándome tirada de aquella manera, para después enviarme un estúpido correo al que erróneamente respondí porque estaba desesperada —le espeto—. No, no te he perdonado por todo lo que pasé y porque tuve que enterarme por otras personas de que te habías marchado. Me humillaste e hiciste que me humillara y eso no te lo perdonaré jamás.

—Sé cómo te sientes —dice con toda la tranquilidad del mundo, y siento ganas de abofetearle y volcar toda la rabia acumulada sobre él.

—No lo sabes, no tienes ni puta idea de cómo me siento —respondo desde el otro lado de la barra—. Si lo supieras no estarías aquí diciendo las cosas que dices.

—Será mejor que te calmes. —Le veo ponerse en pie y acercarse a mí peligrosamente.

—¿Mejor? ¿Mejor para quién? —inquiero dando un paso hacia atrás—. Y será mejor que no te acerques a mí. Me rompiste, me destrozaste, jugaste conmigo haciéndome creer que te importaba cuando era mentira. ¿Sabes por todo lo que he tenido que pasar? Llevo dos años acostándome con un montón de tíos que me importan una mierda. No tienes ni idea de cómo ha sido mi vida todo este tiempo, pero yo sí. No voy a perdonarte y tampoco volveré a confiar en ti porque ya no puedo confiar en nadie —le escupo.

—¿Es así como te sientes? —me pregunta confuso.

—No sé lo que quieres de mí, pero te aseguro que sea lo que sea no puedo dártelo.

—Sí puedes —dice cogiéndome las manos firmemente—. Eres la mejor persona que he conocido nunca. Estabas llena de inocencia y amor, es justo que te ayude a recuperarlo.

—¿De verdad? —Suelto una carcajada porque sus palabras me resultan totalmente absurdas y no hay nada que él pueda hacer por mí—. No pierdas el tiempo con algo que no tiene solución. Seguro que tienes cosas mucho mejores que hacer y yo también.

—¿Como ir tirándote a todos los hombres que se cruzan en tu camino? —me escupe.

—Ahora solo me tiro a uno y, como bien sabes, no eres tú —le digo con rabia—. Y ahora, por favor, vete. Estoy cansada y esta reunión no da más de sí.

—En eso tienes razón, será mejor que me vaya.

Cuando el sonido de la puerta me indica que se ha marchado, respiro aliviada. He soñado cientos de veces que Lucas volvía y ahora que mi sueño se ha hecho realidad, solo puedo sentir rabia.

Capítulo 17

No te pertenezco

Duermo poco y mal. La visita de Lucas no me dejó indiferente como pretendí aparentar delante de él, pero al menos no he llorado y eso significa que he dado un nuevo paso adelante.

Tras un día bastante tranquilo en el trabajo decido llamar a Alex para quedar con él, a pesar de que fui yo quien le pidió ir despacio y no vernos entre semana. Pero tras mi último encuentro con Lucas necesito evadirme y alejarle de mis pensamientos, y sé que Alex es el único que puede ayudarme a hacerlo. Él accede a que nos veamos esta noche en su casa, un bonito chalet individual en las afueras de Segovia desde donde trabaja como creativo para varias agencias de publicidad.

Es jueves, y como cada martes y jueves voy a una residencia de ancianos para enseñar a leer a los que no han tenido oportunidad de aprender hasta ahora. La mayoría son gente de campo que ha pasado toda su vida, desde la niñez, trabajando sin descanso y no pudieron asistir a la escuela. Es un trabajo por el que no cobro nada, pero con el que me siento feliz y en el que cada pequeño avance tiene un significado enorme. Ellos siempre me reciben con cariño y es increíble ver cómo aprenden y se esfuerzan a pesar de su avanzada edad. Si todos mis alumnos de primaria tuviesen el mismo interés nunca tendría que suspender a nadie.

Después de salir de la residencia vuelvo a casa para darme una ducha y cambiar los vaqueros y la camiseta por una blusa negra de seda y una falda de tubo hasta la rodilla del mismo color. Acompaño el conjunto con unas sandalias rojas de quince centímetros de tacón y, por supuesto, debajo llevo un conjunto de encaje negro que no deja nada a la imaginación. Antes de salir me miro detenidamente en el espejo. Me gusta lo que veo, al contrario de lo que piensa Lucas, el maquillaje y la ropa sofisticada hacen milagros y me alejan de esa imagen de niña buena que hace mucho tiempo dejé atrás. Me dejo el pelo suelto, el único rasgo que he heredado de mi madre, pero sin duda el mejor porque es tan liso que no requiere ningún trabajo.

Alex me recibe con unos vaqueros y una camiseta de Star Wars. Va

descalzo y lleva barba de varios días, y al mirarle vuelvo a preguntarme por qué no estoy completamente enamorada de un hombre que posee todos los atributos para hacer perder la cabeza a cualquier mujer.

—Me encanta como hueles —dice mientras me acoge entre sus fuertes brazos y me da un beso que consigue dejarme sin respiración.

Él huele a limpio, a gel de ducha, a champú, a suavizante para la ropa, y a todas esas cosas que me producen una enorme sensación de bienestar y tranquilidad.

Me lleva de la mano hasta el salón, una amplia y luminosa estancia que da al jardín a través de unas puertas de cristal que en este momento están completamente abiertas, dejando pasar la leve brisa que esta noche nos acompaña tras varios días de intenso calor.

Alex ha preparado un tentempié en la mesa que hay frente a los sillones e, incluso, ha descorchado una botella de vino *Pago de Carraovejas*, mi favorito. Mi cara se ilumina con una sonrisa, porque son esos pequeños detalles los que verdaderamente importan. Detalles que crean intimidad y que hacen que la vida sea más sencilla y bonita.

—No deberías haberte molestado —le digo volviéndome hacia él.

—No es molestia, al contrario, estaba hambriento y he pensado que tú también lo estarías.

—Espero no haber interrumpido tu trabajo.

—Necesitaba desconectar. Trabajar en casa tiene su lado negativo y es que nunca sabes cuándo dejarlo.

—En ese caso, me alegro de estar aquí —le digo sentándome en uno de los sillones.

Alex se sienta a mi lado y sirve el vino en dos copas de cristal. Doy un pequeño sorbo degustando el intenso sabor del vino y me siento reconfortada tras una larga jornada de trabajo.

—¡Delicioso! —exclamo—. Es un vino excelente.

—Soy de la misma opinión —dice dejando la copa sobre la mesa y posando una de sus manos sobre mis muslos—. ¿No tienes hambre?

—Depende —respondo acercándome a él—. Es posible que este un poco... hambrienta —susurro aproximando mi rostro al suyo.

—¿Por dónde te gustaría empezar? —pregunta colando las manos bajo mi falda.

—Creo que empezaré por aquí.

Me pongo en pie para deshacerme de la falda y me siento a horcajadas sobre él. Acaricio su cuello y deslizo las manos bajo su camiseta. Tiene un cuerpo delgado pero fibroso, sin exceso de músculo y muy apetecible.

Mi lengua recorre sus labios para adentrarse después en su boca y jugar con su lengua. Un beso apasionado es todo lo que necesitamos para entrar en calor y que nuestros cuerpos pidan a gritos fundirse en uno solo.

Bajo las manos hacia sus caderas, le desabrocho los pantalones y las introduzco bajo sus bóxers. Su sexo palpita entre mis dedos mientras se deshace de mi blusa dejándome solo con la ropa interior. Restriego mi cuerpo contra el suyo y me arrastro hacia abajo para tirar de sus pantalones hasta quitárselos. Lo quiero desnudo, suave, cálido y excitado. Me deleito en el sabor de su piel, en sus rincones, sus pliegues y sus secretos. Mi lengua aletea sobre su cuerpo recorriéndolo de arriba abajo y se detiene al llegar a su sexo, húmedo y palpitante.

Alex me quita el sujetador y cobija mis senos entre sus amplias manos. Mis pezones reaccionan a sus caricias contrayéndose y una avalancha de placer me sacude haciéndome vibrar, mientras mis labios se mueven a lo largo de su erección. Le siento temblar y levanto la vista para encontrarme con sus ojos. Tiene una mirada profunda que invita a adentrarse en ella, y por primera vez lo hago sin miedo. Me pierdo en su mirada, entre las sombras, en todas esas emociones que me conmueven, me excitan y sorprenden. Porque todo lo que siente está en esos ojos que me miran amables, atentos, arrobados.

Tomándome por la cintura me tumba sobre el sillón y me contempla primero, para después sumergirse entre mis curvas hasta hacerme temblar. Lentamente arrastra mis bragas a lo largo de mis piernas hasta deshacerse de ellas y vuelve a mirarme como si fuese la mujer más bella y sexy del mundo. Paso la lengua sobre mis labios para humedecerlos y él responde atrapándolos entre los suyos y besándome con pasión.

Me besa una y otra vez. En los labios, en el cuello, en los senos, en el abdomen, a lo largo de las piernas hasta alcanzar los dedos de los pies, y vuelve a ascender hasta detenerse en mi sexo para perderse en sus pliegues.

Abro las piernas y suspiro cuando su lengua se entretiene en mi clítoris, y con movimientos circulares y rítmicos me lleva hacia la cima. Todo mi cuerpo tiembla y se estremece sacudido por una avalancha de placer, pero mi apetito por Alex no se apaga. Necesito sentirle dentro de mí y cuando

nuestras miradas vuelven a encontrarse abro los brazos invitándole a hacerme suya.

—Espera un minuto —me pide, y le veo abandonar el salón para regresar poco después con un preservativo en la mano.

Se lo coloca hábilmente y se tumba sobre mí permitiendo que nuestros cuerpos se acoplen por completo.

Alex me embiste una y otra vez y yo me abro para él, húmeda, sensual, voluptuosa. Nuestros cuerpos danzan armoniosos y sudorosos, moviéndose el uno sobre el otro hasta que una oleada de placer, cada vez más intensa, me conduce de nuevo hacia la cima. Me tenso y gimo, mientras noto esa última embestida hundiéndose del todo en mi cuerpo.

Los brazos de Alex se enredan alrededor de mi cuerpo y me aprieto contra él cobijando la cabeza en el hueco de su cuello. Su respiración, aún jadeante, me hace cosquillas y me muevo inquieta bajo su peso.

—¿Te hago daño? —pregunta.

—No, me haces cosquillas —le tranquilizo.

Alex se tumba a mi lado liberando mi cuerpo de su peso y me giro hacia él. Sus ojos cuentan muchas cosas y acaricio su pelo intentando calmar la inquietud que detecto en ellos.

—Podría quedarme toda la vida así —susurra.

—Te aburrirías mucho.

—No lo creo, eres una caja de sorpresas.

—¡Qué va! —le aseguro—. Soy una mujer muy normal.

—Eres una mujer fascinante.

Sus palabras me incomodan y me hacen sentir culpable. Vuelvo a preguntarme si debí acceder a estar con él sabiendo que lo que él siente por mí es mucho más intenso de lo que yo jamás podré sentir por él.

—Esta mujer fascinante está hambrienta —digo para romper el pesado ambiente que se ha creado—. ¿Cenamos?

Alex desenreda los brazos de mi cuerpo para dejar que me levante y leo la decepción en su mirada. Conozco ese sentimiento en profundidad, pero nunca pensé que yo sería la causante.

Capítulo 18

Sin descanso

LUCAS

Silvia duerme profundamente a mi lado. Lejos de los focos, sin maquillaje y completamente desnuda, no parece la mujer fatal que hace unos días posó con soltura delante de mi cámara, sino una inocente niña.

Su pelo largo y rubio cae en cascada sobre la almohada y sus parpados, rematados por espesas pestañas, descansan sobre sus ojos dándole un aspecto etéreo. Siento la urgente necesidad de apartarme de ella y me levanto buscando algo que ponerme para abandonar la habitación. Fue un error llamarla por teléfono e invitarla a mi casa. Un error que he cometido decenas de veces con decenas de mujeres que no me importan nada.

Recojo los pantalones del suelo y me los pongo saliendo de la habitación para dirigirme a la cocina. Necesito una taza de café bien cargado para despejarme y pensar con claridad.

Preparo la cafetera italiana y la pongo sobre la vitrocerámica. Pocos minutos después escucho el gorgoteo del café y busco una taza en el armario que lleno hasta arriba. Me siento en la mesa que hay junto a la ventana desde la que puedo ver los tejados de las casas encajando como un puzle. Amanece y el cielo comienza a iluminarse. Siento la necesidad de fotografiar lo que veo al otro lado del cristal y apuro el café antes de que sea demasiado tarde.

Un par de minutos después salgo al balcón con la cámara. La silueta de las nubes se recorta contra un cielo malva lleno de matices y el sol comienza a derramarse sobre los edificios de piedra proyectando luces y alargadas sombras.

El cielo me trae recuerdos de otro amanecer e imagino a Rebeca sonriendo entre mis brazos, mirándome como si yo fuese todo su mundo. Una punzada de culpabilidad y dolor me golpea el pecho. ¡Joder! Llevo días sin poder concentrarme en nada. Rebeca ocupa la mayor parte de mi mente y ha conseguido poner patas arriba toda mi vida.

—Buenos días. —La voz de Silvia, algo ronca, me hace levantar la cabeza.

Lleva puesta mi camiseta y sus generosos pechos se aprecian bajo ella insinuantes. Sus piernas, largas y rotundas, están completamente desnudas, y pienso que si no me hubiese vuelto completamente loco la cogería en brazos, la llevaría de nuevo a la cama y me la follaría una y otra vez hasta quedar exhausto. Pero estoy loco y lo único que quiero es perderla de vista.

—¡Vete! —le ordeno.

—Pero yo creía que...

—¿No habrás pensado que esto era algo más que un polvo?

Silvia me mira a los ojos, los suyos parecen a punto de estallar en lágrimas y la rabia crece dentro de mí.

—¡Vete! —repito en un tono de voz más alto.

La veo desaparecer por el pasillo y la imagino envuelta en lágrimas mientras se pone la ropa. Pero ese pensamiento no consigue ablandarme y me quedo sentado en la cocina esperando a que se vaya de una vez. Cinco minutos más tarde un fuerte portazo me indica que acaba de marcharse.

La he vuelto a cagar otra vez, pienso mientras cojo la taza vacía y la estrello contra el suelo causando un enorme estropicio.

Capítulo 19

Noche en blanco

—Toma, ponte esto —le digo a Paola sacando de mi bolso un ligüero y un par de medias nuevas.

—Estás loca si piensas que voy a ponerme eso —replica apartándolo con la mano.

—Esto te ayudará.

—¿Cómo crees que va a ayudarme un ligüero? Es completamente absurdo.

—Te hará sentir sexy y a Daniel le volverá completamente loco.

—¿Así es como te sientes tú?

—Sí, y tú también si abres un poco tu mente.

—No puedo, no va conmigo, yo...

—Paola, deja de decir que no a todo —la interrumpo—. No sabía que eras tan dura de mollera. Un ligüero es algo inofensivo, cualquiera que te oiga hablar así pensará que te estoy proponiendo un trío.

—¡Nunca podría hacer un trío! —niega ella con vehemencia.

—Y yo no te lo estoy proponiendo. Solo quiero ayudarte y he pensado que si te sientes más segura tendrás más probabilidad de éxito —le explico.

—Cuando me has dicho por teléfono que habías encontrado una solución he pensado que se trataba de otra cosa —se queja—. Un libro, un manual de...

—¿Un libro? Mi experiencia es mucho mejor que cualquier libro. Deberías confiar en mí.

—Vale, voy a ponerme eso, pero si no funciona...

—Si no funciona te compraré un libro —le aseguro.

Media hora después salgo de casa de Paola satisfecha. Tengo plena confianza en que mi plan funcione. Mi experiencia me dice que las cosas más simples son las que dan mejor resultado, y si no es así tendré que recomendarles que busquen ayuda profesional.

Vuelvo a casa para cambiarme de ropa, esta noche he quedado con Pepa en un bar del centro donde nos esperan también Rafa y algunos de sus amigos, y elijo un look algo más informal que otras noches. Vestido verde de tirantes

con pequeños lunares blancos y falda amplia hasta la rodilla, fular verde alrededor del cuello y bailarinas negras. Estoy segura de que terminaremos pateando todos los bares de la ciudad y bailando en cualquier lugar donde haya buena música, así que no pienso arriesgarme con unas sandalias de tacón y acabar sentada y aburrida en cualquier rincón.

Me recojo el pelo en una coleta y me maquillo de forma muy suave aplicándome solo un poco de máscara de ojos y brillo en los labios.

Llego tarde, como siempre, aunque esta vez tengo una buena excusa. Ayudar a Paola era más importante que la puntualidad. Mientras camino hacia el lugar donde hemos quedado le envío un mensaje a Pepa para decirle que tardaré diez minutos en llegar. La noche es fresca, aunque estamos ya a mediados de junio, y me encojo dentro de la fina chaqueta vaquera acelerando el paso para llegar cuanto antes.

Una vez en el bar me cuesta un rato dar con mis amigos, a quienes localizo en un rincón al fondo de la barra. Los saludo uno a uno repartiendo besos y abrazos, aunque hay un par de chicas a las que no conozco.

Comenzamos a recorrer los bares de la zona tomando algo en cada uno de ellos y cuando pedimos la cuarta copa de la noche decido parar y tomar solo agua. El alcohol a grandes dosis es el peor enemigo de mis jaquecas y afortunadamente lo recuerdo a tiempo. Después de una larga discusión con Pepa, porque según ella soy una aguafiestas y si bebo agua no aguantaré ni una hora más, un rostro familiar llama mi atención. Es Alex y está hablando con una chica rubia que no debe de tener más de veinte años. Los miro con curiosidad, admirando lo guapo que está esta noche con los vaqueros y una camisa blanca recogida hasta los codos, pero no siento esa punzada de celos que tantas otras veces he experimentado al ver a Lucas hacer lo mismo.

—¿Qué estás mirando? Pareces estar en otra galaxia —bromea Pepa un poco achispada.

—Acabo de ver a Alex.

—¡Está con una chica! Y qué chica, es una monada —dice soltando una carcajada.

—No tiene gracia —respondo, a pesar de que hace tan solo un minuto he llegado a la conclusión de que no estoy celosa.

—Estás celosa —dice Pepa sin parar de reír.

—No lo estoy —me apresuro a negar—. Yo también he venido acompañada de otros hombres. No pasa nada y confío plenamente en él.

Mis ojos se encuentran con los de Alex e inmediatamente él se acerca a mí dejando a la chica con la palabra en la boca. No, no estoy celosa, pero me encanta que al verme sonría de ese modo, como si fuera la mujer más importante del mundo.

—¡Qué casualidad encontrarte aquí! —exclama cogiéndome de la cintura y plantándome un beso en los labios.

Y no es cualquier beso, sino uno de esos que me deja sin respiración y vuelven a recordarme que en lo que a besos se refiere es un experto.

Mis amigos aplauden cuando nos separamos, a coro vuelven a pedir que nos besemos de nuevo, y no paran hasta que accedemos a ello.

—¡Bravo! —exclama Pepa aplaudiendo—. Yo también quiero uno —dice lanzándose en brazos de Víctor y buscando sus labios.

El beso, que comienza siendo algo completamente inocente, termina siendo el beso del siglo y cuando se separan intercambian miradas de auténtica sorpresa. Pepa ha bebido demasiado y mañana, estoy segura, se arrepentirá de haber besado de ese modo a un compañero de trabajo.

—Podemos quedarnos aquí y seguir besándonos o largarnos a cualquier otra parte completamente solos —me propone Alex.

—No puedo irme contigo, he venido con mis amigos y tú con los tuyos. No estaría bien. Pero prometo recompensarte mañana por la noche —le digo.

—Ni siquiera se darían cuenta de que nos hemos ido, están demasiado borrachos.

Tiene razón, probablemente nadie nos echaría de menos, pero quiero ir despacio y, sobre todo, quiero seguir haciendo cosas con mis amigos y no depender de nadie. Ya lo hice una vez, dejé a un lado a mis amigos y también mi vida, y el resultado no pudo ser peor.

—Voy a quedarme —digo con seguridad.

—De acuerdo, pero solo te dejaré ir si prometes que mañana pasarás toda la noche conmigo.

Finjo que lo estoy pensando, aunque en realidad ya lo he decidido y solo me estoy haciendo la dura. No puedo evitarlo, sé que Alex está loco por mí, y que estos juegos de tira y afloja no son necesarios con él. Pero llevo demasiado tiempo coqueteando y jugando con otros hombres.

—Otra botella de vino como la de la otra noche y seré toda tuya —respondo.

—Trato hecho.

Antes de marcharse, Alex me regala un nuevo beso y al apretarme contra su cuerpo puedo notar su erección contra el mío. Estoy completamente loca al dejar que se vaya, pero quiero tomarme las cosas con calma, ir poco a poco y, lo más importante, conservar mi independencia.

Voy al baño a vaciar la vejiga. Los chupitos de tequila, el gin-tonic y el agua son un excelente diurético y apenas puedo aguantar. Está ocupado, pero al menos no hay cola, y espero delante de la puerta a que quede vacío moviendo los pies al ritmo de la música que suena.

Unas manos se posan en mi cintura por la espalda, sonrío y doy media vuelta para regañar a Alex, acabamos de quedar en que esta noche la pasamos con nuestros amigos, pero no es a él a quien encuentro y la sonrisa se desdibuja en mi rostro sin dejar rastro.

Capítulo 20

Estás lejos

LUCAS

Tras un improductivo día en el que no he sido capaz de seleccionar y procesar las imágenes de las dos últimas sesiones fotográficas, apago el ordenador con un humor de perros. Organizar el trabajo y llevarlo al día ha sido siempre uno de mis puntos fuertes, al contrario que el resto de las facetas de mi vida, que siempre han sido un auténtico caos.

Empiezo a pensar que regresar ha sido un error y que debería marcharme de nuevo. Pero no tengo claro que eso acabe con mi bloqueo, ni tampoco con mi principal problema. No estaré tranquilo hasta que logre solucionar las cosas con Rebeca, pero me lo está poniendo demasiado difícil y empiezo a pensar que no tengo nada que hacer.

Llamo por teléfono a Iván, uno de mis viejos amigos, y junto a Juanjo, una de las pocas personas con las que he mantenido el contacto durante el par de años que he estado fuera del país. Ambos se han casado durante este tiempo y, aunque no estuve presente en las bodas de mis dos mejores amigos, ninguno de los dos se ha molestado por ello.

Iván me propone llamar a Juanjo y quedamos para tomar unas copas esta noche en alguno de los garitos del centro. Quizá el alcohol no me ayude a desbloquearme, pero sí lo hará salir de mi maldito encierro.

Me doy una ducha y me visto con desgana. Ni siquiera me miro al espejo antes de marcharme, algo muy poco habitual en mí, y salgo con tiempo suficiente para ir dando un paseo hasta el lugar donde hemos quedado.

Llego el primero, pido un ron con limón y espero en la barra la llegada de mis amigos, que aparecen poco después. A pesar de habernos visto varias veces desde mi regreso, no me acostumbro a este nuevo Iván de barriga prominente y pantalones de pinzas. Él, que siempre fue el más presumido del grupo, se ha abandonado desde que se casó hace un año, y parece un hombre de mediana edad y con muy poco gusto para la ropa. Juanjo, en cambio, sigue exactamente igual que hace dos años.

Hablamos y bebemos una copa tras otra. La lengua se va soltando por los efectos del alcohol y durante un par de horas parecemos los mismos de siempre, aquellos muchachos irreverentes y rebeldes que se reían de todo y necesitaban muy poco para ser felices. Pero a la una de la madrugada Iván comienza a mirar el reloj cada pocos minutos y nos confiesa que desde que su mujer se quedó embarazada no le gusta estar sola en casa de noche. Propongo ir a tomar la penúltima a otra parte, pero Iván declina la invitación y Juanjo acepta poco convencido entre bostezos, así que, finalmente, les digo que mejor lo dejamos para otro día.

Camino hacia mi piso con paso lento. No tengo ganas de meterme en casa. Hace un par de años habría tenido a un montón de gente a la que llamar o podría haberme presentado en cualquier parte sabiendo que siempre encontraría a alguien con quien seguir la fiesta, pero todo parece haber cambiado desde que dejé la ciudad. Muchos de mis amigos y conocidos se han casado, y otros se han ido a vivir a otros lugares de España en busca de nuevas oportunidades.

Sacó el teléfono del bolsillo y busco en la agenda, donde aún aparecen los nombres de varias mujeres con las que salía algunas veces, pero no he vuelto a saber nada de ellas, excepto de María, a quien me encontré el otro día en el supermercado y aprovechó para dejarme claro que seguía soltera. Pulso sobre su número sin pensarlo demasiado, María ha salido con sus amigas, pero me dice que no le importa dejarlas, y una hora más tarde estamos sentados delante de un par de copas.

—¿Qué te parece si vamos a otro sitio? —me propone ella acercándose demasiado—. Podríamos ir a tu casa o tal vez a la mía —susurra.

María es una mujer bastante guapa, siempre lo fue, quizá demasiado poco sutil, algo que en el pasado me encantaba, cuando lo único que quería era ir directo al grano, pero que de un tiempo a esta parte es algo que me resulta muy poco excitante.

Miro sus pechos, que sobresalen por encima del escote, oprimidos por un sujetador que es probablemente dos tallas más pequeño de lo que necesita. Hubo un tiempo en que unas tetas como las suyas me habrían hecho babear, pero en este momento solo siento indiferencia. Sin embargo, no tengo nada mejor que hacer y María es una de esas mujeres que no busca una relación con compromiso.

—Vamos —acepto, poniéndome en pie.

Vamos caminando hacia mi casa, los bares siguen llenos a estas horas y miro en su interior con curiosidad. Y esa curiosidad, que muchas veces me ha llevado a conseguir grandes cosas, esta noche me sume en la más absoluta miseria al ver a Rebeca en los brazos de otro.

—¿Por qué no tomamos la penúltima? —pregunto a María cogiéndola del brazo. Y antes de que responda ya he abierto la puerta y estamos dentro.

—Creía que tenías tantas ganas como yo.

—Y las tengo, pero me apetece una última copa —le susurro al oído.

Mientras tomamos nuestras bebidas y suena una antigua canción de U2, *With or Without You*, no puedo apartar los ojos de Rebeca. Con el pelo recogido en una coleta y un sencillo vestido de color verde, parece la misma inocente chica que conocí. Pero ahora está con otro y los contemplo durante un rato, mientras María habla y yo finjo que la escucho, y cuando los labios de Rebeca vuelven a besar a ese tío, aprieto los puños con fuerza, aunque no puedo evitar excitarme.

Cuando se despiden, ella le observa mientras se aleja y después camina hacia el baño, momento que aprovecho para ir en su busca.

—Voy al baño —le digo a María sin mirarla.

No tengo ningún plan y sé que debería marcharme y dejar que su vida continúe lejos de mí, pero las manos me traicionan y, antes de pensarlo, las coloco en torno a su cintura. Ella se gira sonriente, hasta que al verme la sonrisa se borra por completo de su cara dando lugar a un gesto hosco.

—Creía que se trataba de otra persona —dice separándose de mí.

—Te he visto y quería saludarte —le digo metiendo las manos en los bolsillos.

—Bien.

—Pensaba que me recibirías con un poco más de entusiasmo.

—¿No creerías que te iba a hacer la ola? —pregunta con ironía.

La puerta del baño se abre en ese momento y sale una mujer. Rebeca se dispone a entrar y la sujeto del brazo para impedirselo. No puedo dejarla marchar de esa manera.

—Tengo que entrar —dice molesta.

—Solo voy a entretenerte un segundo.

—Si se trata otra vez de ese maldito café, la respuesta es no.

—Está claro que tenemos que hablar.

—No, no tenemos nada de qué hablar. Ese tiempo ya ha pasado, así que

espero que lo entiendas y me dejes en paz.

—No estoy de acuerdo.

—¿Crees que me importa lo que tu pienses? A ti tampoco te importó durante mucho tiempo lo que yo pensaba y ahora es tarde.

—Te espero mañana en mi casa a las doce, te prepararé ese café, mantendremos esa conversación y después, si sigues pensando que no quieres volver a verme, te dejaré en paz —le digo jugando mi última carta.

—No voy a ir a tu casa —niega ella—. ¿Qué gano yo?

—Has dejado claro que no quieres volver a verme y te prometo que, si después de que hablemos sigues pensando lo mismo, desapareceré de tu vida.

Rebeca se queda callada unos segundos sopesando todas sus posibilidades y vuelvo a cerrar los puños con fuerza, descargando en ellos todos mis miedos.

—Estaré allí a las doce —responde finalmente.

—Nos vemos mañana —me despido.

Vuelvo junto a María, pero ahora no me apetece estar con ella, así que busco una excusa rápida, manida y poco creíble, para regresar solo a casa.

—Lo siento, tendremos que dejarlo para otro día, no me encuentro bien —le digo llevándome la mano al estómago.

—No puedo dejar que te vayas solo a casa, te acompañaré y me quedaré contigo.

—Te lo agradezco, pero solo tengo ganas de meterme en la cama y dormir.

—¿Estás seguro?

—Completamente —respondo deseando perderla de vista.

Veinte minutos después llegó a casa y me tumbo en la cama sin molestarme en desvestirme. Solo quedan siete horas para las doce y tengo que pensar en algo para recuperar a Rebeca.

Capítulo 21

Los recuerdos

Llevo más de cinco minutos delante de la puerta de Lucas. He aprovechado para colarme en el portal cuando un vecino salía, y desde entonces estoy aquí, preguntándome por qué acepté venir.

Los recuerdos se agolpan en mi mente. Estaban ahí, esperando ser liberados, ocultos en algún lugar de la memoria. Recuerdos de risas y largas conversaciones. Recuerdos de besos, abrazos y caricias. Y también el recuerdo de su marcha, el dolor y la desesperanza. Son tantas las cosas que nos unen como las que nos separan.

Respiro hondo intentando serenarme. No tengo un solo motivo para quedarme y sí demasiados para dar media vuelta y regresar a casa. Pero no lo hago, al contrario, llamo al timbre y espero a que Lucas abra la puerta.

—Hola —me saluda.

No me atrevo a mirarle a los ojos y desvió la vista hacia el interior de su piso al tiempo que esquivo su mano. Lucas me invita a pasar y, llena de dudas, acepto la invitación y camino delante de él hacia el salón. Nada ha cambiado desde la última vez que estuve aquí, Lucas ha estado fuera durante mucho tiempo e imagino que el piso ha estado vacío en su ausencia.

Siempre me gustó este lugar, los grandes ventanales, los gastados sillones de cuero marrón, las librerías de madera hasta el techo y el suelo de tarima que cruje bajo los pies al caminar sobre él. He echado de menos todo esto, aunque ni siquiera me atreva a reconocerlo ante mí misma.

—Estás preciosa —me dice Lucas.

Me encojo de hombros porque no sé qué responder a eso, y pienso que debe de estar completamente loco puesto que apenas he dormido cinco horas y solo he tenido treinta minutos para darme una ducha y ponerme unos vaqueros y una camiseta. Ni siquiera me he maquillado y las ojeras parecen dos cortinas bajo mis ojos.

—Si a esto le llamas estar preciosa... —respondo finalmente.

—Ven por aquí —me dice cogiéndome de la mano.

Intento soltarme porque el tacto de su piel contra la mía parece quemarme,

pero me tiene firmemente asida y no parece tener ninguna intención de dejarme escapar. Le sigo por el pasillo que hay a la izquierda, conduce a su estudio, y cuando nos paramos delante de la puerta siento que mi respiración se paraliza. Hay demasiados recuerdos encerrados en ese lugar y temo que al traspasar el umbral no haya camino de vuelta.

—¿Estás bien? —me pregunta Lucas, que debe de haber notado mi tensión.

—Solo... solo tengo un poco de sueño, he dormido muy poco.

—Ven —insiste sin soltarme.

Cojo aire, todo el que mis pulmones son capaces de retener, e, incluso, cierro los ojos unos instantes antes de enfrentarme al pasado.

El estudio es otro piso que comunica con la casa de Lucas a través de una puerta. Es una estancia grande y luminosa, llena de focos, trípodes y fondos de diversos colores. Siempre me gustó el viejo sofá de tela roja que descansaba en un rincón junto a una de las ventanas, y lo busco a mi alrededor con la esperanza de que me devuelva la calma. Sigue en el mismo lugar, tal y como lo recordaba, pero, lejos de tranquilizarme, los recuerdos de las escenas vividas sobre él solo consiguen alterarme más.

Retiro la vista y la fijo en la mesa que hay junto al balcón. Contiene un desayuno digno de un hotel de cinco estrellas y, también, hay un pequeño jarrón con flores de colores.

—Pensé que tendrías hambre, siempre te levantabas hambrienta —dice Lucas al ver hacia donde se dirigen mis ojos.

—¿No pensarás que voy a comerme todo eso? —pregunto paseando la mirada por encima de la mesa, donde todo un surtido de pasteles comparte espacio con varios tipos de pan, aceite, tomate, mermeladas y un par de jarras, una de café y otra de zumo de un color indefinido.

—Me encantaría hacerte algunas fotografías.

—¿Qué?! No pienso dejar que me hagas fotografías mientras estoy comiendo.

—Ven, siéntate —me pide retirando una silla de la mesa.

Le obedezco y después le observo mientras me sirve café en una taza, sus manos son fuertes, de dedos largos, suaves y poderosos, y me estremezco al pensar todo lo que esas manos me han hecho sentir cientos de veces. No puedo confiar en Lucas, pero tampoco puedo confiar en mí.

—Gracias —digo llevando la taza hacia mis labios.

El café está delicioso y estoy tan concentrada en saborearlo que no me he dado cuenta de que Lucas ha cogido la cámara y ha comenzado a hacer las primeras fotografías.

Le saco la lengua y comienzo a hacer todo tipo de gestos ridículos. Quiero apartar de mi mente todas aquellas veces en que él me fotografió, la intimidad que había entre nosotros y la manera en que después, irremediablemente, acabábamos enredados en cualquier parte, haciendo el amor con el que siempre pensé que sería el único hombre de mi vida.

Lucas mete un dedo en la mantequilla y antes de que pueda esquivarle, la restriega por mi cara dejándome pringosa. Como venganza hago lo mismo con la mermelada y después me atrevo con la nata de uno de los pasteles, que reparto a lo largo y ancho de su rostro. Pocos segundos después Lucas pone a salvo su cámara, a la que quiere más que a sí mismo, y forcejeamos por un pastel de chocolate que termina esparcido por mi pelo, mi cara y parte de mi ropa.

Nos reímos. Nos reímos tanto que olvido mis rencores, nuestras diferencias y el pasado. Y disfruto cada segundo como una niña inocente que aún no ha conocido la decepción y el miedo. Hasta que Lucas retira de mi cara un mechón de pelo con intención de restregar sobre ella un poco más de chocolate y nuestras miradas se encuentran a medio camino. Su mano, muy cerca de mi rostro, se detiene a pocos centímetros de él. Me siento atrapada por su mirada y sin pensarlo, tomo su mano y la llevo hacia mis labios. Lamo sus dedos despacio, saboreando la confusa mezcla que hay sobre ellos, hasta que me doy cuenta de lo que acabo de hacer y me aparto de él con las mejillas encendidas por la vergüenza.

—Tengo que irme, estoy toda pringosa y necesito una ducha —me apresuro a decir cogiendo una servilleta y limpiándome la cara.

—Siéntate —me pide él—. No voy a dejarte ir hasta que escuches lo que tengo que decirte. Si quieres puedes darte una ducha, te dejaré algo de ropa.

—No, gracias, me quedaré, pero no estaré mucho tiempo.

—Está bien —dice Lucas sentándose frente a mí y sirviéndose una taza de café.

—Antes de que digas nada quiero que sepas que te he perdonado. Supongo que lo hice hace mucho tiempo, pero estaba tan concentrada en mi dolor que no podía pensar en nada más.

—No es eso lo único que me preocupa.

Le miro confusa e inclino la cabeza hacia un lado, esperando a que empiece a hablar y deseando que termine cuanto antes para poder irme a casa.

—Creo que hasta que no sepas por qué me marché no podrás seguir adelante con tu vida, y yo tampoco con la mía —comienza a decir.

Sí, necesito saber por qué se fue sin despedirse, por qué me hizo creer que estaba enamorado de mí y también por qué ha regresado ahora. Solo entonces mis heridas podrán cicatrizar y, como Lucas ha dicho, podré seguir adelante con mi vida.

—De acuerdo, te escucho —le digo mirándole a los ojos con interés.

Capítulo 22

Las lágrimas

LUCAS

Aún siento la humedad de su lengua sobre mis dedos. La habría besado si no fuese porque está asustada y solo habría conseguido que se marchara inmediatamente. La miro a los ojos, su rostro está lleno de restos de nata, mantequilla y chocolate que empiezan a secarse, pero eso no le resta ni un ápice de su belleza.

Me llevo la taza de café a los labios para hacer tiempo y ordenar mis ideas. A pesar de haberme pasado la noche preparando un discurso, no sé por dónde empezar para captar su atención y conseguir que no se vaya antes de que acabe.

—Todo es mucho más simple de lo que crees —comienzo a decir—. La agencia con la que colaboro desde hace años me propuso un trabajo que no podía rechazar, siempre había soñado con que mis fotografías estuviesen en las portadas de las mejores revistas de moda del mundo. Aquella era mi oportunidad y simplemente acepté.

—¿Pretendes hacerme creer que esa es una explicación? Eso no explica por qué me dejaste de la noche a la mañana, por qué no me hablaste de esa oferta o por qué no respondiste a uno solo de mis mensajes y llamadas. Solo recibí un maldito correo en el que decías que era mejor que no volviéramos a vernos —le digo con furia—. Tampoco explica por qué me hiciste creer que estabas enamorado de mí, algo que era mentira, porque nadie que esté enamorado deja así a la persona a la que ama. ¿Tenías que humillarme de esa manera?

—Fui un auténtico hijo de puta, pero te aseguro que lo hice porque te quería demasiado.

—¿Qué?! —Rebeca se levanta y comienza a reírse a carcajadas. La situación no tiene nada de divertida, pero supongo que mi explicación es tan poco coherente como lo fue un día mi comportamiento.

—Creo que no me has entendido.

—Te he entendido, te marchaste porque conseguiste el trabajo con el que siempre habías soñado y yo te importaba muy poco, tan poco como para no despedirte ni darme una sola explicación al respecto.

—Si te lo hubiese contado probablemente no habría aceptado ese trabajo.

—¿Cómo? —pregunta apoyándose contra el ventanal del balcón, y su silueta se recorta contra la luz haciéndola parecer etérea e inalcanzable, exactamente como la siento ahora.

—Lo que quiero decir es que si te lo hubiese contado habríamos discutido sobre qué hacer y probablemente habrías querido venirte conmigo, pero ese no era el tipo de vida adecuado para alguien como tú.

—¿Alguien como yo? ¿Es que no tengo el suficiente glamour para codearme con las supermodelos que has fotografiado?

—Al contrario, no he querido dar a entender eso, pero tú siempre has sido una mujer independiente. Te fuiste de casa a los dieciocho años y siempre tuviste muy claro lo que querías. Eras feliz viviendo en esta ciudad, con tu trabajo, tus amigas y tu familia, y no quería que abandonaras nada de eso por mí, ni que un día comenzaras a odiarme por haberlo hecho —le explico—. Fue muy duro tener que dejarte de aquella manera, te lo aseguro, pero pensé que era lo mejor para los dos.

—Esa decisión también era mía y no puedo creer que ni siquiera me lo contaras.

—Rebeca, era una decisión muy difícil. Uno de los dos tenía que renunciar a sus sueños para seguir juntos y pensé que lo más adecuado es que ninguno de los dos lo hiciésemos.

—Así que me estás diciendo que no solo me amabas, sino que me amabas tanto que tomaste la decisión que más me convenía.

—Sí, eso es lo que acabo de decir.

—Ja, ja, ja —ríe ella—. Estás completamente loco. Me importa una mierda lo que creyeras, tenía derecho a saber lo que estaba pasando. Prácticamente vivíamos juntos, te quería y creía que me querías, ¿sabes lo que sentí cuando de pronto desapareciste? Han pasado dos años sin una sola noticia tuya, sin una sola explicación, ¿por qué ahora?

—Tenía que contártelo en persona. Me he arrepentido muchas veces por lo que hice, pero no es algo que pudiera decirte por teléfono o en un correo electrónico.

—Supongo que aquella última noche que pasamos juntos ya sabías que

ibas a marcharte. Te comportaste de un modo extraño y recuerdo que me asomé a la ventana para verte mientras te alejabas calle abajo hasta perderte en la oscuridad. Sentí cómo algo se desgarraba en mi interior y no lo entendí hasta semanas después. Desde entonces esa imagen se repite una y otra vez en mis sueños —me dice—. ¡Me voy! No me interesan tus explicaciones. Creo que no debemos seguir con esto.

Me levanto para impedir que se vaya. Quiero que entienda lo que hice y por qué lo hice. Quiero que olvide todo el rencor. Y, sobre todo, quiero que pueda perdonarme.

—Espera —le pido—. Termina de tomarte el café.

—Está frío y odio el café frío —responde haciendo una mueca de desagrado.

—Prepararé otra cafetera.

—Puedes preparar todo el café que quieras e invitarme todos los días de mi vida, pero eso no significa que esté de acuerdo con lo que hiciste o que pueda volver a confiar en ti.

—No quiero que te vayas.

—Puedo quedarme a tomar ese café, pero quiero que entiendas que no va a cambiar nada. No puede cambiar el pasado, el daño ya está hecho, y aunque te empeñes en deshacerlo, ya no es posible.

Su voz no tiembla, es firme y segura, probablemente tiene razón y no puedo deshacer el daño que le causé, pero quiero intentar paliarlo de alguna manera.

Rebeca me sigue hasta la cocina y mientras preparo el café no hablamos. Ella mira por la ventana, concentrada en algún punto que no puedo adivinar, mientras yo espero que suceda el milagro, que el tiempo retroceda y nada de lo que sucedió vuelva a repetirse.

—Aquí tienes —digo dejando una humeante taza de café delante de ella.

Rebeca parpadea y me mira como si acabase de despertar de un largo sueño y no supiese dónde está ni quién soy.

—Gracias —responde.

Me siento junto a ella y le cojo la mano sujetándola firmemente para impedir que la retire. No pensé que esta conversación resultara tan difícil, la he echado tanto de menos que estaba convencido de que ella habría sentido lo mismo.

—No quiero que te vayas sin que sepas que te amé y que, de un modo u

otro, seguiré haciéndolo.

—¿Por qué ahora?

—Porque me equivoqué y es posible que no pueda enmendar mi error, pero no permitiré que sigas pensando que jugué contigo —respondo—. Todas las veces que dije que te quería fueron ciertas. Me enamoré de ti la primera vez que vi tu rostro, fuiste una auténtica sorpresa.

Rebeca retira la mirada, agacha la cabeza y unos segundos después siento sobre mis manos la humedad de sus lágrimas, que brotan de sus ojos y caen como gotas de lluvia. La abrazo. Nunca he sabido qué hacer cuando una mujer llora, pero esta vez sé que tengo que abrazarla y, quizá, llorar con ella. Sus lágrimas empapan mi cuello y mi camiseta, pero nada me importa excepto abrazarla.

—Tengo que irme —dice de pronto separándose de mí.

—No tienes que hacerlo.

—Si sigo aquí no sé lo que va a pasar y te equivocas si piensas que vas a conseguir que vuelva a confiar en ti. Necesito tiempo y, aun así, no sé si algún día lo lograré.

—Quédate —le pido retirando de sus ojos los últimos vestigios de sus lágrimas.

Capítulo 23

Otra vez en casa

Su voz suena hipnótica mientras me pide que me quede. Pero tengo que marcharme, esta vez para siempre, aunque apenas tengo fuerzas para ponerme en pie. Mis pies no se mueven, no soy capaz de decirle adiós y todo lo que puedo hacer es mirarle a los ojos y sumergirme en ellos.

—Quédate —repite, pero apenas le oigo.

Recorro su rostro, primero con la mirada y después con las manos. Su tacto y su olor siguen siendo los mismos y me aproximo a él sin saber lo que estoy buscando exactamente. Quizá solo quiero sentir sus labios una vez más antes de marcharme.

Cierro los ojos y cuando nuestros labios, al fin, se encuentran, consigo olvidarme de mis miedos. Es todo lo que deseo en este momento, y como si él también lo supiera, me regala el beso más suave y dulce de nuestra historia.

No opongo resistencia cuando me toma entre sus brazos y me lleva a su habitación. Ni tampoco cuando, entre beso y beso, comienza a quitarme la ropa hasta dejarme completamente desnuda. Sus manos sobre mi piel se sienten cálidas y deliciosas, y me dejo arrastrar hacia un lugar y un tiempo donde solo existimos nosotros.

Le desnudo lentamente, contemplando cada milímetro de su cuerpo, besando y acariciando cada porción de su piel.

—No puedo dejar de mirarte —me dice en un susurro, mientras sus labios me recorren dibujando un sinuoso camino hacia mi sexo.

La luz del sol entra por la ventana proyectándose sobre su cuerpo y vuelvo a admirar su desnudez entre mis manos del mismo modo en que la admiré cada uno de los días que pasamos juntos. Me pierdo en sus caricias, me deleito en cada beso y pienso en todas esas veces que he besado otros labios soñando que eran los suyos. Le deseo en cada roce, en cada gesto, en cada latido.

Mientras recorro la distancia que separan mis manos de su rostro, contemplo cómo sus párpados se cierran y siento cómo se cuele en mí

interior. Entra y sale de mí como si ambos hubiésemos estado practicando toda la vida. Y duele saber que lo hemos hecho, pero nunca con la persona adecuada. Aparto de mi mente esos pensamientos. Nada ha cambiado entre nosotros, aunque ahora todo sea diferente.

Acaricio su espalda desde el comienzo hasta llegar hasta sus glúteos. Sus músculos trabajan, se extiende entre mis dedos, se contraen entre las palmas llenándolas de deseo.

Lucas se sienta sobre la cama y me coloca sobre él. Nuestros cuerpos vuelven a unirse. Nuestra piel se hace una. Nuestra respiración se sincroniza. Ha llegado mi turno y subo y bajo sobre la largura de su pene erecto, deleitándome en su dureza y su humedad. Mis senos en sus manos, mis labios sobre los suyos, nuestras lenguas entrelazadas en una cruenta batalla, y mi mente llena de cientos de imágenes de aquellos días en los que aún podíamos ser felices.

El placer se extiende a lo largo de mi cuerpo como pequeñas descargas eléctricas que hacen que acelere el ritmo. Lucas no se ha puesto preservativo, pero no digo nada. Desde que comenzamos nuestra relación tomo la píldora, aunque él es el único con el que nunca he usado protección. Quizá no sea lo más inteligente, pero es lo que quiero ahora.

Me muevo sobre él buscando mi propio placer y sus manos se deslizan, deliciosas, hacia mis glúteos. Me agarra fuerte, apretándome contra él, y un terremoto de magnitud desconocida se apodera de mi cuerpo agitándolo y haciéndome gritar. Mi cuerpo se estremece y tiembla, y Lucas vuelve a apretarme contra su erección hasta que es su cuerpo el que vibra y es su voz la que rasga el silencio.

Me dejo caer pesadamente contra su cuerpo y él me abraza con suavidad mientras besa cada porción de mi rostro. Primero los ojos, después la nariz, la barbilla, las mejillas y finalmente los labios. Me besa con suavidad, pero de forma intensa y sublime.

Me relajo, mis parpados caen pesadamente sobre mis ojos y el cansancio consigue vencerme. Lo último que siento son las manos de Lucas acariciando mi espalda. Y después me adentro en las profundidades del sueño.

Capítulo 24

Los errores

LUCAS

Un ruido me despierta y al abrir los ojos veo a Rebeca a los pies de la cama poniéndose la ropa que un rato antes le he quitado. No se molesta en ponerse la ropa interior, que guarda de cualquier manera dentro de un bolsillo de los pantalones. Parece tener prisa por marcharse.

Se vuelve hacia mí y cierro los ojos de nuevo, no quiero retenerla en contra de su voluntad ni hacerla sentir incómoda teniéndome que dar una explicación que no merezco. No sé lo que va a pasar a partir de ahora, pero es a ella a quien le corresponde tomar una decisión. Una decisión que hace un par de años yo tomé por ella.

Noto sus ojos sobre mí y deseo volver a sentir sus labios sobre los míos. No debería haberme quedado dormido antes de decirle que la quiero, pero ya es tarde, demasiado tarde, ahora lo entiendo.

Se marcha y abro los ojos para mirarla. Esta vez me toca a mí retener esa imagen en mi memoria. Me levanto de la cama para asomarme a la ventana y ver cómo se aleja cada vez más de mí. Aprieto los puños mientras su silueta se pierde al final de la calle y los años caen sobre mí con el peso de todos sus errores.

Capítulo 25

Las mentiras

Lo siento, pero creo que tengo una gripe intestinal y no me encuentro bien. ¿Quedamos otro día?

Releo el mensaje un par de veces antes de enviarlo. Nunca se me ha dado bien mentir y no estoy segura de resultar creíble.

Alex responde a los pocos segundos y perezosamente devuelvo la atención a la pantalla del teléfono móvil.

¿Quieres que vaya a tu casa? Puedo prepararte un poco de sopa o llevarte alguna bebida isotónica.

No puedo evitar sentir una punzada de ternura al leer su mensaje, es encantador y tan dulce, pero en este momento no estoy de humor para ver a nadie y mucho menos a Alex. ¿Cómo podría mirarle a los ojos después de lo que acabo de hacer?

Te lo agradezco, pero estoy cansada y solo tengo ganas de meterme en la cama y dormir. Estaré bien.

Doy de nuevo a enviar y un mensaje de vuelta me llega inmediatamente.

Descansa. Mañana te llamo. Un beso.

Dejo el teléfono sobre la mesa del salón y voy a la cocina a buscar algo de comer. Pero en cuanto abro la nevera me doy cuenta de que no tengo hambre, a pesar de no haber comido nada desde anoche.

Aún no sé cómo Lucas y yo hemos pasado de tomar un café a meternos en su cama. Me siento confusa, pero también enfadada conmigo misma por mi escasa determinación. Ir a su casa ha sido un error, todas esas imágenes de tiempos pasados inundando mi mente han provocado en mí una auténtica catarsis. De pronto todo el dolor y toda la ira se han evaporado liberándome de una pesada losa.

Me siento frente al televisor dispuesta a evadirme, pero no logro concentrarme y paso de un canal a otro sin prestar atención, por lo que decido darme una ducha y pasar el resto del día en la cama.

Me levanto pronto, desayuno copiosamente y me voy a La Fuencisla con mi cámara que rescato del fondo del armario. Hacía mucho tiempo que no sentía deseos de hacer fotografías, desde que Lucas se marchó. Ambos solíamos salir a hacer fotografías juntos cada fin de semana, y cada vez que intentaba retomar mi hobby los recuerdos me impedían hacerlo. Hoy todo parece diferente, aún no sé lo que ha pasado, pero me siento ligera por primera vez en mucho tiempo.

Voy caminando hacia La Fuencisla y doy un paseo por el parque que discurre junto al río. Las vistas son preciosas. Desde abajo se puede ver El Alcázar y sus torres se recortan contra un cielo lleno de nubes blancas que parecen de algodón. Recorro el parque por su serpenteante camino de tierra admirando todo lo que me rodea, los árboles, las huertas, las fuentes... y fotografiando todo lo que veo. Me siento bien, aunque probablemente las imágenes que he captado no valgan nada y acaben eliminadas de la tarjeta de memoria. Pero lo he hecho, liberarme de una pesada carga, y sé que ahora podré seguir adelante. Probablemente nunca olvidaré a Lucas y, de alguna manera, le seguiré queriendo siempre, pero puedo vivir sin él y también puedo ser feliz sin él.

Regreso a casa satisfecha y pensando en qué voy a ocuparme el resto del día. El martes es el último día de colegio, los exámenes están corregidos, las notas puestas y no tengo nada que hacer.

—Rebeca —oigo a mi espalda cuando estoy abriendo la puerta del portal.

Me giro hacia Alex a cámara lenta, aún no sé qué voy a decirle, ni siquiera he pensado en ello, pero debería contárselo todo y dejar que nuestra historia acabe aquí.

—Hola, Alex —le saludo.

—¿Estás mejor? —pregunta, y parece preocupado.

—Mucho mejor —respondo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No respondías a mis llamadas y estaba preocupado. He venido para comprobar si estabas bien.

—Lo siento, me he dejado el teléfono en casa —me disculpo.

—No sabía que te gustara la fotografía —dice señalando la cámara que llevo aún colgada al cuello.

—Sí, en realidad es un antiguo hobby que he decidido recuperar.

—Me alegra saber que estás mejor.

—Supongo que algo debió de sentarme mal.

—En ese caso, ¿puedo invitarte a comer?

—Creo... creo que esa no es una buena idea —respondo esquivando su mirada como una cobarde.

—¿No estarás intentando alejarte de mí otra vez? —pregunta cogiéndome por la barbilla y obligándome a mirarle.

—Será mejor que subamos.

Aún no sé qué voy a decirle, no puedo engañarle y fingir que no ha pasado nada, pero tampoco creo que sea buena idea contarle todos los detalles de mi encuentro con Lucas. No quiero hacerle daño y sé que se lo haría.

—¿Te apetece un café? —le ofrezco.

—Sí, gracias.

Preparo café y voy sopesando todas las posibilidades. Debería sincerarme y dejar que sea él quien decida qué quiere hacer a partir de ahora. No puedo mentirle, Alex no se lo merece, en realidad nadie se merece que le engañen y después le mientan como si nada hubiese sucedido.

—Aquí tienes —le digo tendiéndole una taza de café.

—Gracias.

Me siento a su lado y espero a que sea él quien comience a hablar, aunque soy yo quien debe dar algunas explicaciones acerca de todo lo ocurrido, a estas alturas no creo que Alex se crea que ayer estuve enferma y que hoy me he levantado completamente sana.

—Si hay algo que quieras decirme, puedes hacerlo. No voy a juzgarte.

—Quizá tú no lo hagas, pero yo sí —respondo.

—¿Ha pasado algo? Porque todo parecía ir bien hasta el viernes y no sé qué ha podido cambiar desde entonces.

—Es... complicado.

—Esa no es una respuesta.

—Sé que no es una respuesta —afirmo.

—De acuerdo, vamos a empezar de nuevo —dice con infinita paciencia—. ¿Qué es lo que quieres?

—Esa es una pregunta demasiado amplia y, la verdad, no sé qué responder. Me siento demasiado confusa y creo... creo que no es justo que siga a tu lado.

—¿No crees que es una decisión que deberíamos tomar los dos?

—Alex, no quiero hacerte perder el tiempo. Has tenido muchísima paciencia conmigo, pero creo que no estoy a la altura de las circunstancias.

—¿No irás a soltarme ese rollo sobre que soy un tío estupendo y me merezco algo mejor? —pregunta molesto—. Te lo preguntaré de nuevo, ¿hay algo que quieras contarme? ¿Algo relacionado con ese hombre del que estuviste enamorada?

Le miro sorprendida, debo de ser un libro abierto y Alex sabe leer mis páginas mejor, incluso, de lo que yo soy capaz.

—Le vi ayer —le confieso—. Me invitó a tomar café y acepté.

—¿Tienes pensado volver con él?

—¡No! —exclamo—. No voy a volver con él.

—En ese caso, ¿qué te impide estar conmigo?

—No es tan sencillo. He hecho algo que... yo no...

No puedo seguir hablando, me tiembla la voz y me siento tan culpable por lo que le he hecho a Alex que creo que no seré capaz de volverle a mirar a los ojos en toda mi vida. Me he acostado con muchos hombres desde que Lucas se marchó, hombres en los que solo buscaba sexo y de los que ni siquiera recuerdo el nombre, pero con Alex todo es diferente. Me gustan sus besos, que me hacen olvidarme de todo, me gustan sus caricias, que me transportan a un lugar en el que solo él y yo existimos y, sobre todo, me gusta cómo me mira, porque él ve en mí a una mujer que no soy, pero en la que quiero llegar a convertirme.

—Deja que te diga algo —comienza a decir Alex buscando mis ojos—. Si no quieres que lo nuestro siga adelante solo tienes que decírmelo y no volveré a molestarte, pero si todo esto es por algo que ha pasado con Lucas, quiero que sepas que no me importa —concluye.

—Pero...

—No, no quiero oírlo. Quizá algún día puedas contarme toda la historia, pero creo que aún no estás preparada para hacerlo.

—Gracias —susurro y noto un picor en los ojos que anuncia lágrimas, aunque llorar es lo último que quiero.

—Ven aquí —me pide abriendo los brazos e invitándome a cobijarme en ellos.

Acepto la invitación mientras todos los acontecimientos del día anterior transcurren como una película por mi mente. Es posible que nunca pueda olvidar del todo a Lucas, pero ahora sé que lo de ayer fue una despedida. Mi confianza quedó completamente resquebrajada cuando se marchó y pasará mucho tiempo antes de que aprenda a confiar de nuevo.

Junto a Alex me siento segura. Sé que no va a marcharse, que seguirá a mi lado cuando amanezca, cuando anochezca y siempre que sea necesario. Quizá no sea ese cuento de princesas que despiertan con un beso a un amor tan nuevo como inocente, pero me siento bien a su lado.

—¿Crees que podrías olvidarte de todo y besarme? —me pregunta.

—Sí, puedo hacerlo —respondo mientras cierro los ojos para sentir en mis labios el sabor de los suyos.

Capítulo 26

La culpa

Tres años después

Marina no se está quieta mientras le cambio el pañal. Se retuerce y patalea mientras grita «ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma» que es una de las pocas cosas que se le entienden. Acaba de cumplir un año y es tan bonita que tengo que hacer un enorme esfuerzo para no pasarme el día entero besándola. Tiene los ojos azules y el pelo rubio, igual que su madre, aunque su carácter es más abierto y siempre está sonriendo, exactamente igual que su padre.

La miro arrobada y me pregunto si alguna vez seré madre, pero es un poco complicado, hace tiempo que no tengo pareja, un año y medio exactamente, desde que Alex murió repentinamente.

Termino de colocar el pañal a Marina y la dejo en el suelo. Hace muy poco que aprendió a andar y sus pasos, cortos y tambaleantes, le hacen parecer una muñequita frágil y adorable.

Marina es el fruto del amor entre Paola y Daniel. Un amor que al principio estuvo salpicado de algunos sinsabores debido a que el miedo y la posibilidad de decepcionar al otro les llevó a comportarse de una manera torpe y descoordinada en sus relaciones más íntimas. No sé si fue aquel ligero que le presté a Paola una tarde o el esfuerzo y la paciencia por parte de ambos para que aquella historia tuviese un final feliz, pero de una u otra manera acabaron solucionando sus problemas y un año después se casaron. Fue una boda íntima y muy emotiva en la que estuvieron rodeados de la familia y los amigos más allegados. Pepa y yo lloramos sin parar hasta que pronunciaron el «Sí, quiero» y después nos emborrachamos y bailamos hasta que nuestras parejas decidieron que era hora de llevarnos a casa.

Por entonces, Alex aún estaba a mi lado y a la mañana siguiente, cuando la resaca volvió a regalarme una jaqueca del tamaño de un obús, él me obsequió con un desayuno en la cama digno de una princesa, que también estuvo regado de analgésicos y besos. Son esos pequeños detalles los que más echo de menos, y mi vida junto a él estuvo repleta de ellos. Cenas a la luz de las

velas, viajes improvisados, notas y flores sobre la almohada al despertar... Alex me quería y aunque con el tiempo aprendí a quererle nunca estuve a la altura.

Seis meses después de la boda de Paola y Daniel sucedió el fatal accidente y se fue de mi lado sin saber cuánto le había querido. Ni siquiera yo lo supe hasta que fue demasiado tarde.

Pepa salió durante algunos meses con Víctor, uno de sus compañeros de trabajo y también el depositario de aquel tórrido beso que mi amiga le regaló durante una noche de juerga desenfadada. Pero la relación no terminó de cuajar y meses más tarde conoció a Pedro, un ingeniero informático enamorado de la *Guerra de las Galaxias*, *Juego de Tronos* y los cómics de *Mortadelo y Filemón*, y con quien que lleva viviendo casi dos años.

—¿Has visto esto? —me pregunta Paola señalando el periódico.

Es domingo y, como muchos otros domingos, he venido a comer a casa de mi amiga con su familia. También vendrán Pepa y Pedro, algo que se ha convertido en una costumbre siempre que ninguna de nosotras vayamos a visitar a nuestras familias al pueblo. Paola y Pepa son lo más parecido a una familia que tengo aquí y, ahora que cada una de ellas tiene la suya propia, han hecho todo lo posible para que me sienta completamente integrada.

—¿A qué te refieres? —pregunto a Paola.

Paola me tiende el periódico y señala un reportaje que hay en el interior de sus páginas. Lo leo detenidamente, desde el primero hasta el último párrafo, con sorpresa, pero también con cierta indiferencia.

El fotógrafo segoviano Lucas Alberdi expone treinta de sus fotografías en la Galería Arco, reza el titular.

El reportaje habla de su carrera como fotógrafo, de la exposición, que ha recorrido medio mundo hasta llegar a la ciudad que le vio nacer y que se podrá visitar durante todo el mes de junio, y del enorme éxito que ha cosechado en todas las ciudades en las que ha estado presente.

Le devuelvo el periódico a Paola y me encojo de hombros. Desde que Lucas se marchó de nuevo, hace tres años, no he vuelto a tener noticias suyas y, tal y como acabaron las cosas entre nosotros, no tengo ninguna intención de reencontrarme con él.

—Ha pasado mucho tiempo desde que se fue y ya es hora de que dejes atrás vuestras diferencias —dice Paola.

—Supongo que tienes razón, pero no voy a ir a ver la exposición si es lo

que estás pensando.

—¿Por qué no? Es todo un acontecimiento en una ciudad pequeña como esta. Yo voy a ir y tú deberías hacer lo mismo.

—Me parece bien.

—¿No tienes curiosidad? —pregunta escrutando mis ojos.

—No, ¿debería tenerla?

—No lo sé.

Marina se cae al suelo y comienza a llorar. Paola y yo corremos a su lado y comprobamos con alivio que a pesar de sus sollozos no parece que se haya hecho demasiado daño. Mi amiga la coge en brazos y la besa en la frente mientras contemplo con envidia ese vínculo que hay entre ambas y que, por muy lejos que estén la una de la otra en el futuro, jamás llegará a romperse.

Cuando, un rato después, llegan Pepa y Pedro la mesa ya está puesta, Marina acaba de quedarse dormida y empezamos a comer. Irremediamente vuelve a surgir el tema de la exposición de Lucas, algo normal teniendo en cuenta que es un acontecimiento importante del que todos los medios visuales y escritos se harán eco en los próximos días, y que atraerá mucho turismo de otras ciudades. Pero ya no duele, hace mucho tiempo que dejó de hacerlo. El tiempo que Lucas y yo pasamos juntos es un tesoro que guardo en la memoria. Un tiempo único en el que fuimos felices y que nada tuvo que ver con todo lo que llegó después. A veces pensamos que nada peor que lo que ya nos ha sucedido puede sucedernos, pero nos equivocamos y debemos aprender a exprimir hasta la última gota del dulce néctar que nos ofrece la vida.

La comida se alarga hasta la tarde y cuando Marina se despierta vamos a dar un paseo por la ciudad, pasamos un rato en el parque, tomamos unos helados y después nos despedimos. Se acabaron las noches de juerga en las que las tres recorríamos palmo a palmo la ciudad y que ahora reservamos únicamente para momentos especiales.

Regreso a casa sola, como todos los demás días del último año y medio. Me ha costado acostumbrarme. Al principio, cuando Alex murió, regresar a la casa donde habíamos convivido durante un año se convirtió en un martirio y terminé regresando a mi piso, que había estado vacío hasta entonces, y dejando atrás un montón de recuerdos que cada noche regresaban a mi mente impidiéndome seguir adelante y dejar de llorar.

El tiempo ha pasado deprisa, pero aún no he dejado atrás el dolor. Las

heridas que más tardan en cicatrizar son aquellas que se fraguan al calor de la culpabilidad. Y aún hoy, me siento demasiado culpable.

Capítulo 27

El éxito

LUCAS

Volver a mi ciudad natal no ha sido una decisión sencilla, pero echaba de menos una vida tranquila, lejos de las fiestas hasta altas horas de la madrugada, las comidas que se alargaban hasta el anochecer, dormir cada vez en un hotel diferente y viajar de forma constante. Necesitaba un lugar al que regresar cada día y en el que poder descansar tranquilo.

La edad no perdona y a mis treinta y ocho años me siento como un anciano que ha vivido varias vidas y necesita regresar a casa, junto a los suyos. Mi plan inicial había sido quedarme durante el tiempo que durara la exposición, pero un par de semanas durmiendo en mi cama y comiendo los guisos de mi madre me han hecho llegar a la conclusión de que es aquí donde quiero estar.

Cuando tomé la decisión de volver a marcharme, lo hice porque no soportaba tener que vivir en la misma ciudad que Rebeca sabiendo que no podríamos estar juntos. Esperé durante semanas una llamada o una visita que nunca llegó, y soñé muchas veces que regresaba a mi lado para decirme que no podía vivir sin mí. Pero aquello nunca sucedió y, fiel a mi promesa, la deje ir. Era consciente de todo el daño que le había causado, de que aún necesitaría tiempo para perdonarme y olvidar la desconfianza que mi repentina marcha le había ocasionado

Desde entonces han pasado tres largos años y, aunque no he vuelto a saber nada de ella, la imagino casada y feliz junto a alguien que desde el principio supiera ver en ella a esa increíble mujer que yo dejé escapar por mi egoísmo.

Esta noche se inaugura la exposición que ha recorrido medio mundo en el último año y que cierra ciclo en Segovia. Mi agente, Ian, se ha encargado de enviar las invitaciones y cuando me preguntó por mis compromisos estuve a punto de decirle que le hiciera llegar una Rebeca, pero tal vez invitarla no fuese lo más adecuado teniendo en cuenta la manera en que todo acabó entre nosotros.

Antes de salir de casa me miro en el espejo. Como viene siendo habitual en

este último año, he cambiado los vaqueros y las camisetas por un traje de chaqueta, y hasta empiezo a sentirme cómodo con esta nueva versión de mí mismo.

Salgo con tiempo suficiente y me dirijo hacia la galería. Mi agente se ha ocupado de todo, pero me gusta estar al pie del cañón y comprobar personalmente que todo está en orden. Ian me ha dicho que los periodistas de todos los medios del país llevan horas esperando en la puerta. La exposición ha causado una gran expectación y muchas galerías de Madrid y Barcelona se han puesto en contacto con nosotros solicitando que la traslademos a sus ciudades. Pero no voy a hacerlo. Esta es la ciudad que me vio nacer y crecer, y también la que me brindó mis primeras oportunidades. Se lo debo y si alguien está realmente interesado en verla, no tendrá más remedio que venir hasta aquí.

Camino despacio, contemplando todo lo que me rodea con ojos nuevos. Ahora aprecio más que nunca las callejuelas, los viejos edificios, las calles empedradas, las terrazas de los bares llenas de gente, las pequeñas tiendas y cada uno de los rincones de la ciudad. Me gusta estar aquí de nuevo y sentirme parte de algo.

A lo largo de mi vida solo he tomado decisiones encaminadas a satisfacer mi ego. He triunfado, lo he hecho en el ámbito profesional a base de trabajo, esfuerzo y dedicación, pero no soy feliz. Tampoco volver es una garantía de que vaya a serlo en un futuro, pero estar aquí es lo más cercano a la felicidad que he estado en los últimos años. Eso es suficiente por ahora.

Una enorme lona situada en la fachada del edificio donde se expone mi trabajo llama mi atención inmediatamente. No es la primera vez que lo veo, en los últimos meses la he visto casi a diario en las galerías más prestigiosas del mundo, pero me impresiona verla aquí y siento una emoción diferente a la que he experimentado hasta ahora. El título, *The First Time Ever I Saw Your Face*, hace referencia a los treinta retratos que conforman la exposición y, aunque al principio pensé en traducirlo para presentarla en España, Ian me convenció de que era mucho más comercial mantener el título original.

Aún queda más de una hora para que la galería abra sus puertas, pero, tal y como me ha dicho Ian, los periodistas esperan armados con sus cámaras y micros. Me coloco mi mejor sonrisa, meto las manos en los bolsillos del pantalón y me aventuro a una nueva noche de estrellato.

Capítulo 28

Las dudas

Cuando salgo del colegio a mediodía me disculpo con Paola con la excusa de que tengo una cita con el dentista que había olvidado por completo. Habíamos quedado en comer juntas porque dentro de un par de horas tenemos que regresar al colegio, pero tengo que hacer algo antes de que sea demasiado tarde y, aunque no me gusta mentirle a mi amiga, lo que tengo que hacer he de hacerlo sola.

Dentro de unos días la exposición fotográfica de Lucas se clausura y, aunque no tenía ninguna intención de visitarla, a lo largo de todo el mes me he preguntado un millón de veces si no debería hacerlo, y un millón de veces he encontrado una excusa para no hacerlo. Sin embargo, una voz en mi interior lleva días gritándome que no debería dejar pasar la oportunidad de verla, porque si lo hago me arrepentiré siempre de haber sido un cobarde.

La exposición ha sido un éxito rotundo de visitas y de crítica. Todos los periódicos, tanto nacionales como locales, se han hecho eco de ella y algunas de las imágenes han aparecido en la sección de cultura de los telediarios. Los destinos elegidos para una exposición de este tipo suelen ser Madrid y Barcelona, pero Lucas, a quien han entrevistado muchas veces durante estas últimas semanas, ha dejado claro que solo expondrá su obra aquí.

La ciudad se ha llenado de autobuses de turistas, de coches y de gente de todas las ciudades españolas que no han querido perdérselo, y durante cuatro semanas la ocupación hotelera ha sido más alta que nunca.

Hasta ahora mi resistencia ha tenido más que ver con la posibilidad de encontrarme con él que con el hecho de no querer verla. Paola me preguntó si no tenía curiosidad y yo lo negué, pero la tengo, una enorme curiosidad que he intentado sofocar sin éxito alguno. Paola y Pepa hicieron todo lo posible para convencerme de que las acompañara, pero ese miedo a enfrentarme a él me ha frenado una y otra vez hasta hoy.

La galería está a solo unos metros de El Acueducto, así que puedo ir caminando desde el colegio, pero se hace tarde, a las dos cierra sus puertas hasta las cinco, y me temo que no podré verla con la atención que me hubiese

gustado. Además, tengo que volver enseguida al colegio. Aunque las clases han acabado, los profesores tenemos que trabajar hasta finales de mes y, como jefa de estudios, tengo que dejar terminado el horario para el próximo otoño antes de poder marcharme de vacaciones.

Aunque la galería está en el centro de la ciudad, no he tenido el valor de pasar por delante de ella desde que la obra de Lucas está expuesta y me impresiona la enorme lona que cubre el edificio publicitándola. Los treinta retratos que hay en el interior forman un mosaico sobre ella y soy incapaz de apartar la vista y seguir caminando. Podrían ser treinta simples retratos, pero no lo son. Lucas ha sabido captar la esencia de esos rostros que hablan por sí solos expresando todo tipo de emociones que parecen traspasar la lona. Su nombre figura en el centro y debajo el título en inglés, *La primera vez que vi tu rostro*, que inmediatamente me hace recordar la primera vez que yo vi el suyo.

Cuando finalmente me decido a entrar estoy tan nerviosa que no sé por dónde empezar. El tamaño de las fotografías es impresionante. Rostros de mujeres en blanco y negro, algunas de belleza abrumadora y otras bastante normales, pero todas ellas tienen algo que atrapa y que las hace diferentes de todo lo que he visto hasta ahora. Recorro la galería despacio, olvidándome de mi miedo a encontrarme con él y disfrutando de los detalles de cada uno de los rostros que me contemplan desde el papel, y cuando pienso que es imposible estar más sorprendida, me descubro admirando mi propio retrato.

Es una de las primeras fotografías que Lucas me hizo. Mi pelo está revuelto y no llevo maquillaje, pero sonrío de esa manera en que solo se hace cuando se es completamente feliz y la vida aún no te ha golpeado brutalmente. Acabábamos de hacer el amor y Lucas supo captar ese instante de felicidad en mi rostro de ojos brillantes y piel resplandeciente. Bajo la mirada hacia el suelo avergonzada y mis mejillas se colorean de rojo al pensar en todas esas personas que han contemplado mi rostro por todo el mundo. No puedo creer que Lucas haya hecho algo así y no sé si estoy más sorprendida que enfadada o viceversa.

¿Por qué ni Pepa ni Paola me han dicho que esta fotografía formaba parte de la exposición? Tampoco mis compañeros de trabajo y amigos, ni siquiera Lucas. Y mis emociones empiezan a canalizarse y a tomar forma hasta convertirse, poco a poco, en decepción.

—¿Recuerdas aquella tarde? —la voz de Lucas me envuelve y cierro los

ojos reteniendo su eco en mis oídos, convencida de que debe de tratarse de mi imaginación—. No sabía si debía incluirla en la colección, pero es mi fotografía favorita.

—No deberías haberlo hecho —respondo girándome hacia él—. Sea lo que sea lo que sucedió aquella tarde es solo cosa nuestra y no deberías haberme expuesto de esta manera. Me siento avergonzada.

Nuestras miradas se encuentran por primera vez en tres años y todo el tiempo y la distancia que nos ha separado parece evaporarse en solo un gesto. Sus pálidos ojos azules, su pelo rubio perfectamente cortado, sus labios curvándose en una triste sonrisa que no le llega a los ojos, y años de tantas y tantas cosas que no conozco.

—Ya te lo he dicho, es mi favorita y no podría haberla excluido —dice mientras su sonrisa se amplía al estirar sus labios.

No quiero que sonría, tampoco que sea amable, ni que me mire de ese modo que en otro tiempo siempre conseguía que me olvidara de todo. Nuestro tiempo pasó, yo hice mi elección y él hizo la suya, el resto es historia.

—Lucas, yo también recuerdo cuando tomaste esa fotografía, tú y yo... Tengo la sensación de que todo el mundo puede leerlo en mi cara. Es tan evidente...

—¿Y eso te avergüenza?

—No me avergüenzo de lo que pasó, tampoco me arrepiento de lo que hice, pero no me apetece compartirlo con nadie. Me resulta demasiado incómodo. Aunque supongo que eso ya no importa. La exposición acaba el domingo, solo quedan tres días.

—Haremos una cosa, el domingo, cuando se clausure la exposición, haré que te envíen el retrato.

—¡No puedo aceptarlo! Es... demasiado —digo pensando en lo que la gente debe de estar dispuesta a pagar por una fotografía suya.

—¿Demasiado grande? —pregunta entrecerrando los ojos, y veo como unas pequeñas arrugas se forman bajo ellos.

—No, bueno, sí, eso también, pero lo que quiero decir es que eres un fotógrafo muy cotizada y no puedo aceptar que me lo regales.

—Este retrato nunca ha estado a la venta —me indica—. Y si ese es el problema, te la cobraré.

—Seguro que no podría pagarlo —respondo encogiéndome de hombros.

—Solo tienes que invitarme a cenar.

—Tengo que volver al trabajo. No me ha dado tiempo a verlo todo, pero tienes un increíble talento y te felicito por tu éxito —me despido pasando por alto su última frase.

—¿Por qué no vienes cualquier noche a la hora que la galería cierra al público? Podría mostrártelo todo.

—Lo siento, pero estoy bastante ocupada y este fin de semana voy al pueblo a ver a mis padres.

—Ven esta noche —dice de pronto rozando una de mis manos y siento la electricidad de su piel contra la mía, como si el tiempo entre nosotros se hubiese detenido todos estos años que hemos estado lejos—. Estaremos solos y tendremos algo de tiempo para hablar. Me alegro de que finalmente hayas decidido venir.

—Yo también me alegro, habría lamentado perdérmelo, pero no creo que sea buena idea que vuelva esta noche.

—Piénsalo, te estaré esperando a las nueve y media. A esa hora todo el mundo se habrá marchado.

Regreso al trabajo, aunque no consigo concentrarme. Paola se ha quedado esta tarde para echarme una mano, pero mi mente ha pasado más tiempo perdida en los recuerdos que en cualquier otra parte. Ni siquiera debería considerar la invitación de Lucas sabiendo que los dos estaremos solos. Él forma parte de mi pasado y, sin embargo, aún consigue hacerme sentir todas esas cosas que creía olvidadas, todas esas cosas que jamás sentí por Alex y que solo consiguen hacerme sentir aún más culpable.

A la salida, Paola y yo regresamos caminando a casa. Ella y Daniel se mudaron hace unos meses a un piso más céntrico y ahora vivimos a solo unas cuantas calles de distancia.

—¿Cómo te ha ido en el dentista? —me pregunta ella.

—No he ido al dentista —le confieso.

—Pero me has dicho que...

—Sé lo que te he dicho y te he mentado. En realidad, he ido a ver la exposición de Lucas.

—¿Te ha gustado? —pregunta, y no parece molesta ni enfadada por mi mentira.

—Sí, aunque no he tenido tiempo de verlo todo. Lo que no entiendo es por qué nadie me ha dicho que hay expuesto un retrato mío.

—Lo has visto... —afirma—. No sabíamos cómo ibas a tomártelo y como dijiste que no ibas a ir...

—Pensaba que siempre éramos sinceras entre nosotras y, la verdad, empiezo a sentirme molesta por la forma en que os comportáis conmigo. No tenéis que intentar protegerme de nada, porque eso no significa que lo vayáis a conseguir. Al final pasan estas cosas y me hacen desconfiar de vosotras —la regaña.

—Dijiste que no ibas a ir a ver la exposición y pensamos que era absurdo decírtelo. El último año y medio ha sido un infierno para ti y Lucas siempre te ha desestabilizado, así que no me culpes por querer lo mejor para ti. ¿Crees que no me doy cuenta de cómo te sientes por todo lo que has tenido que pasar? Y sí, Pepa y yo queremos protegerte, queremos ayudarte y queremos que vuelvas a ser feliz, pero ni siquiera sabemos cómo hacerlo.

—No hay nada que hacer —respondo.

—No tuviste la culpa de lo que le pasó a Alex. No te pido que le olvides, eso es imposible, pero sí que no sigas culpándote por lo sucedido.

—No me culpo por lo que pasó, yo no era el conductor que iba borracho por el carril contrario, pero sí me culpo porque no pude quererle como se merecía.

—Rebeca, Alex era feliz a tu lado. No puedes seguir pensando de ese modo, te hace daño y no te conduce a ninguna parte. Necesito que vuelvas, que vuelva esa mujer fuerte y alegre que eras, todos lo necesitamos, tú también. Hasta entonces no nos culpes por querer protegerte, es lo único que podemos hacer por ti —dice Paola con lágrimas en los ojos—. Estoy segura de que si no te encerraras en ti misma aún podrías ser feliz.

—Lo siento, siento mucho no estar a la altura. No creas que no me siento feliz por vosotras y que no sé todo lo que os preocupáis por mí. Lo sé, de verdad, pero es muy complicado levantarse cada día queriendo ser otra persona. Lucas me dejó rota y Alex... nunca debí acceder a estar con él. Quizá, de ese modo, él habría conocido a otra persona que le hubiese hecho feliz —me lamento.

—Te aseguro que era feliz contigo. Te quería, te quería muchísimo, sabía que le querías y le encantaría saber que estás bien.

—Debería haber ido con él en el coche, debería haberle acompañado a Madrid. Estaba nervioso porque su padre había sufrido un infarto y quizá, si yo hubiese sido la que conducía...

—Alex te pidió expresamente que no le acompañaras, ¿es que eso no lo recuerdas? Su padre estaba fuera de peligro y tú tenías que trabajar. Además, eso no hubiese cambiado nada, el hombre que conducía borracho se cruzó fatalmente en su camino y, en cualquier caso, si hubieses ido con él, tú también podrías estar muerta —me recuerda.

—Prefiero no seguir hablando de esto —le pido a mi amiga.

—Vale, en ese caso hablemos de la exposición. Ese retrato tuyo es maravilloso, en él se ve a una mujer feliz y muy bella. Tal como eras y tal y como puedes volver a ser.

—Me he encontrado con Lucas. Él... él se ha ofrecido a enseñarme la exposición esta noche, después de la hora de cierre.

—¿De verdad? Pues creo que deberías aceptar —opina Paola.

—Acabas de decirme que Lucas siempre me ha desestabilizado.

—Sí, sé lo que he dicho, pero estoy harta de verte encerrada en casa. Creo que te vendría bien salir un poco. Además, han pasado muchos años, seguro que Lucas ha madurado, igual que tú, y no es el mismo hombre al que conociste. Ve y diviértete.

—No tengo claro que vaya a ser divertido. Ni siquiera sé cómo me hace sentir.

—Entonces ve y descúbrelo —dice Paola guiñándome un ojo y provocándome una carcajada.

Capítulo 29

Volver a verte

LUCAS

Me alejo unos pasos y echo un último vistazo a la mesa para asegurarme de que todo está correcto. El mantel de hilo blanco luce perfectamente planchado, las flores amarillas dan un toque de color y las bandejas, llenas de canapés recién horneados, se ven muy apetecibles bajo la tenue luz. Para completar la escena he elegido una botella de vino tinto de la zona, aunque yo prefiero el champán, sé que a Rebeca siempre le ha gustado más el vino.

Aún no sé si vendrá. Son casi las nueve y media y llevo más de una hora dando vueltas por la galería. La impuntualidad siempre fue uno de sus peores defectos y también uno de los motivos, casi el único, por el que solíamos discutir con frecuencia.

Vuelvo a pararme frente a su retrato. Llevo haciéndolo un año, desde que la exposición comenzó su andadura alrededor del mundo, pero nunca me canso de mirarlo. A lo largo de estos últimos tres años he mantenido relaciones con muchas de las mujeres que he conocido y a las que he fotografiado, pero ninguna ha significado nada más allá de un polvo o un par de ellos, y al llegar a la soledad de la habitación del hotel solo podía pensar en ella.

Su retrato forma parte de mi historia, de esa historia que nos marca y que pesa sobre nosotros como una enorme losa. Una historia que tiré a la basura y de la que solo me quedan un puñado de fotografías envueltas en nostalgia y recuerdos. Si todo pudiera cambiar, si las segundas oportunidades no fueses solo cosa de los cuentos, no volvería a cometer ninguno de mis anteriores errores.

Rebeca sonríe, sus ojos brillan de felicidad, y en mi recuerdo la siento acurrucada entre mis brazos. Su cuerpo cálido, suave y delicado. Cada vez que miro su retrato me siento orgulloso de ser el culpable de esa felicidad.

Son casi las diez y salgo a la calle esperando ver su silueta saliendo entre las sombras. Empiezo a pensar que no vendrá, que probablemente está con

otro hombre, en otros brazos, junto a otro cuerpo. Aprieto con fuerza los puños, descargando en ellos mi rabia y mi frustración. Pero no hay nada que yo pueda hacer. De nuevo llego demasiado tarde.

Vuelvo a entrar en la galería y cierro la puerta con llave. Es justo en ese momento cuando una mano se posa sobre el cristal y levanto la vista para encontrarme con sus ojos y descender por su cuerpo, que se agita sin aliento bajo un sencillo vestido blanco que la hace parecer un hada. Sus pechos, llenos y perfectos, se mueven al ritmo de su respiración, su pelo se mece por la leve brisa de la noche y sus labios, ligeramente separados, aspiran y espiran el aire que parece faltarle después de una larga carrera.

—Lo siento —leo en sus labios, tras el cristal.

Abro la puerta para dejarla entrar, ojalá fuese tan sencillo derribar todos los muros que nos separan, todos esos años de distancia que siempre estarán entre nosotros, invisibles.

—La puntualidad nunca fue una de tus virtudes —le digo esbozando una sonrisa.

—Hay cosas que nunca cambian —responde ella.

Rebeca camina hacia el interior de la galería y la sigo a solo unos pasos de distancia. No puedo apartar los ojos de ella, que parece danzar con seguridad sobre sus altísimos tacones, tan lejos de la imagen inocente que aún perdura en mis recuerdos.

—¿Qué es todo esto? —pregunta volviéndose hacia mí.

—He pensado que después de ver la exposición podemos comer algo.

Ella no dice nada, pero leo en su gesto la lucha interior que mantiene consigo misma y antes de que reaccione le tiendo el brazo para empezar nuestro paseo. Ella lo acepta y comenzamos a caminar deteniéndonos delante de cada fotografía. Al principio se nota la tensión entre nosotros, pero poco después Rebeca se relaja y comienza a hacer preguntas acerca de cada retrato. Le cuento sus historias y ella me escucha, y todo parece mucho más sencillo de lo que había supuesto.

No puedo dejar de mirar a la mujer en la que se ha convertido, ni tampoco me pasa inadvertida la tristeza de sus ojos. Es una tristeza diferente, profunda, dolorosa. Y me pregunto qué demonios le habrá sucedido para que sus ojos, aquellos que durante mucho tiempo brillaron de felicidad, parezcan ahora vacíos.

Capítulo 30

Nosotros

Me cambio de ropa varias veces mientras me pregunto qué estoy haciendo. No debería ir a ver a Lucas, no debería haberme dejado llevar por las palabras de Paola, ni siquiera debería habérmelo planteado. Pero lo he hecho, y aquí estoy, poniéndome el cuarto vestido y mirándome en el espejo para comprobar mi imagen.

«Necesito salir un poco más», me digo por millonésima vez. «No siento nada por Lucas», repito de nuevo. «Elegí a Alex», pienso para autoconvencerme de que no hay nada malo en ver a Lucas. Pero no lo consigo. Es cierto que elegí a Alex, pero no porque no quisiera a Lucas, sino porque decidí quedarme con la opción menos arriesgada.

No quiero pensar en Alex, ni tampoco en el pasado, pero no puedo evitarlo. El amor que sentí por Lucas, la intensidad de aquellos sentimientos, de cada uno de los días que compartimos, es algo que nunca podré olvidar. Empiezo a pensar que por mucho que busquemos y aunque mil veces lo neguemos, solo hay una persona a lo largo de nuestra vida a la que somos capaces de amar sin límites.

Llego tarde, son más de las diez y temo que Lucas se haya marchado. Así que camino todo lo deprisa que los tacones me permiten y recorro los últimos metros a la carrera. Probablemente no gane mucho tiempo y terminé torciéndome un tobillo, pero ahora que estoy tan cerca sé por qué he venido, no porque Paola me haya animado a ello, sino porque es lo que quería hacer desde el principio.

Lucas cierra la puerta con llave y coloco una mano sobre el cristal para llamar su atención. Aunque es una noche fresca noto unas gotas de sudor perlando mi frente y mi pecho sube y baja intentando recuperar la respiración.

—Lo siento —digo sin saber si puede escucharme.

Y él abre la puerta sonriendo, parece aliviado al verme, aunque no duda en recriminarme mi falta de puntualidad. Paso a su lado y camino delante de él sabiendo que sus ojos están posados en mí, pero enseguida algo desvía mi

atención y mi mirada se dirige hacia la mesa que hay colocada en un rincón llena de comida, flores y vino.

Le pregunto qué es todo esto, pero él no me da demasiadas explicaciones y me tiende su brazo para comenzar la visita. Lo acepto sin pensarlo demasiado, pero en cuanto mi mano roza su antebrazo desnudo una descarga eléctrica me recorre de arriba abajo. Solo consigo relajarme cuando comienza a hablarme de las fotografías y responde mis preguntas al respecto. Entonces todo comienza a fluir de una forma natural y sencilla. Solo somos dos viejos amigos que vuelven a reencontrarse, aunque el tiempo y la distancia que hasta ahora nos han separado parecen haberse evaporado sin dejar rastro.

Ya no queda nada de ese viejo rencor en mi interior. Sé que le he perdonado al mirarle, que todo el dolor, el miedo y la soledad hace tiempo que dejaron de dañarme. Ahora solo quedamos los dos, frente a frente, sin culpas ni necesidad de pedir perdón de nuevo.

—No sabría con cual de todas quedarme —le digo admirando el último retrato.

Es de una mujer joven, de rasgos asiáticos y de una belleza deslumbrante. Una corona de flores adorna su cabeza y su sonrisa es tan fresca y natural que apenas puedo apartar los ojos de ella.

—Es precioso —murmuro.

—Es una modelo americana que ahora tiene mucho éxito.

—Es fácil entender el porqué.

—Entonces, ¿cuál de todas es tu favorita?

—Todas tienen algo especial, una mirada, una sonrisa, un gesto... Creo que no podría quedarme solo con una.

—Te quedarás con la tuya. Ya he dado orden para que te la entreguen el lunes, espero que sigas viviendo en el mismo sitio.

—No puedes hacerlo, ya te dije que es un regalo que no puedo aceptar. Ni siquiera sé si va a caber en mi piso —me quejo—. ¿Por qué no te la quedas tú?

—¿Es eso lo que quieres?

Me arrepiento enseguida de mis palabras. ¿Es eso lo que quiero? ¿Quiero que sea él la persona que se quede con mi retrato?

Me mira de ese modo en que solo él puedo hacerlo, arrastrándome hacia otra época y otro lugar. Quiero apartar los ojos de los suyos, pero no puedo, y una vez más me sumerjo en ellos dejándome llevar hacia un viaje

desconocido.

—¿Es lo que quieres tú? —le pregunto aún atada a sus ojos.

—Habla de ello mientras comemos algo —responde cogiéndome de la mano para llevarme hasta la mesa.

Las siguientes horas pasan volando. Lucas me habla de su trabajo, de los lugares a los que ha viajado y de toda la gente a la que ha conocido. Su vida parece muy excitante y no puedo evitar compararla con la de una simple mortal como yo. Así que cuando me pregunta sobre las cosas que he hecho en los últimos años no sé qué responder. Podría hablarle de Alex, de nuestra vida en común y del fatal accidente, pero no estoy preparada para hacerlo. Odio que los demás sientan lástima de mí y hablar de Alex con Lucas solo me haría sentir más culpable. Termino hablando de Paola y de Pepa, de Pedro y de Daniel, y por supuesto de Marina.

Y de pronto algo sucede que cambia el rumbo de la noche. La cara de Lucas se ensombrece y no puedo entender el motivo. Quizá solo se esté aburriendo al pasar la velada con alguien tan diferente a lo que está acostumbrado. Así que capto la indirecta y me despido antes de que la noche sea del todo insalvable.

—Tengo que irme —le digo—. Mañana tengo que madrugar.

—Sí, no me había dado cuenta de lo tarde que es —dice mirando el reloj.

Está claro que quiere perderme de vista y me pongo en pie dispuesta a marcharme y no hacerle perder más el tiempo.

—Gracias por todo —le digo al llegar a la puerta.

—Gracias a ti por venir, ha sido divertido.

—Adiós.

—Adiós —responde él esquivando mis ojos.

Nada más.

Camino hacia el coche con una extraña mezcla de sentimientos en mi interior. No entiendo lo que ha ocurrido allí dentro. No entiendo por qué una velada que creía que estaba resultando ser un éxito ha decaído de pronto hasta hacerse tan incómoda. Me siento decepcionada, aunque no debería estarlo, porque sé que la decepción siempre sucede porque nuestras expectativas son demasiado altas, no porque la persona que tenemos en frente haya incumplido sus promesas.

Llego a casa exhausta y me meto enseguida en la cama. Sé que no conseguiré dormirme inmediatamente, desde que Alex no está no he vuelto a

dormir bien ni una sola noche, así que no necesito nuevos motivos para no conciliar el sueño. Cierro los ojos e intento poner la mente en blanco. Si no puedo dormir, al menos me mantendré alejada de mis pensamientos.

Capítulo 31

Las palabras

Voy al gimnasio y entro en una clase de zumba. Necesito cansarme y desconectar, y desde hace algún tiempo el gimnasio se ha convertido en un lugar perfecto para ello.

Aunque había planeado ir al pueblo a visitar a mis padres, he cambiado de idea porque no estoy de humor para ver a nadie. Mi madre se preocupa demasiado, especialmente desde que Alex murió, y no hay día que no me llame por teléfono al menos un par de veces para preguntarme si estoy bien, aunque cada día responda a sus llamadas con la misma frase: «Sí, mamá, estoy perfectamente».

Tras la clase de zumba me uno a otra de spinning y solo cuando dejo de sentir las piernas decido parar, darme una ducha y regresar a casa. Pero tampoco el cansancio consigue aplacar mi mal humor, así que limpio el baño hasta que los azulejos están relucientes y después saco toda la ropa del armario de mi habitación para ordenarla. En pocos minutos hay ropa y cajas sobre la cama, en el suelo e, incluso, sobre la cómoda.

Primero hago un par de montones con la ropa, en uno coloco lo que voy a quedarme y en otro de lo que voy a deshacerme. No me lleva demasiado tiempo, cuando estoy de mal humor deshacerme de cosas me ayuda a relajarme y a sentirme más ligera. Después llega el momento de abrir las cajas. Las dos primeras están llenas de fotografías que nunca tengo tiempo de ordenar en un álbum y la tercera contiene recuerdos que he ido atesorando desde la infancia: cartas, regalos, una agenda llena de números de teléfono de personas de las que no sé nada desde hace tiempo, algunos diarios y un folio doblado en cuatro partes que no recordaba. Lo desdoble y comienzo a leer, pero remover el pasado, aunque ese pasado esté dentro de una caja de cartón, es una pésima idea.

Me pregunto a qué se debe tu silencio. Ese silencio que se ha instalado entre nosotros, frío, distante, doloroso. Ese silencio que te aleja cada día un poco más de mí.

He pasado cada segundo de los últimos días buscando alguna pista que me condujera hasta esas respuestas que te niegas a darme. Todo ha sido en vano. No puedo recordar un solo gesto, una sola mirada, en que no me abrieras tu alma. Y yo me empapé de ella, te mostré la mía, mis secretos, mis anhelos, mis enigmas.

Todo ese tiempo que pasamos juntos, conociéndonos y amándonos, se escapa ahora entre mis dedos lentamente. Intento retenerlo, parar el tiempo y buscarte en él, refugiarme en sus rincones y recorrer sus sombras hasta dar contigo de nuevo.

Pienso en cada día compartido, en las risas, en los juegos, las miradas, los abrazos y los besos. Puedo escuchar tu voz con claridad si cierro los ojos, y cuando los abro es tu aroma el que me envuelve, recordándome que no hace tanto que te tuve entre mis brazos.

¿Cómo es posible que todo eso se diluya hasta no dejar rastro alguno de su existencia? ¿Qué ha sucedido para que cada uno de tus pasos se aleje cada vez más del camino que trazamos juntos?

Te espero. Mientras la primavera se resiste a marcharse y los campos amarillean bajo el sol de un verano que se abre paso entre las nubes, yo te espero. Te espero cada noche bajo el rumor del viento y cada día mientras contemplo cómo la esperanza se disipa en un mar de incertidumbres. Pero te dejaré marchar si me lo pides, si nuestros sueños han dejado de ser nuestros, si ahora nosotros somos simplemente tú y yo, si nuestro amor me pertenece solo a mí, como un viejo álbum de fotografías lleno de recuerdos.

Te dejaré marchar mientras espero tus palabras para alejar las dudas que hoy atormentan mi alma.

Vuelvo a plegar el papel y lo coloco dentro de la caja junto al resto de recuerdos. No debería haberlo leído. Fue el último correo electrónico que le envié a Lucas cuando me dejó sin darme ni una sola explicación, y como el resto, jamás recibió respuesta.

Hacer limpieza del armario ha sido una mala idea y vuelvo a guardarlo todo en su interior de cualquier manera intentando olvidar las palabras que acabo de leer.

A la hora de comer recibo una llamada de Paola, que me propone ir a

tomar café mientras Marina y Daniel duermen la siesta.

—¿Café? Solo quieres saber si ayer acepté la invitación de Lucas — bromeo.

—¿Tanto se ha notado?

—No, pero te conozco demasiado bien.

—Bueno, sí, lo confieso, quiero saber si fuiste a ver a Lucas y todos los detalles de lo que pasó. Así que llamaré a Pepa y le diré que se reúna con nosotras en la plaza.

—Está bien, nos vemos allí a las cuatro.

Me preparo algo de comer, aunque no tengo ningún apetito y después vuelvo a darme una ducha y a cambiarme de ropa para acudir a la cita con mis amigas.

Vuelvo a llegar tarde y vuelvo a no tener excusa. Estoy sola, no tengo marido e hijos a quienes echar la culpa de mi retraso, y solo vivo a unos pocos minutos de la plaza. Sin embargo, Paola y Pepa no dicen nada y me esperan tomando su segundo café.

—Lo siento —me disculpo.

—No te preocupes, aún hay espacio para otro café y un par de pastelitos más —dice Pepa llevándose la mano al estómago.

Me río y tomo asiento junto a ellas esperando que comience el interrogatorio, aunque esta vez son capaces de esperar hasta que el camarero toma nota de mi pedido.

—Empieza a contarnos —me apremia Paola.

—No hay mucho que contar —respondo bajo la atenta mirada de mis amigas—. Finalmente me decidí a aceptar la invitación de Lucas, así que fui, recorrimos la galería y me mostró la exposición. Lucas fue muy amable y respondió a todas mis preguntas, además de contarme un montón de detalles sobre cada una de las modelos de las fotografías. Así que fue... divertido.

—Sigue —dice Pepa.

—No hay nada más que decir —me encojo de hombros.

—¿No pasó nada más? ¿No te contó dónde ha estado todos estos años y lo que ha hecho?

—Bueno, sí, eso fue después, mientras cenábamos.

—Así que cenasteis juntos —afirma Pepa.

—Lucas pidió algo para cenar, cuando llegué a la galería había una mesa a la que no le faltaba ningún detalle, incluso había flores y una botella de vino

—explico.

—¡Qué detalle! —exclama Paola.

—Al principio no supe que pensar, pero después de ver la exposición la tensión que había entre nosotros se disipó y comencé a sentirme cómoda. Pensaba que habíamos enterrado nuestras diferencias y dejado atrás el pasado, hasta que repentinamente Lucas cambió de actitud y decidí que era hora de marcharme.

—¿Cómo que cambió de actitud? —se interesa Pepa.

—No lo sé, estábamos charlando, él me habló de su vida, y cuando yo comencé a hablarle de la mía su rostro se ensombreció y dejó de ser el hombre amable que había sido hasta ese momento.

—¿Le hablaste de Alex? —pregunta Paola.

—¡No! No lo hice. Solo hablamos de cosas triviales. Supongo que simplemente se sintió mortalmente aburrido al oírme hablar de mí. No tengo nada interesante que contar, comparada con su vida la mía debió de parecerle anodina.

—No digas eso —me regaña Paola—. Lo que haces con tu vida, trabajar en un colegio y enseñar a un montón de niños año tras año, es importante para ti, y también para todos esos niños. Además, tienes a tu familia, a tus amigos, tus hobbies...

—Y a tus ancianos —interviene Pepa—. Todas esas horas que pasas con los ancianos de la residencia enseñándoles a leer y a escribir es algo que solo una persona como tú puede hacer con tanto cariño y dedicación.

—Gracias, chicas. Lo sé, me gusta mi vida y todo lo que hago, pero Lucas está acostumbrado a algo muy diferente y debo parecerle muy aburrida.

—Eso no me lo creo, un hombre que se toma todas esas molestias lo hace para impresionar. Además, él ya te conocía, sabe a qué te dedicas y quién eres —razona Paola—. No entiendo qué pudo pasar.

—No importa, lo pasamos bien y pude ver la exposición y conocer muchos detalles. Lucas volverá a su vida y yo regresaré a la mía. El destino nos ha dejado claro varias veces que nuestros caminos son divergentes.

—No olvides que uno de los retratos de esa exposición es tuyo —me recuerda Paola.

—Lucas me lo ha regalado, quiere que me lo quede —les digo.

—¿De verdad? —pregunta Pepa—. Sigo pensando que no es normal que alguien incluya en una exposición tan importante un retrato de alguien que no

significa nada para él.

—Quizá sean retratos de todas las mujeres con las que se ha acostado alrededor del mundo —opino.

—Eso podría tener sentido —dice Pepa pensativa.

—¡Pepa! —exclama Paola fulminándola con la mirada—. No tiene ningún sentido.

—Lo tiene y lo sabes —le digo a Paola—. No sé por qué te empeñas en negarlo, ni qué interés puedes tener en que Lucas vuelva a mi vida. Sabes que eso no es posible.

—Empiezo a creer que estáis destinados a estar juntos —replica Paola.

—No es posible que creas algo así. Lucas nunca te ha caído bien y parece olvidar que fue él quien me dejó.

—Después volvió, te pidió perdón y fuiste tú quien no quiso darle otra oportunidad —me recuerda Paola.

—Y tú te mostraste convencida de que hacía lo correcto.

—Lo estaba, pero una y otra vez vuestros caminos vuelven a encontrarse, no importa el tiempo ni la distancia, porque al final siempre regresáis al mismo punto de partida —dice Paola.

—Sí, eso es cierto —asiente Pepa.

—¡No! No pienso escucharos —digo sacando el monedero del bolso para pagar y marcharme—. ¿Desde cuándo os habéis convertido en unas alcahuetas?

—Si Mahoma no va a la montaña... —sonríe Paola.

Me despido de mis amigas y regreso a casa. No acepto la invitación de Pepa para ir a cenar con ella y su marido, ahora necesito estar sola, y después de una nueva noche de insomnio y el intenso ejercicio en el gimnasio, me siento realmente cansada.

Capítulo 32

La visita

LUCAS

Abro la puerta esperando encontrar tras ella a Rebeca, aunque mi actitud de ayer dejó mucho que desear y al final de la velada me comporté como un auténtico idiota. Llevo todo el día pensando en ella y deseando llamarla, pero antes de hacerlo tengo que estar completamente seguro de la decisión que voy a tomar y regresar a EE.UU. para resolver algunos asuntos de trabajo.

—¿Puedo pasar? —pregunta Paola pasando a mi lado sin esperar respuesta.

—Estás en tu casa —respondo siguiéndola hasta el salón.

Si Paola se ha tomado la molestia de venir hasta aquí debe de tener algo importante que decirme. Sé que nunca le caí demasiado bien, al principio pensé que se debía a que Rebeca pasaba mucho tiempo conmigo y, por lo tanto, mucho menos con ella. Pero Paola y yo nunca llegamos a congeniar, aunque ambos nos esforzamos para contentar a Rebeca.

—Tengo un poco de prisa y supongo que tú también, así que iré directamente al grano —comienza a decir volviéndose hacia mí.

—¿Te apetece un café o un refresco?

—No, no he venido a tomar café.

—Sí, ya lo veo, supongo que has venido a hablar de Rebeca.

—Supones bien —dice suspirando—. Quiero que sepas que no me metería en esto si no fuese porque Rebeca ha sufrido mucho en el último año y medio y no quiero verla sufrir de nuevo. No sé lo que pretendías con la invitación de ayer, pero no puedes aparecer y desaparecer de su vida cuando a ti te apetezca. Invitarla a ver la exposición y a cenar para después mostrarte mortalmente aburrido es...

—¿Aburrido? —la interrumpo.

—Es lo que acabo de decir.

—Creo que ha habido un error.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Invité a Rebeca porque me apetecía estar con ella y si no lo hice antes de ayer fue porque no sabía si ella quería volver a verme. Pero apareció a mediodía en la galería y decidí aprovechar la oportunidad —le explico a Paola, que me contempla con los brazos cruzados y expresión severa.

—Entonces, ¿por qué te comportaste como si quisieras deshacerte de ella?

—Lo sé, fui un estúpido y, aunque puedo explicarlo, antes tengo que... resolver algunas cosas. Supongo que ella te lo ha contado todo.

—Lo único que ella me ha contado es que os estabais divirtiendo hasta que repentinamente tu actitud cambió por completo —dice Paola fulminándome con la mirada—. No sé qué sucedió, pero si pretendes jugar con ella debes saber que no voy a permitirte.

—No me comporté correctamente, pero la única persona que merece una explicación es ella.

—Sí, en eso estamos de acuerdo. Aunque espero que esa explicación no tarde en llegar un par de años.

—Sé lo que intentas decir, pero no voy a desaparecer de nuevo si eso es lo que estás pensando.

—No importa lo que yo esté pensando, sino lo que piensa Rebeca y, la verdad, después de lo que pasó entre vosotros no creo que seas digno de su confianza —me escupe.

—Hablaré con ella —le prometo.

—Hazlo, y si vas a salir corriendo de nuevo, déjala en paz. Rebeca no es una de esas mujeres a las que estás acostumbrado, pero le gusta lo que hace, le gusta su trabajo y le gusta su vida. Y tiene a su alrededor personas que la quieren de verdad. Este último año y medio ha sido un infierno para ella después de... —Paola se interrumpe abruptamente y la miro fijamente intentando averiguar lo que iba a decirme.

—¿Después de...? —la insto a continuar.

—Eso tendrá que contártelo ella, pero no voy a permitir que le hagas daño.

—No sé lo que le ha pasado a Rebeca, pero sea lo que sea lo averiguaré. Y, por cierto, no voy a negar que he conocido a muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero ninguna como ella.

—En ese caso deberías tener más cuidado —me advierte—. La verdad es que nunca me has caído bien, no voy a ocultarlo, pero no sé qué pasa con vosotros dos que siempre acabáis encontrándoos de nuevo. Si de verdad te

importa, habla con ella y sé completamente sincero respecto a tus sentimientos. Y si todo te da igual, déjala en paz. Esta vez para siempre. Tengo que irme —dice dirigiéndose hacia la puerta.

—Agradezco tu visita.

—No lo hagas y, por supuesto, no le digas a ella que he venido, lo negaré todo y creo que en este momento mi credibilidad está por encima de la tuya.

Cuando Paola se va pienso detenidamente en todo lo que me ha dicho y me pregunto qué le habrá ocurrido a Rebeca para que su vida haya sido un infierno tal y como ha asegurado su amiga. ¿Estará relacionado con algún otro hombre?

Sea lo que sea tengo que hablar con ella, antes de volver a perder el tren, antes de que una nueva estupidez vuelva a arrancarla de mi lado. Y la próxima vez que estemos frente a frente será la definitiva, la que una nuestros destinos para siempre.

Capítulo 33

Demasiado tarde

El retrato que Lucas me envió hace unos días sigue apoyado contra la pared del pasillo y aún no sé qué hacer con él. Es demasiado grande y me trae demasiados recuerdos. Cada vez que lo miro vuelvo al pasado, a aquella tarde con Lucas en la que aún estábamos juntos y éramos felices, y después me siento tan culpable que pienso en Alex, e, inevitablemente, vuelvo a deprimirme. Además, no tengo espacio suficiente para colgarlo en ningún sitio. No debería haberlo aceptado, tendría que haberlo devuelto cuando lo recibí, ahora es demasiado tarde. Lucas ha vuelto a marcharse y de nuevo lo ha hecho sin despedirse. Esta vez he podido leerlo en el periódico, por lo visto ha regresado a Estados Unidos, donde ha pasado la mayor parte del tiempo estos últimos años.

No debería importarme que se haya ido, ni tampoco que lo haya hecho sin despedirse. Solo nos hemos visto una vez y unas pocas horas no deberían parecer tan importantes. Pero no puedo evitarlo, una vez le confesé a Pepa que Lucas tenía un extraño poder sobre mí y que quizá lo tuviese siempre, y aunque siempre es demasiado tiempo, aún ejerce ese poder y es capaz de colarse en mi mente con solo mirarme.

Mañana comienzan mis vacaciones de verano y me despido de mis compañeros hasta septiembre. No acepto ir a comer con ellos y me disculpo torpemente con una excusa poco creíble, pero ellos no insisten. Saben que después de la muerte de Alex no me siento cómoda con las celebraciones y aunque tendré que superarlo algún día y no podré seguir dando largas eternamente, aún no estoy preparada.

Paola tampoco se queda con ellos, hoy Daniel trabaja hasta tarde y tiene que recoger a Marina de la guardería. Me he ofrecido a quedarme con ella, pero mi amiga es una de esas madres que prefiere pasar tiempo con su hija.

—¿Qué planes tienes para hoy? —me pregunta Paola una vez fuera del colegio.

—Esta tarde voy a la residencia para despedirme de los ancianos hasta septiembre.

—¿Y después?

—Sé dónde quieres llegar —respondo soltando una carcajada—. Lo dices porque hoy es mi cumpleaños, pero ya sabes que no voy a celebrarlo.

—Podríamos ir a cenar las tres. Solo cenar, te prometo que regresaremos a casa antes de que los caballos se conviertan en calabazas.

—Te lo agradezco, pero no me apetece. Además, mañana voy al pueblo y tendremos una pequeña celebración familiar, de lo contrario mi madre jamás me lo perdonaría.

—No puedes pasar sola el día de tu cumpleaños —se queja ella.

—Y no estaré sola, iré a la residencia, llevaré algunos pasteles y jugaré un par de bingos.

—Solo cumples treinta y tres, no eres una anciana, aunque a veces te comportes como tal.

—Vamos, no te preocupes, estaré bien, solo necesito un poco más de tiempo.

—Podemos comer juntas. Iremos a buscar a Marina, a ella le encanta verte, y después comeremos en casa. Nada especial, solo nosotras dos, a menos que quieras que llame a Pepa.

—Te lo agradezco, de verdad, pero comeremos juntas otro día.

—¡Eres tan cabezota! —exclama con expresión ofendida.

—Tú también, quizá por eso nos pasamos el día discutiendo.

—Llámame si cambias de opinión con respecto a la cena.

—Lo haré y gracias por todo —digo dándole un abrazo.

De camino a casa paso por la pastelería para recoger los pasteles y las pastas que he encargado. Sé que los ancianos se pondrán muy contentos, la mayoría de ellos no reciben muchas visitas y tampoco tienen demasiadas ocasiones de celebrar algo. Así que para ellos será una tarde especial.

A las seis llego a la residencia cargada con los dulces. Azucena, una de las enfermeras, me ayuda a llevarlos a la sala donde los ancianos se reúnen cada día para ver la tele, jugar a las cartas o al bingo. Me reciben contentos y me sorprende al ver que han decorado la sala con guirnaldas de colores y que todos ellos se acercan a felicitarme. Incluso han preparado una mesa con dulces y refrescos, aunque lo más destacable es una tarta de color rosa adornada con pequeñas flores blancas.

—¿Cómo habéis organizado todo esto? —pregunto sorprendida.

Hablé hace unos días con el director del centro y le pedí permiso para

llevar algunos dulces. Me dijo que no había problema siempre que no contuvieran azúcares o exceso de grasa, ya que la mayoría de los ancianos tienen problemas de azúcar y colesterol. Así que me sorprende que les haya permitido organizar todo esto.

—Ha sido ese joven tan guapo —dice Josefina, una de las ancianas más jóvenes—. Él se ha encargado de todo con nuestra ayuda.

¿Un joven guapo? ¿A quién se refieren? El director del centro no tiene nada de joven y mucho menos de guapo, y no se me ocurre ningún otro hombre.

—Ha sido un amigo tuyo —dice Azucena, la enfermera.

—¿Un amigo mío?

—Sí, vino ayer a hablar con Juan y ha vuelto hoy con todo esto —responde ella.

—Bueno, ya averiguaré de quien se trata, pero ya que se ha tomado tantas molestias, ¿qué os parece si comenzamos la fiesta? —digo volviéndome hacia los ancianos, pero ellos ya han comenzado a servirse y no puedo evitar sonreír.

Cuando comencé a dar clases en la residencia, sabía que la experiencia iba a gustarme, pero no contaba con encariñarme tanto con los ancianos que, día tras día, han ido ganándose un trozo de mi corazón y le han dado a mi vida un sentido completamente nuevo. Yo les enseño a leer y a escribir, pero ellos me enseñan que solo tenemos una vida y que cuando quieres darte cuenta se ha escapado entre tus dedos sin enterarte, por lo que hay que vivir intensamente cada momento.

—Entonces, ¿no sabes quién es ese amigo tuyo? —me pregunta Azucena.

—No tengo ni idea —le confieso.

—Pues ha sido un detalle precioso.

—¿Quieres un trozo de tarta? —le ofrezco, cambiando de tema a propósito.

Azucena y yo nos servimos tarta y después me siento a charlar con los ancianos, que vuelven a contarme muchos de los recuerdos que atesoran en su memoria y que siempre consiguen hacerme sonreír. Pasamos una tarde muy entretenida y, cuando un par de horas más tarde me despido de ellos, lo hago satisfecha y feliz.

Regreso a casa para pasar una velada tranquila, pero en cuanto giro hacia mi calle y dirijo la mirada hacia el portal, sé que no va a serlo. Las llaves se

resbalan de mis manos hacia el suelo, la boca se me abre por la sorpresa, y ni siquiera soy capaz de moverme del sitio. Creía que había regresado a Estados Unidos, lo leí en el periódico hace solo unos días, incluso vi una fotografía suya en el aeropuerto. Sin embargo, está aquí, a solo unos metros de distancia.

Comienzo a caminar de nuevo. Nuestros ojos se encuentran y ya no hay nada que hacer, no puedo dar media vuelta y alejarme, sería demasiado infantil y hace tiempo que dejé atrás esas cosas.

—¿Un día agotador? —pregunta con una radiante sonrisa.

—Un poco, pero también agradable —respondo—. Un misterioso amigo me preparó una pequeña sorpresa de cumpleaños y lo he pasado muy bien en la residencia.

—Entonces, ¿todo ha sido de tu agrado?

—No ha estado mal —le digo con indiferencia—. Lo importante es que a los ancianos les ha encantado, no suelen tener demasiadas cosas que celebrar, así que han disfrutado mucho. Te lo agradezco en su nombre, aunque no deberías haberte tomado tantas molestias.

—No ha sido ninguna molestia —me asegura Lucas.

—¿Cómo has sabido que doy clases allí?

—Tengo mis contactos —responde enigmático—. El director es amigo de mi padre, mi abuelo pasó allí sus últimos años.

—No lo sabía.

—¿Puedo invitarte a cenar? Es tu cumpleaños y...

—No —le interrumpo.

—Rebeca, sé que la otra noche me comporté como un capullo y que ni siquiera te he llamado para disculparme, pero he tenido que ausentarme unos días y...

—No tienes que darme ninguna explicación, además, si quiero saber algo de ti solo tengo que leer el periódico. —¡Mierda! ¿He dicho eso en voz alta?

—Estás enfadada y lo entiendo, pero puedo explicártelo todo.

—Por supuesto, y supongo que si no acepto cenar contigo me invitarás a un café —le digo con ironía, recordando su anterior regreso—. La otra noche en la galería llegué a pensar que podríamos ser amigos, pero volví a equivocarme, así que ahórrate las explicaciones, no las necesito.

Saco las llaves del bolso y abro la puerta del portal. No quiero seguir adelante con esta conversación, no quiero saber qué ha ocurrido esta vez, ni

qué es eso tan importante que le ha obligado a ausentarse impidiéndole hacer una simple llamada. ¿Cómo podría confiar en alguien que nunca tiene en cuenta cómo afectan sus decisiones a los demás?

Capítulo 34

Un océano entre tú y yo

Rebeca acaba de decir que pensó que podríamos ser amigos. ¿Amigos? No, no podríamos ser amigos o no únicamente amigos. Si no hubiese sido porque la cagué aquella noche las cosas podrían haber sido diferentes, pero cuando encargué la cena y las flores no estaba pensando en pasar un rato agradable con una amiga, sino con la mujer de mi vida.

A pesar de su tono irónico no hay duda de que se siente decepcionada. Al parecer es lo único que hago bien, decepcionarla una y otra vez, decepcionarla en cada ocasión y ahora no sé qué debo hacer para que me escuche y ganarme su confianza.

—Rebeca, lamento haberme marchado sin avisarte, pero tenía que atender unos asuntos de trabajo urgentemente —le digo impidiéndole la entrada en el portal.

—No quiero tus disculpas. Así que puedes ahorrártelas. Está claro que no eres sincero y no sirven de nada.

—¿Por qué dices eso?

—Parece que cada vez que volvemos a encontrarnos hay algo por lo que disculparse y empiezo a estar cansada. No tendrías que disculparte constantemente si pensaras un poco en los demás y no solo en ti. Una y otra vez vuelves a cometer los mismos errores, ¿es que no te das cuenta?

—Solo he estado fuera unos días y te aseguro que ese viaje era necesario. He pasado muchos años fuera y para fijar mi residencia aquí de nuevo tenía que cerrar algo...

—Eso ya no importa. Espero que te vaya bien, tanto si te quedas como si vuelves a marcharte, pero no intentes convencerme de que te escuche. De verdad, Lucas, pierdes el tiempo.

—Tienes que escucharme —repito.

—No, no tengo que hacerlo —niega ella.

—Me quedaré aquí hasta que logre convencerte —amenazo.

—Hazlo si es lo que quieres —me desafía mirándome a los ojos—. Espero que pases una buena noche.

Empuja la puerta del portal y la veo desaparecer tras ella. No puedo obligarla a que me escuche y, aunque no quiero que se vaya, de momento tendré que dejar que lo haga.

Regreso a casa caminando lentamente mientras sopeso todas mis opciones. Nunca he sido un romántico, tampoco Rebeca, así que quedan descartadas las flores, las velas, el champán o cualquiera de esas combinaciones. Tampoco puedo recurrir a sus amigas cuya opinión sobre mí no me es favorable. Y la opción de invitarla a tomar café, la más acorde con su carácter, tampoco es suficiente en esta ocasión. No, me temo que no será sencillo.

Capítulo 35

El hogar no es un lugar

Me asomo a la ventana y veo a Lucas alejándose calle abajo. No ha cumplido su amenaza de no marcharse hasta que le escuchara, aunque ya imaginaba que no lo haría porque eso no va con su carácter. Hubo un tiempo en que su autocontrol y aparente tranquilidad me parecieron dos grandes virtudes, pero tanto comedimiento comienza a cansarme. No todo es control y, a veces, es necesario hacer gestos grandilocuentes, exagerados y rocambolescos, especialmente si has metido la pata hasta el fondo. En ese caso no sirven las mismas soluciones de siempre.

Su silueta se aleja hasta convertirse en un punto apenas visible, pero ya no siento el dolor de aquella primera vez, ni las ganas de llorar que me acompañaron durante tanto tiempo. Estoy demasiado enfadada. Lucas aparece y desaparece de mi vida cuando y como quiere, y no pienso permitirselo.

A pesar de todo, se me ha quitado por completo el apetito y la tranquila noche que había planeado leyendo se ha echado a perder por completo. En la habitación me esperan mi cama y un libro sobre la mesilla. Así ha sido cada noche desde que Alex no está, pero no había sido consciente hasta ahora de que no es una situación temporal, sino permanente.

Me tumbo sobre la cama sin quitarme la ropa. Esta noche el libro tendrá que esperar, tampoco me quedan lágrimas que derramar, y me siento vacía. Vacía por todo lo que he perdido y no volveré a tener jamás. Y así, contemplando las siluetas que la luz que se filtra por la ventana dibuja en el techo, me quedo dormida.

Me levanto al amanecer, preparo la maleta para pasar el fin de semana en casa de mis padres y desayuno café y tostadas a pesar de que el apetito parece haberme abandonado para siempre. El pueblo está a más de cien kilómetros de distancia y casi todo el trayecto transcurre a través de carreteras secundarias, algunas de ellas llevan años sin arreglarse y están en bastante

mal estado.

Durante todo el camino pienso en lo que voy a hacer a partir de ahora con mi vida. El trabajo, las clases en la residencia y mis amigas, me han mantenido a flote durante los últimos meses, pero siempre esperé algo más, algo que cada vez tengo más claro que nunca volveré a tener y ni siquiera tengo fuerza suficiente para seguir luchando.

Si no fuera porque mi madre sería capaz de coger el primer autobús que saliera del pueblo para ir a buscarme, me habría quedado en casa. No sé si podré seguir fingiendo que todo va bien y que la vida continúa como si nada, porque no es cierto. Solo ha sido necesario un pequeño contratiempo para que mi mundo se tambalee y mi vida deje de tener sentido.

Llego a mi destino una hora y cuarto más tarde. Es un pequeño pueblo de casas de piedra situado en la meseta castellana y rodeado de tierras en las que se cultivan principalmente trigo y cebada. En los últimos años se ha quedado prácticamente vacío y solo algunas personas mayores, como mis padres, permanecen aquí. El colegio cerró sus puertas por falta de alumnos hace tres años y solo hay una tienda en la que se pueden comprar alimentos básicos y que hace las veces de bar en el que los vecinos se reúnen por la tarde en invierno y los domingos después de ir a la iglesia.

Algunas costumbres no han cambiado a pesar del paso del tiempo. Visitar el pueblo es como atravesar el túnel del tiempo y regresar al pasado. Parece mentira que un lugar tan cercano a una ciudad tan cosmopolita como Madrid, que solo está a ciento cincuenta kilómetros de distancia, permanezca tan inalterado, como si el tiempo se hubiese detenido en algún punto incapaz de seguir avanzando.

Ya no hay jóvenes, todos terminaron marchándose a estudiar fuera, igual que Paola y yo, y ninguno regresó porque aquí no hay oportunidades de trabajo, a menos que te dediques a la ganadería o a la agricultura. Me apena ver el lugar en el que nací tan vacío, aunque en verano, con las vacaciones estivales, la población aumenta considerablemente durante unas semanas y vuelve a ser el pueblo bullicioso y alegre de mis recuerdos.

En cuanto mis padres oyen el coche salen a recibirme. Por la forma en que mi madre me abraza cualquiera diría que hace años que no nos vemos, pero no es cierto, suelo venir una vez al mes a visitarlos e intento coincidir con mi hermano, mi cuñada y mi sobrino Guillermo, que hace poco cumplió dos años. Pero para mis padres siempre seré su niña pequeña, sin importar la edad

o el número de arrugas que comiencen a dibujarse en mi rostro.

Mi madre, que tiene sesenta años, parece mucho mayor de lo que es debido a su anticuada forma de vestir y a su corte de pelo, que es exactamente igual al que llevan el resto de las vecinas del pueblo, puesto que todas ellas tienen la misma peluquera. También su mentalidad es bastante anticuada y es de las que piensan que una mujer de mi edad debería estar casada y tener, al menos, un par de hijos en lugar de vivir sola y trabajar fuera de casa.

Mi padre tiene sesenta y siete años y es un trabajador incansable. Aunque podría haberse jubilado, estar en casa sin hacer nada sería para él como morir en vida. Lleva trabajando en el campo desde que era solo un niño y siempre dice que la tierra es su vida. Así que sigue sembrando, cosechando y arando las tierras que heredó de sus padres, aunque ha cambiado el arado y el trillo por el tractor pese a su reticencia inicial a hacerlo.

Siempre que vuelvo a casa me siento un poco extraterrestre, llevo casi el mismo tiempo viviendo en la ciudad que el que viví en el pueblo con mis padres, y aunque aquí pasé mi infancia y una de las etapas más importantes de mi vida, no me ha costado dejar atrás muchas de las cosas que aprendí y di como buenas. A veces pienso que, si mi madre supiera la cantidad de hombres con los que he salido y he mantenido relaciones sexuales, sufriría un infarto. Para ella llegar virgen al matrimonio sigue siendo importante, igual que lo son las apariencias y lo que piensen sus vecinas de toda la vida.

Un par de horas después de mi llegada, mi hermano aparece con Susana, mi cuñada, y Guillermo. Mi hermano es médico y trabaja en un pueblo a solo treinta kilómetros de distancia y Susana, que antes de ser madre trabajaba como enfermera, dejó su puesto al nacer el bebé y ahora se dedica a cuidar de la familia a tiempo completo. Para mi madre es la nuera ideal, una mujer como las de antes que sabe lo que es realmente importante en la vida.

Pasamos un agradable fin de semana en familia en el que la comida y la bebida se convierten en el centro de cada reunión, y cuando llega la hora de despedirme de todos lo hago con tristeza, a pesar de que no me apetecía venir, y le prometo a mi madre que pasaré algunos días con ellos durante el mes de agosto. A veces, para reencontrarnos con nosotros mismos solo es necesario volver a nuestros orígenes y descubrir cuáles eran nuestros sueños en el pasado.

Capítulo 36

La chica de ayer

Un mensajero ha traído el retrato de Rebeca y desde entonces no he dejado de mirarlo. Llevo más de una hora en la misma posición, contemplando el rostro de la mujer a la que desearía poder contemplar frente a frente. Me he perdido demasiados años de estar en su vida, demasiados días con sus noches y sus madrugadas, demasiados besos, demasiados momentos.

Siempre luché por conseguir lo que quería y he trabajado duramente, sin rendirme, sin dejar de perseguir mis objetivos, hasta convertirme en uno de los fotógrafos de moda más importantes del mundo. Incluso he logrado que una muestra de mis fotografías dé la vuelta al mundo, además de publicar un par de libros que han sido traducidos a varios idiomas. Mi éxito profesional es indudable, así que podría decir que he conseguido hacer realidad mis sueños, pero no es así. Siempre ha faltado algo en mi vida y, cuando pienso en ello, una y otra vez la imagen de Rebeca aparece en mi mente.

Durante los últimos días he pasado la mayor parte del tiempo encerrado en mi estudio. Solo al anochecer me he aventurado a salir para recorrer las calles hasta el amanecer. Apenas he comido ni dormido y he escrito varias docenas de correos electrónicos a Rebeca que no he llegado a enviar. Ahora su retrato vuelve a estar conmigo y siento como si hubiese recibido un millón de puñetazos en el estómago.

Debí quedarme en el portal de su casa hasta que hubiese accedido a hablar conmigo. Tendría que haber ido a buscarla cada día. Tendría que haberle implorado que me escuchara. Pero no lo hice y es posible que sea demasiado tarde.

Cojo las llaves de casa y salgo a la calle. Debería haber ido a buscarla antes y no haber cometido, una y otra vez, los mismos errores, ocultándome tras el silencio y creyendo que así estaría a salvo. Nunca lo estuve, Rebeca se metió bajo mi piel en cuanto nuestras miradas se encontraron por primera vez y ninguna de las cosas que he hecho para olvidarla ha servido de nada. Solo he fingido que era feliz, y quizá lo he sido en determinados momentos, pero nunca plenamente. El éxito que no se comparte termina sabiendo a fracaso.

Camino tan deprisa como las piernas y el sol abrasador me permiten, y recorro las calles que nos separan sin saber lo que voy a decir cuando esté frente a ella. Quince minutos después estoy en su portal y llamo al portero automático. Lo hago repetidas veces, pero no hay respuesta, y cuando un vecino abre la puerta me cuelo tras él y subo hasta su piso. No hay nadie y me siento junto a su puerta a esperar.

Las horas pasan lentas mientras espero y a las doce de la noche empiezo a preguntarme si volverá. Cuando su vecina, una mujer de unos setenta años, menuda y vestida con una bata de flores, sale de casa con una bolsa de basura en la mano, se planta delante de mí con gesto hostil.

—¿Qué estás haciendo aquí, joven?

—Estoy esperando —respondo.

—¿Esperando? Pues me temo que vas a tener que esperar mucho, Rebeca se ha marchado esta misma mañana de vacaciones y no regresará hasta finales de agosto. Así que, muchacho, si no quieres que llame a la policía, será mejor que te vayas.

Podría preguntarle si sabe dónde ha ido, pero me temo que no va a responder a ninguna de mis preguntas, y si está en lo cierto no tengo nada que hacer aquí. Me levanto bajo la atenta mirada de la anciana, que me observa con los ojos entrecerrados, desconfiada, hasta que me ve desaparecer.

Salgo a la calle sintiéndome como un estúpido. Rebeca se ha ido de vacaciones y no sé dónde puedo buscarla ni tengo a quién preguntarle. Tampoco sé dónde viven sus amigas ahora, aunque recurrir a ellas puede resultar completamente inútil. Regreso a casa pensando en mi siguiente paso, pero no es hasta que comienza a amanecer y después de haber desechado una montaña de ideas, a cual más descabellada, cuando decido que solo me queda una opción, encontrar a Paola.

Paso los siguientes días recorriendo todos los parques infantiles de la ciudad. Rebeca me dijo que Paola se había casado y era madre de una niña de un año. Un parque infantil es el mejor lugar que se me ocurre para buscarla y día tras día los recorro todos varias veces. Al tercer día comienzo a pensar que es una locura y que probablemente Paola no esté en la ciudad, sino en el pueblo con su familia, en la playa o en cualquier otra parte. Pero cuando estoy a punto de tirar la toalla, una niña que grita y da palmas mientras se balancea en un columpio llama mi atención y al levantar la vista descubro a Paola tras ella.

—¿Lucas? —Paola parece sorprendida de verme e imagino que Rebeca no le ha contado que he vuelto.

—Llevo varios días buscándote.

—¿A mí?

—En realidad busco a Rebeca, pero una vecina me dijo que se fue de vacaciones el martes y...

—Deja que lo adivine —me interrumpe—. Pretendes que yo te diga dónde está.

—Sí. No sabía a quién recurrir.

—Te dije que debías hablar con ella, pero te marchaste de nuevo. Rebeca lo descubrió leyendo el periódico, no sabía si ibas a volver, así que...

—Solo estuve fuera unos días arreglando unos asuntos de trabajo y en cuanto regresé fui a buscarla a su casa, pero no quiso escucharme.

—¿Y te extraña? La experiencia le ha demostrado que no puede confiar en ti —dice mirándome fijamente a los ojos—. ¿Tanto te costaba hacer una llamada y decirle que tenías que marcharte y que regresarías en unos días? No puedes decir que no te avisé, pero ni siquiera importa, si eres tan idiota como para pensar que ella estaría esperándote eternamente es que no la conoces en absoluto.

—No quería hablar con ella hasta resolver algunos asuntos y saber que no tendría que irme de nuevo. No es tan sencillo dejarlo todo atrás.

—Bien, yo ya te dije lo que debías hacer, pero te empeñaste en hacer todo lo contrario, así que ahora deberías asumir las consecuencias. Y las consecuencias son que Rebeca no está y que no puedo decirte dónde se ha marchado porque ni siquiera yo lo sé. Aunque tampoco te lo diría si lo supiera. No voy a permitir que vuelvas a hacerle daño —me dice Paola con vehemencia.

Marina elige este momento para ponerse a llorar y desvía la atención de su madre hacia ella. Es una niña muy guapa, se parece a Paola, de ella ha heredado el color del pelo y de los ojos, y algún día se convertirá en una mujer tan bonita como su madre.

—Se parece a ti —le digo.

—Eso dicen —responde con expresión hosca—. Lucas, si lo que pretendías era que te dijera dónde está Rebeca, ya te lo he dicho, no lo sé. Así que estás perdiendo el tiempo. Deberías regresar a tu vida de fotógrafo famoso y olvidarte de ella.

—Entiendo que no confíes en mí, la he cagado un montón de veces, pero te aseguro que esta vez...

—Escúchame, las oportunidades terminan agotándose. No debí ir a hablar contigo, por un momento pensé que quizá podrías hacerla feliz después de todo, pero no es así. La dejaste sin una sola explicación después de pasar con ella más de un año. Ni siquiera te despediste, ¿crees que ahora voy a creerte?

—Sé perfectamente lo que hice, pero ¿no crees que ya he pagado por todo eso? Regresé y le pedí perdón. Regresé para estar con ella, pero volví a marcharme porque me rechazó —le recuerdo—. Paola, sé que me he equivocado muchas veces, pero la quiero, quiero a Rebeca y no voy a parar hasta dar con su paradero.

—Hay muchas cosas que no sabes y que no voy a contarte, pero Rebeca ha cambiado. Ya no es la misma persona que conociste hace años, ninguno lo somos, pero ella ha tenido que soportar mucho dolor. Quiero que antes de hacer nada lo pienses detenidamente. ¿De verdad puedes darle lo que necesita?

—Quiero intentarlo, ¿no crees que tengo derecho a intentarlo?

—No sé dónde está —repite—. Te aseguro que no lo sé.

—¡Joder, Paola!, si hay alguien que lo sabe eres tú. Dime qué tengo que hacer para convencerte de que me lo digas. Haré lo que sea, solo tienes que decirme lo que quieres y lo haré.

—¿Acaso piensas que puedes comprarme? Quizá eso te funcione con otras, pero no conmigo —dice abrazando a su hija—. Será mejor que te vayas.

—De acuerdo, me voy, pero voy a encontrarla con tu ayuda o sin ella —me despido sintiéndome derrotado.

—¡Lucas! —me llama cuando solo me he alejado unos pasos—. ¿Recuerdas aquel hotel en Menorca donde os alojasteis hace años?

—¿Es allí dónde está?

—No lo sé, ya sé que no me crees, pero no quiso decirme dónde iba, sin embargo, creo que podría estar allí.

—Gracias —le digo y, no sé por qué, tal vez porque me ha devuelto la esperanza, la abrazo.

—¡Suerte! —me desea ella.

Y la necesitaré. Toda la suerte del mundo.

Capítulo 37

Aquí empezó todo

Todo lo que veo es el azul del mar fundiéndose en el horizonte con el cielo. Apacigua la ansiedad que he sentido en los últimos días y todo parece mucho más sencillo. Las aguas cristalinas, los altos acantilados y los pinos que llegan hasta la arena de la playa hacen de este lugar un paraíso en el que podría quedarme para siempre.

La cala Macarella es uno de los lugares que visité con Lucas durante nuestro viaje a Menorca y de la que tengo un recuerdo más nítido. Quizá porque aquí fue donde me dijo por primera vez que me quería mientras caminábamos de la mano por la orilla, al abrigo de un tardío otoño de cálidos y perezosos días. Lo recuerdo como uno de los momentos más felices de mi vida y es uno de los motivos por los que me he aventurado a este viaje. Necesitaba saber que alguna vez fui feliz y que no todo han sido lágrimas y dolor.

También hay otro motivo. Necesito cerrar etapas. Y con Lucas nunca lo hice, siempre esperé que él volviera a mi vida para recuperar aquella historia que vivimos y poder enterrar un doloroso pasado. Regresar a esta isla y a este lugar en concreto significa pasar esa página, y reconocer de una vez que todo acabó entre nosotros hace mucho tiempo.

Después partiré hacia Corfú, la isla griega que Alex y yo visitamos hace un par de veranos y que resultó ser nuestro último viaje juntos. Necesito despedirme de él y dejarle marchar. Tal vez no le quise como se merecía, quizá nunca le amé como a Lucas, de esa manera en que solo se ama una vez en la vida, pero le amé, porque sería imposible no querer a alguien como Alex. Espero que algún día pueda recordarle con una sonrisa en lugar de sentir este dolor en el pecho que, a veces, me impide incluso respirar.

Necesito regresar al pasado para volver a enfrentar el presente. Lo necesito para dejar atrás todo el lastre, todo lo que me impide seguir caminando y me mantiene anclada a un tiempo que nunca volverá.

La playa se ha llenado de gente y apenas hay hueco para nadie más. Empiezo a sentirme incómoda y prefiero regresar al hotel y pasar el resto del

día en la piscina. He dejado el coche en uno de los aparcamientos, a unos quince minutos de la playa, y antes de marcharme me doy un último baño para refrescarme. Nadar sobre estas aguas que parecen una balsa resulta delicioso y disfruto enormemente del contacto del agua sobre mi piel y de los aromas que trae la leve brisa que agita los pinos que rodean la zona.

Hace bastante calor y me congratulo de haberme dado un baño antes de comenzar la caminata hasta el coche. Todas las calas de Menorca son así, hay que caminar un buen trecho para acceder a ellas, y eso convierte este lugar en uno de los pocos sitios que la acción del hombre no ha transformado en un pedazo de hormigón.

Hasta el hotel hay otros veinte minutos y cuando llego es hora de comer y subo a la habitación para darme una ducha y bajar al restaurante donde sirven una deliciosa comida. La habitación es grande y luminosa, y tiene una amplia terraza con vistas al jardín y a la piscina. Es el mismo hotel en el que me alojé con Lucas y también la misma habitación que, casualmente, era la única que quedaba libre debido a una cancelación de última hora. No me importa, he venido a enfrentarme a los fantasmas del pasado y eso es lo que estoy haciendo.

Pido una ensalada menorquina y una berenjena asada con miel y almendras. Últimamente no tengo demasiado apetito y prefiero tomar cosas ligeras, pero una vez más no soy capaz de tomar ni la mitad de la comida que he pedido. Es extraño, nunca antes me había pasado, pero siento un nudo en el estómago que me impide comer y en las últimas semanas he perdido mucho peso.

Me voy a la piscina acompañada de un libro y me tumbo bajo una sombrilla a disfrutar de la lectura. El hotel es un lugar tranquilo, situado en un bonito entorno rodeado de encinas y solo cuenta con dieciséis habitaciones. La mayoría de los huéspedes salen por la mañana y no regresan hasta la noche, por lo que estoy completamente sola y agradezco la paz y la quietud que se respiran en un lugar como este.

Cuando empiezo a sentir demasiado calor me doy un baño y después, sintiéndome cansada y somnolienta, vuelvo a la habitación, me quito la parte superior del biquini que está aún mojada y me tumbo sobre la cama. Enseguida me duermo, sin necesidad de pastillas ni de ir varias horas al gimnasio hasta agotarme, tal vez porque necesitaba alejarme de todo para volver a reencontrarme conmigo misma, quizá porque este es el lugar

perfecto para ello.

Me despiertan unos golpes en la puerta. Tardo unos segundos en reaccionar, al principio no recuerdo donde estoy y, aún aturdida, voy a abrir la puerta sin saber la sorpresa que voy a llevarme al descubrir quién hay tras ella. Mi aspecto debe de ser horrible, porque los ojos de Lucas me recorren de arriba abajo con una expresión de auténtica sorpresa y me llevo la mano hacia el pelo, que está apelmazado y aún sigue húmedo después del chapuzón en la piscina. Después, cuando veo hacia donde se dirige su mirada, me doy cuenta de que solo llevo puesta la parte inferior del biquini y corro hacia la silla para coger la toalla y enrollármela alrededor del cuerpo.

Lucas aprovecha el momento en el que me giro hacia la silla para colarse en la habitación y cierra la puerta tras él. Estamos solos, en la misma habitación que ocupamos hace años, aunque ninguno de los dos somos los mismos de entonces. Seguramente se habrá hecho una idea equivocada de los motivos que me han traído hasta aquí, pero no estoy de humor para darle un montón de explicaciones que, probablemente, no creería.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto una vez superada la impresión de verle aquí.

Nadie sabe dónde estoy, ni siquiera Paola y Pepa, a pesar de su insistencia. Ninguna de ellas habría entendido mi decisión de venir aquí y habrían intentado disuadirme para hacerme cambiar de opinión, así que decidí no informarlas y ahorrarme todas esas explicaciones que tampoco estoy dispuesta a darle a Lucas.

—Podrías estar en cualquier parte, pero estás aquí —dice ignorando mi pregunta.

—No has respondido a mi pregunta.

—Es una larga historia y, a decir verdad, no sabía si iba a encontrarte.

—Y a pesar de todo has decidido arriesgarte —afirmo.

Lucas mira hacia el fondo de la habitación y camina hacia la terraza. Sé lo que está pensando, porque yo también recuerdo aquellos días que pasamos en esta habitación, explorando nuestro amor recién descubierto, nuestros cuerpos y nuestras almas. Muchos de aquellos recuerdos están encerrados en esa terraza. No sé por qué ha venido hasta aquí, tampoco tengo claro si quiero saberlo, pero no puedo negar el poder que su presencia ejerce sobre mí.

—¿Vienes? —pregunta volviéndose hacia mí y tendiéndome la mano.

Esto no entraba en mis planes. La posibilidad de que Lucas viniera a

buscarme era tan remota que no me la había planteado, y ahora que está aquí, justo enfrente de mí, no sé cómo afrontarlo. Querer olvidar no significa que pueda hacerlo, y su presencia pone en peligro mi determinación y a prueba mi fortaleza. Con solo mirarme consigue adentrarse en mi interior. Soy incapaz de resistirme a sus ojos y todas mis convicciones se derrumban cuando su mano se detiene sobre la mía y tira de ella para acercarme a él. Su tacto vibra sobre mi piel desnuda y solo cuando llegamos a la terraza y aparta su mano de la mía soy capaz de respirar.

—No deberías estar aquí.

—¿Aún no te has dado cuenta de que recorrería el mundo entero para buscarte? —responde.

Sus palabras son tan inesperadas que vuelvo a contener la respiración y cierro los ojos intentando encontrar en mi interior toda la fuerza que necesito para no dejarme embaucar por ellas. No, no cambiaré de opinión, mis planes siguen en marcha porque solo dejando a Lucas atrás podré seguir adelante con mi vida.

—Tuvimos una oportunidad y no importa ya cómo ni quién, pero la dejamos escapar —comienzo a decir—. No quiero pensar más en los errores que cometimos en el pasado, solo... solo pretendo aprender a vivir con ellos, pero no voy a conseguirlo si no me lo permites.

—No tenemos por qué cometer los mismos errores.

—¿Y eso lo dices tú? —Suelto una carcajada que me ayuda a relajar la tensión que siento y a expresar que lo que Lucas acaba de decir me parece una auténtica tontería.

—No es justo que me acuses de cometer los mismos errores cuando esta última vez solo me ausenté unos días. He vivido en Estados Unidos la mayor parte de los últimos años y tenía que solucionar algunos temas profesionales antes de regresar para quedarme. Debí explicártelo antes de marcharme, tienes razón, pero ahora estoy aquí y...

—¿Te das cuenta de que esto no nos lleva a ninguna parte? Toda nuestra historia es una sucesión de encuentros y desencuentros que no conducen a nada —le interrumpo.

—¡Joder, Rebeca! Eres tú quien se empeña en no llegar a ninguna parte. Pero te quiero y esta vez no voy a rendirme —dice mirándome a los ojos y veo en ellos una determinación que jamás había visto antes.

—Llevamos demasiado tiempo separados. Reconozco que al volver a

encontrarnos yo también sentí que podríamos... que podríamos tener otra oportunidad. Pero han pasado demasiadas cosas. Cosas que debo superar. A veces, amar no es suficiente.

—Tal vez el amor no sea suficiente, pero es un buen comienzo.

Lucas parece estar convencido de sus palabras y una parte de mí quiere creerle y abandonarse entre sus brazos para averiguar hacia dónde nos conduce esta locura. Pero ya he sufrido demasiado, mi confianza hacia él ha vuelto a quedar completamente dañada tras su último viaje y el tiempo de lanzarse al vacío sin garantías ya pasó.

—Sé que tú también sientes algo por mí.

—Eres demasiado engreído —replico molesta—. Crees saber quién soy, pero solo conoces a la mujer que dejaste atrás hace mucho tiempo. No soy la misma y nunca volveré a ser la misma.

—Entonces quiero descubrir a esa nueva mujer —susurra colocando su mano sobre la mía y una descarga eléctrica me recorre todo el cuerpo. Él también lo nota y bajo los ojos hacia el suelo para impedir que lea en ellos todas las emociones que me hace sentir.

Parece imposible que mi cuerpo reaccione a su contacto como en nuestro primer encuentro. Pero todo sigue ahí y las dudas se disipan, el tiempo se ralentiza y la distancia desaparece, porque le siento tan cerca como aquellos días de besos y caricias que el otoño nos regaló.

Lucas sabe el poder que tiene sobre mí y toma mi rostro entre sus manos para besar mis labios y recorrer con su lengua mi resistencia hasta convertirla en sumisión. Porque nunca habrá otro hombre, ni otras manos, ni otros labios, capaces de despertar en mí todas esas emociones y sentimientos que han permanecido dormidos en su ausencia. Deseo, necesidad, anhelo, rendición...

Capítulo 38

Solo se ama una vez

¿Es posible que solo nos enamoremos total y absolutamente una vez en la vida? Lo he intentado tantas veces que he perdido la cuenta. Amar y sentir. Sentir y amar. Amar a alguien que no fuese Lucas y sentir la intensidad de las emociones a flor de piel, pero nada es comparable a esto. Cuando Lucas me besa tengo la certeza de que es lo único que necesito para ser feliz. Cuando me abraza consigue convencerme de que estoy en el lugar adecuado. Cuando sus manos recorren mi piel desnuda sé que es lo correcto. Todas mis emociones se desatan, miedo, amor, sorpresa, tristeza, alegría... Y todos los sentimientos que llevaba años reprimiendo reaparecen. Me dejo llevar, no importa dónde, solo con quien.

Lucas me quita la toalla y ese simple gesto, cargado de erotismo, hace que mi cuerpo vibre, expectante, bajo el ligero roce de sus dedos. Me levanto, le tiendo la mano y juntos recorremos la distancia hasta la habitación para detenernos junto a la cama. La misma que ocupamos una vez, cuando aún creía en un futuro que fuese solo nuestro. Apenas puedo esperar y me deshago de su camiseta y sus pantalones en el mismo instante en que su cuerpo cae sobre la cama. Su deseo crece bajo sus bóxers y me siento halagada de ser el objeto de su anhelo.

Dibujo sobre su piel caminos que se entrelazan, que se unen y estallan en forma de caricias y besos. A pesar de no ser la primera vez, siento que vuelvo a descubrirle y aspiro su aroma, que me trae recuerdos de una felicidad que vuelve a invadirme. Le amo desesperadamente. Como solo se ama una vez en la vida.

Lucas me abraza y me tumba sobre la cama. Su cuerpo sobre el mío se siente cálido y acogedor, y cierro los ojos al tiempo que suspiro de placer, emoción y expectación. Aún no ha comenzado a acariciarme, pero mi cuerpo tiembla. Aún no me ha besado, pero mis labios se entreabren a la espera. Y le miro para aferrarme a este momento que compartimos, lejos del desagravio y la desconfianza. Solo él puede mirarme de ese modo y saber todas las cosas que callo.

Hay besos intensos, besos llenos de erotismo y deseo, y hay besos en que lo das todo, te vacías en el otro y dejas en sus manos tu destino. Así es como me siento cuando beso a Lucas. Mi cuerpo arde bajo sus manos, las busca, las desea, las intuye, soy suya y él lo sabe.

—Te he echado tanto de menos —susurra, y esta vez confío en sus palabras.

Nos redescubrimos en cada caricia, conectamos a cada paso y nada se interpone entre nosotros cuando son nuestros cuerpos los que hablan. Todo es sencillo cuando su lengua acaricia mi sexo, cuando olas de placer me hacen estallar en mil pedazos y en mi mente solo hay sitio para él.

Nuestras manos se unen en una danza que ambos conocemos. Nuestros dedos se entrelazan, uno tras otro, sin dejar ningún espacio al aire, solo piel con piel, suave, templada y delicada. Es entonces cuando Lucas se cuele en mi interior y me muevo contra él marcando el ritmo que ha de llevarnos a la cima, a ese lugar remoto y ansiado donde podemos seguir soñando que todo es sencillo.

Nos movemos el uno sobre el otro, arriba y abajo, hasta alcanzar el clímax. Doloroso por intenso. Especial porque es solo nuestro. Le amo. La certeza es tan rotunda que duele y me impide respirar.

—Te amo —dice él junto a mi oído.

—Y yo a ti —respondo segura de mis palabras.

El atardecer nos alcanza aún perdidos el uno en el cuerpo del otro mientras dejamos atrás el pasado para vivir el presente. Un presente que solo significa aquí y ahora. Porque mientras las horas se deslizan sigilosas, el amanecer llega de nuevo cargado de dudas. Entonces me deshago de los brazos de Lucas con cuidado para no despertarle y me voy de su lado esperando que sepa comprenderlo.

Capítulo 39

Si te vas

LUCAS

Los primeros rayos de sol se filtran por los ventanales y antes de abrir los ojos sé que algo ha sucedido: Rebeca no está a mi lado y el espacio que ocupaba su cuerpo en la cama está vacío y frío. Me levanto y la busco en todas partes, pero no hay rastro de ella, solo las sábanas retienen su aroma. Intento averiguar dónde ha podido marcharse negándome aún a creer que se ha ido de mi lado después de las horas que hemos pasado juntos.

Busco mi ropa y la encuentro doblada sobre una silla. Rebeca ha debido de dejarla ahí antes de irse y la recojo para comenzar a vestirme. Una hoja doblada por la mitad cae hacia el suelo y la intercepto en el aire. La desdoble con curiosidad y su letra aparece ante mis ojos. Alargada, ágil e inconfundible.

Espero que puedas perdonarme, pero hay algo importante que debo hacer antes de que volvamos a encontrarnos.

Llegué a Menorca con la intención de enfrentarme al pasado y poner punto y final a nuestra historia. Ese punto y final que siempre esquivamos y terminamos convirtiendo en un punto y aparte. Pero seguimos resistiéndonos, tal vez porque nunca hemos estado preparados para despedirnos.

Yo nunca lo estuve, aunque a veces lo fingí e, incluso, llegué a creerlo. Te amé nada más verte y supe que sería para siempre. Este viaje era solo un ritual, una forma de enterrar lo que siento por ti para poder continuar con mi vida. Pero sin ti soy menos yo, menos humana, me lo has recordado al besarme, y no estoy preparada para perder mi humanidad.

Pero antes de saber hacia dónde nos conduce todo esto, tengo que despedirme para siempre de alguien. Mientras nuestras vidas seguían diferentes caminos compartí la mía con una persona que me amó sin pedir nunca nada a cambio y con quien fui feliz durante el escaso tiempo que nos

brindó el destino. Tuvo que perder la vida para darme cuenta de que la nuestra fue una felicidad cotidiana y sencilla, esa felicidad que solo se encuentra en los pequeños gestos, pero que cala hondo y llega profundo.

Ahora me toca despedirme de él, esta vez para siempre, y es algo que tengo que hacer sola. Espero que sepas comprenderlo y que, a mi regreso, si esta vez te quedas, podamos mantener esa conversación que aún se nos resiste.

Rebeca

Estrujo la carta entre mis manos, volcando en ella la rabia que la confesión de Rebeca despierta en mí. ¿Acaso pretendía ser el único hombre de su vida? La certeza de no serlo me llena de sentimientos contradictorios contra los que soy incapaz de luchar en estos momentos.

Capítulo 40

Adiós

Al llegar a Corfú recuerdo por qué la llaman la Isla Esmeralda. Apenas puedo retirar la mirada de esas aguas de un intenso y brillante color verde. La playa de Paleokastritsa es un precioso espacio de tierra abierta al mar, rodeada de rocas donde abundan los cipreses, los olivos y las higueras, y cuyas aguas hacen del lugar un paraíso. Fue uno de los sitios que visité con Alex durante nuestro viaje a la isla y de la que tengo más recuerdos.

Echo de menos aquellos días, cuando la vida transcurría de forma sencilla, sin grandes aventuras, pero también sin dramas. Y aquello que entonces no valoré en su justa medida hoy me parece toda una hazaña. Porque la vida es de todo menos sencilla, aunque Alex tuviese la capacidad de hacerte creer que lo era.

Los recuerdos de aquel verano están hoy más vivos que nunca. Aquellos días perezosos y tranquilos, pero también divertidos, vuelven con fuerza, a pesar de que había pretendido que este viaje fuese una despedida, un homenaje a aquel presente que va desdibujándose en la memoria. Sin embargo, sigue siendo muy doloroso mirar atrás.

Nunca pensé que aquella fría y lluviosa mañana de enero fuese la última que le viera con vida. No tuve tiempo de despedirme de él. La Guardia Civil me llamó para informarme del accidente y cuando llegué al hospital Alex estaba en coma. Tenía el rostro hinchado y lleno de cortes debido al impacto de los cristales sobre él, pero la peor parte se la llevaron sus pulmones. El médico me dijo que las siguientes cuarenta y ocho horas eran decisivas, pero Alex no consiguió sobrevivir y yo no pude despedirme de él.

Aquella mañana de enero fue la última vez que Alex me miró con esa mezcla de admiración y amor que siempre conseguía sorprenderme. Quizá nunca le amé con la misma intensidad que él a mí, pero sin duda lo amé, porque era sencillo hacerlo.

Me palpo la cara para descubrir que está húmeda por las lágrimas. Los recuerdos del día del accidente son demasiado dolorosos y estar en esta playa no lo hace más fácil. Recojo la toalla y la mochila y regreso al hotel.

Comienza a anochecer y los últimos rayos de sol caen débilmente sobre las aguas y tiñen las nubes de rojo. Hace una bonita noche para pasear por la playa, pero el día ha sido demasiado intenso y necesito descansar de los recuerdos.

Me doy una ducha y permanezco mucho rato bajo el agua caliente esperando que mis músculos se relajen, pero no es posible. No puedo dejar de pensar en Alex y tampoco en la forma en que me marché del hotel y dejé allí a Lucas.

Necesito hablar con alguien de todo lo que estoy sintiendo e inmediatamente pienso en Paola. Ella es mi mejor amiga y la única que puede ayudarme en un momento como este. Así que cojo el teléfono y busco su número en la agenda.

—¡Por fin das señales de vida! —exclama Paola nada más descolgar—. Estamos muy preocupados por ti.

—Lo sé y lo siento.

—¿Estás bien? —pregunta. Y a pesar de la distancia que nos separa puedo notar la preocupación en su voz.

—No, no lo estoy. Todo es demasiado complicado —respondo con un hilo de voz.

—Dime dónde estás e iré inmediatamente.

—Paola, estoy... estoy en Corfú.

—¿En Corfú?

—Sí, sé lo que vas a decir, pero no lo hagas. Necesito hablar, nada más.

—Vale, pero no sé por qué extraño motivo te torturas de esa manera.

—Quería despedirme de Alex, creía que lo necesitaba para poder seguir con mi vida. Antes... antes de venir aquí fui a Menorca, pero Lucas me encontró y...

—¿Lucas? —me interrumpe.

—Sí, no sé cómo supo dónde estaba, pero apareció en el hotel y me dijo... me dijo que sería capaz de recorrer el mundo entero para buscarme —le digo a mi amiga con un nudo en la garganta.

—Yo tengo la culpa, le dije que, probablemente, podría encontrarte allí. Espero que me perdones, pero creo que ese hombre te quiere y que tú nunca has dejado de quererle, aunque no logro entender por qué lo hacéis todo tan complicado. Y ahora si quieres puedes gritarme.

—No voy a gritarte, tienes razón.

—¿Qué has dicho? Creo que ha habido un cruce de líneas.

—No, has oído bien, tienes razón. Quiero a Lucas y sé que él me quiere, pero me fui del hotel sin despedirme, le dejé en la cama dormido y... simplemente me fui.

—No os entiendo, de verdad. Podríais ponerlos de acuerdo alguna vez. Cuando uno viene el otro va y viceversa. Y en cuanto a Alex, ya te despediste de él. Estuviste a su lado hasta el final —me recuerda Paola.

—Pensaba que si venía hasta aquí todo sería más fácil, pero ahora no sé si he hecho lo correcto.

—¿Por eso me has llamado?

—Sí, creía que podría dejar atrás el dolor que siento cada vez que pienso en él, pero es imposible. Nunca olvidaré a Alex y no quiero hacerlo, sería injusto. Solo quiero olvidar el dolor.

—Tienes que coger el primer vuelo y salir de ahí. Y hablar con Lucas para aclarar las cosas de una vez por todas. Él te ayudará a superar todo esto —me asegura.

—Le dejé una carta contándole lo de Alex y el motivo por el que tenía que hacer este viaje sola. Espero que pueda entenderlo.

—Seguro que sí.

—Voy a intentar cambiar el vuelo. Este viaje solo me ha servido para revivir el día del accidente.

—Llámame en cuanto sepas cuando llegas. Iré a buscarte al aeropuerto.

—No es necesario, pero prometo llamarte.

—Y si lo necesitas vuelve a llamarme, no importa qué hora sea, solo hazlo.

—Gracias, ahora que he hablado contigo me siento mejor —le aseguro.

En cuanto cuelgo el teléfono busco el primer vuelo para regresar a casa. Es hora de dejar todo atrás. Es hora de enfrentarme a Lucas.

Capítulo 41

A miles de kilómetros

LUCAS

Releo la arrugada carta de Rebeca. He perdido la cuenta de las veces que lo he hecho a lo largo de los últimos cuatro días, pero aún no he sacado ninguna conclusión. De sus palabras se desprende que el hombre del que habla en la carta fue alguien importante en su vida y que si aún estuviese vivo tal vez seguirían juntos. ¿En qué lugar me deja eso a mí?

Sé que puedo parecer un cabrón egoísta y lamento la pérdida de Rebeca y el infierno por el que ha debido de pasar, pero no quiero que me elija porque soy la única opción, sino porque soy la opción que desea.

Dejo la carta sobre la mesa y vuelvo a coger el teléfono. He estado a punto de llamarla muchas veces durante estos últimos días, pero cada vez que lo intento la imagino en los brazos de otro hombre y siento tanta rabia e impotencia que termino desistiendo.

Finalmente, hago lo único que sé hacer bien y lo único que puede mantenerme alejado de mis pensamientos, marcharme a hacer fotografías. Necesito fijar el objetivo en otro punto, a un millón de kilómetros de distancia de mi mente.

Capítulo 42

Bajo las estrellas

Deshacer la maleta y poner una lavadora tras otra me mantiene ocupada todo el día. He llegado a las doce de la mañana a casa y aún no he llamado a Paola para decirle que ya estoy aquí. Sé que dejaría cualquier cosa que estuviera haciendo para venir a verme y aún tengo demasiadas cosas en las que pensar, entre ellas cómo abordaré mi conversación con Lucas. Así que no es hasta la noche cuando le envío un mensaje a mi amiga para informarla de mi llegada. Ella responde a los pocos minutos enfadada y me asegura que estará aquí mañana a primera hora,

Cuando me meto en la cama no soy capaz de dormir. Las vivencias de los últimos días han sido demasiado intensas y no consigo desprenderme de ellas a pesar del cansancio. Tengo que hablar con Lucas y saber si está realmente dispuesto a dar una oportunidad a lo nuestro. Pero no me atrevo a llamarle y opto por enviarle un mensaje.

¿Estás despierto?

Espero una respuesta durante la siguiente media hora, pero, aunque puedo ver la confirmación de lectura, Lucas no dice nada. Una hora después, con el teléfono aún entre las manos, consigo dormirme, pero me despierto sobresaltada cuando comienza a vibrar y la pantalla se ilumina con una luz cegadora. Parpadeo intentando que mis ojos se acostumbren a la luz, lo cual me lleva un buen rato, y después leo la respuesta de Lucas a mi mensaje.

Últimamente no duermo demasiado.

Es un mensaje bastante ambiguo, no tengo ni idea de si trata de decirme que soy la causa de que no duerma demasiado o su falta de sueño tiene que ver con cualquier otra cosa.

Los siguientes minutos los paso pensando una respuesta. Tal vez debería invitarle a venir a mi casa o aventurarme a ir a la suya, pero no lo tengo claro y decido probar suerte con un mensaje directo, que deja la piedra en su tejado.

Tenemos que hablar.

Lucas responde a los pocos segundos, aunque sigue sin ponérmelo fácil.

Soy todo oídos.

¿Cómo?

Yo: ¿No crees que es mejor que nos veamos y hablemos cara a cara?

Lucas: Pensaba que eras una de esas personas a las que les gusta más escribir.

Yo: Eso es injusto. Al menos yo te dejé una carta explicándote mis motivos y te dije que hablaríamos a mi vuelta.

Lucas: Hay cosas que nunca deberían decirse por escrito.

Yo: ¿Sería mejor que me hubiese marchado sin más?

Lucas: Hubiese sido mejor que no te marcharas.

Yo: Tenía que hacerlo.

Lucas: No opino lo mismo.

Yo: Vale, me equivoqué, lo siento, no debí marcharme de esa manera. ¿Podemos vernos, por favor?

Lucas: Te llamaré.

Tenía la esperanza de que hubiese entendido los motivos que me llevaron a dejarle en el hotel y que me estuviese esperando. Debería haberme dado cuenta de que en todos estos días no ha intentado ponerse en contacto conmigo y que eso solo podía significar que está enfadado.

Dejo el teléfono sobre la mesilla y me levanto. Estoy completamente desvelada y no hay duda de que será una de esas noches en las que dormiré muy poco o nada. Conociendo a Lucas debería haber previsto su reacción, pero no lo he hecho y ahora solo puedo esperar. ¿Por qué es tan complicado? ¿Por qué sigo amándole a pesar de todo?

Me preparo una taza de té y salgo a la terraza. Me siento en una hamaca y miro hacia el cielo. Hace una noche bastante calurosa y en el aire flota un leve aroma a jazmín. Cierro los ojos y escucho los sonidos de la noche, el maullar de un gato, el ulular de un búho y algunas voces lejanas. Y, finalmente, al albor de la madrugada, el sueño consigue vencerme.

Cuando abro los ojos tengo el cuerpo entumecido tras pasar la noche en la hamaca y el sol cegador cae sobre mi cuerpo y me impide abrir los ojos. Pero el motivo por el que me he despertado no es el sol, tampoco el ruido de la calle, sino el timbre de la puerta. Me levanto pesadamente para ir a abrir y

arrastro los pies por el salón y el pasillo mientras bostezo.

—¿Aún estabas en la cama? —pregunta Paola pasando a mi lado como una exhalación.

—Yo también te quiero —respondo siguiéndola con torpeza hasta la cocina.

—Voy a prepararte un café bien cargado y unas tostadas. Estás demasiado delgada —me dice mientras deja una bolsa sobre la encimera—. He traído algunas cosas porque no sabía si ayer hiciste la compra.

—Solo quiero café.

—Eso ya lo veremos —amenaza poniéndose en marcha.

Prefiero no discutir con ella, tiene demasiada energía y es muy cabezota, así que, seguramente, hoy saldría perdiendo.

—¿A qué hora llegaste ayer?

—¿Por qué no has traído a Marina? —pregunto intentando distraerla.

—Marina está en casa con Daniel, si quieres verla puedes venir a comer con nosotros.

—Creía que la traerías contigo.

—Hubiese acaparado toda tu atención y quería que pudiésemos hablar tranquilas.

—Siempre tienes respuesta para todo —sonrío.

—Tú, sin embargo, nunca das respuesta a nada. ¿A qué hora llegaste ayer? —insiste.

—A las doce de la mañana, pero estaba cansada y tenía que hacer muchas cosas.

—Podrías haberme enviado un mensaje —replica.

—Cada día te pareces más a mi madre —me quejo—. Quizá si no fueses tan... pesada te habría llamado.

—Voy a olvidar lo que has dicho, porque si tu madre supiera donde has estado...

—Por eso no se lo conté y por ese mismo motivo no os dije nada a Pepa y a ti. Ya tengo bastante con mi madre. Estoy harta de que me juzguéis a todas horas.

—Tómame el café —me dice poniendo una taza delante de mí—. Y no te equivoques, no te juzgamos. No tiene sentido que sigas torturándote por la muerte de Alex. ¿Estás mejor después de ir a Corfú? ¿Ha servido de algo el viaje? No, y te diré por qué. Esas cosas no funcionan contigo y deberías

saberlo mejor que nadie.

—Así que me conoces mejor que yo misma.

—Eso parece —me dice poniendo un plato lleno de tostadas delante de mí—. Y ahora come algo.

—Sí, mamá —respondo cogiendo una tostada del montón y dando un pequeño bocado para que me deje tranquila.

—¿Has hablado ya con Lucas?

—Le envié un mensaje, él respondió y al parecer no le gustó demasiado mi forma de marcharme del hotel. Así que, aunque le pedí que habláramos, me dijo que ya me llamará.

—Tal vez no debería haberle dicho dónde podía encontrarte —se lamenta Paola.

—Eso no importa. Lucas y yo, como bien sabes, compartimos un largo historial de encuentros y desencuentros.

—Bueno, piensa en positivo, seguro que terminará llamando.

—No puedo pensar en positivo, Lucas y yo no parece que vayamos a ninguna parte y Alex está muerto. Quizá debería meterme a monja.

—Supongo que eso es algo que le encantaría a tu madre —bromea.

—Deja de decir tonterías y vuelve a casa. Esperaré unos días y si Lucas no da señales de vida me iré al pueblo. ¿Cuándo iréis vosotros?

—Pensábamos irnos mañana, pero...

—Iros mañana, yo iré en solo unos días, te lo prometo, aquí hace demasiado calor y Marina estará mucho mejor allí —la interrumpo.

—¿Por qué no vienes a comer a casa? Marina te echa de menos.

—Y yo a ella, pero no estoy de humor y en el pueblo la veré todos los días.

—Me voy, pero si necesitas algo...

—Te llamaré —le prometo.

Capítulo 43

No hay nadie más

Los días pasan, pero la llamada de Lucas no llega y empiezo a pensar que nunca llegará. Tal vez, mientras yo sigo esperando, él haya regresado a Estados Unidos para poner distancia entre nosotros. Es lo que ha hecho una y otra vez desde que nos conocemos, así que decido ponerme en marcha y hacer la maleta para ir a pasar unos días al pueblo con mis padres. Es lo que debería haber hecho hace días, pero dicen que la esperanza es lo último que se pierde y yo me he mantenido aferrada a ella hasta el último momento.

Cierro la maleta, la dejo junto a la puerta de entrada y después me doy una ducha para refrescarme. Durante los últimos días una ola de calor ha dejado temperaturas de 35°C y la casa, normalmente fresca, parece un auténtico horno. Me pongo un camisón de tirantes, me preparo una ensalada para cenar y salgo a la terraza. A pesar de que ya es de noche la temperatura no ha bajado demasiado y me espera otra noche de insomnio.

Cuando el timbre de la puerta comienza a sonar siento que mi estómago se encoge. Paola hace días que se fue al pueblo y Pepa y su marido han salido hacia París esta misma mañana. Solo puede tratarse de mi vecina o de Lucas, y esta última opción me hace sentir muy nerviosa. Echo un vistazo por la mirilla, lo primero que veo es una mata de pelo rubio y lleno mis pulmones de aire antes de abrir.

—¿Vas a alguna parte? —pregunta Lucas cuando abro la puerta reparando en la maleta que he dejado junto a ella.

—Sí, me voy mañana —respondo— ¿Vas a pasar o piensas quedarte ahí toda la noche?

Lucas no responde, pero me sigue hasta el salón y se para junto a la barra que separa la estancia de la cocina.

—¿Quieres tomar algo? —le ofrezco.

—No —responde metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

Parece bastante incómodo y yo también lo estoy. No le esperaba y no me siento preparada para enfrentarme a él.

—Ponte cómodo, iré a cambiarme de ropa —le digo dándole la espalda.

—Espera —dice sujetándome del brazo—. Solo será un momento y te he visto con menos ropa de la que llevas ahora.

Sus palabras indican que no piensa quedarse mucho tiempo y la última esperanza, que había renacido al verle, comienza a disiparse de nuevo. Asiento con la cabeza y me siento en el sillón. Lucas me imita, pero deja un espacio considerable entre nosotros. Su gesto es hostil y su mirada desafiante.

—Debiste contarme lo de ese hombre antes de que tú y yo... antes de...

—No sabía que aparecerías en el hotel, yo no lo planeé, no sé por qué me acusas de algo que ni siquiera había previsto. Además, te lo conté todo en una carta y también me he disculpado por ello. Es mucho más de lo que tú puedes decir —me defiendo.

—He cometido errores, pero nunca has perdido la ocasión de recordármelos una y otra vez. Sin embargo, esto es diferente y lo cambia todo.

—Así que tú puedes equivocarte, pero yo no —replico.

—Joder, no he dicho eso. Tenías una relación con otro hombre que terminó abruptamente cuando murió.

—Sí, y te lo he contado. ¿Qué pretendías? Fuiste tú quien me dejó y cuando regresaste era demasiado tarde. Simplemente seguí adelante con mi vida.

—Lamento el infierno por el que has debido de pasar y ojalá pudiera hacer algo para borrarlo, pero no puedo. Y me atormenta pensar que si él siguiera vivo aún estaríais juntos. ¿Dónde me deja eso a mí?

—¿Eso es lo único que te preocupa? —inquiero poniéndome en pie—. No puedo responder esa pregunta, porque no lo sé. Ojalá Alex siguiera vivo, aunque ya no estuviésemos juntos. Ojalá le hubiese acompañado aquel día.

—No digas eso —dice acercándose a mí.

—Es lo que siento.

Lucas no puede entender lo que me sucede. No sabe que la culpa me corroe por dentro porque no supe amar a Alex como se merecía y que eso es algo que nunca podré perdonarme. Tendré que aprender a vivir con ello, igual que tendré que aprender a vivir lejos de Lucas.

Camino hacia la terraza mientras lucho contra las lágrimas que están a punto de hacer su aparición. Parpadeo una y otra vez y aprieto los dientes con fuerza. Siento todos los músculos de mi cara tensos y busco en mi interior cualquier cosa a la que aferrarme para no derrumbarme.

—Rebeca —dice Lucas a mi espalda.

—Quiero que te vayas —le pido con la voz quebrada.

—No voy a dejarte así.

—¿A qué juegas? —pregunto volviéndome hacia él—. No hay nada que puedas hacer por mí y yo no puedo responder a tu pregunta. No sé qué pasaría si Alex siguiera vivo.

Noto una lágrima resbalando por mi rostro, pero antes de que pueda limpiarla Lucas se encarga de hacerlo y pasa la mano por mi cara con ternura, prolongando el contacto de su piel contra la mía. Cierro los ojos invadida por las sensaciones que su presencia y sus caricias me provocan, y vuelvo a luchar contra mi deseo de dejarme llevar.

—No lo hagas más difícil —le pido con voz susurrante—. Quiero que te vayas, esta vez para siempre.

—¿Estás segura?

—Lo estoy —respondo alejándome de él.

No sé cuánto tiempo permanezco tumbada en la cama, pero cuando regreso al salón Lucas ya no está y me siento vacía. Ya no hay nada por lo que luchar, nada en lo que creer, nada que me haga sentir.

Capítulo 44

La oportunidad no es un don

LUCAS

—¡Eres un cabrón! —exclama Paola en cuanto descuelgo el teléfono—. ¿Cómo puedes ser tan egoísta? Llegué a pensar que me había equivocado al juzgarte y hasta te dije dónde podías encontrar a Rebeca, pero nunca la has merecido.

—Paola, será mejor que te calmes para que podamos mantener una conversación civilizada.

—No voy a calmarme y vas a tener que escucharme —me espeta.

—Rebeca me dijo que no quería volver a verme —le digo mientras toma aire.

—No sé qué esperabas después de la manera en que te comportaste. Hizo lo que tenía que hacer, aunque es posible que no lo entiendas porque tu egoísmo no te deja ver más allá de tu ombligo.

—Ella debió contarme lo de Alex.

—¿Acaso le has contado tú todas las mujeres a las que te has tirado en estos años? —inquire.

—No es lo mismo —respondo.

—¡Oh, claro! Olvidaba que eres un tío y vosotros podéis hacer lo que os dé la gana.

—No, no se trata de eso. Ninguna de las mujeres con las que he estado ha significado nada para mí. Solo ella. Pero Alex...

—¿No puedes soportar que quisiera a Alex? ¿Es eso lo que te pasa? Desearía que nunca te hubiese conocido y que Alex siguiese vivo. Sería lo mejor para todos, especialmente para Rebeca. Pero ella nunca ha podido olvidarte, a pesar de todo el daño que le has causado —me escupe.

—He pedido perdón por aquello un millón de veces.

—Y ella te ha perdonado.

—¿Para qué me has llamado? ¿Para insultarme? ¿Para recordarme todas las veces que me he equivocado?

—Para recordarte que no todos podemos equivocarnos y seguir teniendo la oportunidad de estar con la persona que amamos —dice Paola en un tono de voz más suave—. Es una pena que esas oportunidades solo las tengan las personas que menos las merecen. Adiós, Lucas.

Paola cuelga el teléfono antes de que tenga la oportunidad de replicar, pero sus palabras se repiten en mi mente una y otra vez, avocándome a una espiral de emociones crecientes que al llegar la noche se mantienen a flor de piel.

Nunca he amado a nadie como a Rebeca y paso la noche contemplando su retrato, que he colgado en la pared que hay frente a mi cama. Ya no es la misma mujer de aquel entonces, cuando su corazón estaba intacto y su confianza incólume. Ahora un halo de tristeza oscurece sus ojos y el brillo de su risa está lleno de matices. Pero la amo y, si nuestro amor ha sobrevivido a todos esos años de incertidumbre, si a pesar de la distancia y las dudas aún quedan rescoldos calentando el corazón, entonces la oportunidad sigue existiendo.

Capítulo 45

No te esperaba

—Marina, eso no se chupa —le digo quitándole una piedra de la mano.

La pequeña hace pucheritos, pero en cuanto saco una marioneta de la caja de juguetes sus ojos caen sobre ella y las lágrimas desaparecen.

—Es usted una señorita muy lista y descarada —digo con voz aflautada moviendo la marioneta con la mano derecha—, pero creo que tu pañal está sucio y ha llegado la hora del baño. ¿Quieres bañarte?

Marina ríe y da palmas, la marioneta es uno de sus juguetes favoritos y nunca se cansa de ella.

—¡Hora de bañarse! —anuncia Paola saliendo al patio y cogiendo a la pequeña en brazos—. Además, se hace tarde y la tía Rebeca tiene que ir a dar un paseo.

—¡Qué sorpresa! Me parece raro que hoy no me regañes por ir sola hasta el río.

—No es raro, si te relaja y te ayuda a conciliar el sueño creo que es una buena idea.

—Gracias, en ese caso me voy. Pero volveré mañana —le digo a Marina—. ¡Choca esos cinco!

Marina golpea la palma de mi mano repetidas veces y la beso la cara, restregando la nariz sobre ella, provocándole más risas y contagiándome de su alegría.

—Hasta mañana, chicas —me despido.

—Intenta descansar, tienes ojeras.

—Lo haré, mami.

Los momentos que paso con Marina son el único estímulo que consigue sacarme del encierro en mí misma. Su risa es un regalo para mis sentidos que parecen estar adormecidos desde que me despedí de Lucas para siempre. La apatía se ha apoderado de mí por completo. Todos los días parecen exactamente iguales y nada de lo que hacen mis padres, Paola y Daniel puede apartarme de mi estado de melancolía. Ni siquiera saber que verme así les parte el corazón, me hace reaccionar.

La certeza de no volver a ver a Lucas es lo único que ocupa mi mente, eso y los recuerdos del pasado. Me cuesta comer, me cuesta respirar y me deslizo por un oscuro túnel que no parece tener fin.

Antes de ponerme en camino paso por casa para cambiarme el calzado y coger una botella de agua y la cámara de fotos. Afortunadamente, mis padres no están en casa y no tengo que someterme a sus constantes preguntas y a sus miradas cargadas de pena. Cruzo el pueblo evitando pasar por la plaza, donde todo el mundo se reúne a esta hora de la tarde, y comienzo a caminar hacia el río. Intento vaciar la mente y disfrutar del paisaje. Cada tarde hago el mismo recorrido y camino doce kilómetros en busca de un poco de paz y soledad.

Me entretengo fotografiando el cielo y los campos de girasoles, que se extienden a mis pies y parecen infinitos. Estoy tan concentrada que ni siquiera me vuelvo a mirar cuando el motor de un coche se acerca, solo me aparto hacia un lado, arrobada por la belleza que me rodea. No soy consciente de que el coche se ha parado a mi lado hasta que una alta figura se coloca a junto a mí. Mis ojos se vuelven con rapidez hacia el intruso y topan con un cuerpo fuerte que se esconde bajo una camiseta blanca. Y antes de dirigir la mirada hacia su rostro sé que se trata de él.

Lleva gafas de sol, así que no puedo ver sus ojos. Su rostro está cubierto de una incipiente barba que le hace más atractivo, si es que eso es posible, y sus labios se curvan en una media sonrisa dándole ese aire canalla tan característico. No esperaba verle aquí y me quedo muda mientras sigo escrutando su rostro en busca de respuestas e intento que mi corazón baje el ritmo de sus latidos.

—Paola me dijo dónde podía encontrarte —comienza a decir—. Esa mujer es dura de pelar. Ha estado a punto de echarme del pueblo a escobazos y casi me hace firmar un contrato antes de decirme dónde estabas.

—Ella sabe lo que es mejor para mí —respondo.

—Y por lo que parece, lo mejor para ti no soy yo —afirma—. Tenemos que hablar y esta vez no voy a marcharme hasta que lo hagamos.

—Creo que fui bastante clara cuando te dije que no quería volver a verte.

—Tenías derecho a estar enfadada porque me porté como un gilipollas. Lo siento, Rebeca, siento no haber estado nunca a la altura de las circunstancias —dice quitándose las gafas de sol y mirándome con intensidad.

Sus ojos siempre fueron mi perdición y he navegado en ellos tantas veces como me he ahogado. Así que los esquivo deliberadamente.

—Ahora no quiero hablar contigo.

—Sube al coche, por favor, vayamos a algún lugar donde podamos hablar sin que nadie nos interrumpa —me pide.

—¿Hablar? Hablar ya no sirve de nada.

—Te he hecho daño aun siendo la persona más importante de mi vida, pero te quiero y sé que me quieres, veamos hacia donde nos conduce lo que sentimos.

—Ya te dije que el amor no era suficiente —le recuerdo—. No lo ha sido durante todos estos años. ¿Qué te hace pensar que ahora será diferente?

—Sube al coche, por favor —me ruega.

Le miro nuevamente a los ojos. Lo hago con miedo, pero también con anhelo. Quiero confiar en él, pero han pasado tantas cosas que no puedo. Sin embargo, me sorprendo aceptando su ruego y subo al coche con él para recorrer la distancia que nos separa del río. Cuando llegamos, Lucas aparca a un lado del camino y nos dirigimos hacia la orilla. Está oscureciendo, pero conozco el camino de memoria, cada rama y cada piedra, tanto como desearía poder conocer a Lucas.

Cuando le oigo trastabillar me vuelvo hacia él y le tiendo la mano. Su piel es suave, está caliente y me provoca demasiadas emociones. Ahora no es el momento de pensar lo que esas manos son capaces de hacer con mi cuerpo, sino de mantener la mente fría y hacer acopio de toda mi fuerza y determinación para enfrentarme a él.

Cuando llegamos hasta el río me siento en el mismo lugar de siempre y apoyo la espalda en un árbol. Solo se oye el ruido de nuestra respiración y el sonido de los pájaros que comienzan su retirada y se ocultan en las ramas de los árboles. Pero hoy no estoy relajada como los demás días, porque la presencia de Lucas aumenta el ritmo de mis latidos y hasta mi respiración parece ir más deprisa.

Lucas se sienta a mi lado y una leve brisa agita los árboles reverberando el sonido de las hojas. Las aguas del río discurren serenas por el cauce, ajenas a mis emociones, imperturbables, solo dejándose llevar por la corriente.

—Me gusta este lugar —dice Lucas rompiendo el silencio.

—Es uno de esos lugares en los que pienso cuando deseo escapar —le confieso.

Capítulo 46

No hay escapatoria

LUCAS

—¿De qué quieres escapar, Rebeca? —pregunto mirándola a los ojos.

—De ti, de mí, de ese pasado que nos ata y no nos permite seguir adelante.

—Escapar de mí. No sabía que provocaba ese efecto en las mujeres — bromeo para relajar la tensión que hay entre nosotros.

—Yo tampoco lo sabía, siempre quise estar a tu lado.

—No siempre. Una vez no fui yo el elegido —le recuerdo.

—Entonces no estaba preparada para volver contigo. No confiaba en ti, hubiese sido un error.

—No cambiaría por nada los días que hemos pasado juntos, pero eso no significa que no asuma cada error cometido. Sin embargo, saber que estuviste con otro hombre y que él...

—¿Pretendes que crea que todo este tiempo me has sido fiel? —me interrumpes.

—No, claro que no, ha habido otras mujeres, no voy a ocultarlo, pero ninguna como tú. Pero para ti Alex significó algo más.

—Él era diferente. Aunque yo no le mereciera, porque nunca le amé del mismo modo en que él me amó. En algún lugar de mi mente siempre sobrevoló la esperanza de que regresaras un día y volviésemos a estar juntos. Tuvo que morir para que me diera cuenta de que nunca, nadie, podrá quererme como él lo hizo.

—Eso no es cierto, yo te quiero —le digo.

—¿Me quieres o solo crees que me quieres? —inquire ella.

—Tal vez no he sabido demostrártelo, pero te aseguro que te quiero y si dejas que me quede a tu lado verás que tengo razón.

—Esa es la diferencia entre vosotros. Alex no tenía que esforzarse. Me quería, nada más, y aunque es posible que el amor no sea algo sencillo, con él lo parecía.

—¿Le echas de menos? —pregunto, aun temiendo su respuesta.

—Me tortura pensar que si no hubiese estado con él habría podido encontrar a otra mujer que le amara como merecía. Pero fui una cobarde y me quedé a su lado aun sabiendo que en mi corazón no había espacio para nadie más —responde bajando la mirada hacia el suelo.

—Estoy seguro de que fue feliz contigo.

—Pero, tal vez, habría sido más feliz sin mí.

—Sé que te he hecho daño, pero estoy dispuesto a compensarte.

—Te quiero, Lucas, probablemente voy a quererte siempre, pero me siento vacía, no tengo nada que ofrecerte porque todo lo que tenía ha quedado enterrado en todos esos años de silencio, de incertidumbre y de dolor. Ni siquiera sé quién eres —me confiesa.

—Soy un hombre que te ama y cuyo único objetivo a partir de ahora es hacerte feliz.

Aunque la luz ha desaparecido y la oscuridad nos envuelve puedo sentir su mirada sobre mí. Es como una suave caricia que ahonda más allá de mi piel y me siento tan canalla por lo que le hice que ahora soy yo quien baja la cabeza.

—He deseado escuchar esas palabras un millón de veces. Soñaba que regresabas, que volvíamos a encontrarnos y me decías que me amabas —dice con nostalgia—. Ahora solo siento un enorme vacío. Tengo que superar muchas cosas y aprender a vivir con todas las pérdidas que aún no he afrontado.

—No tienes por qué hacerlo sola, puedes apoyarte en mí. Estaré a tu lado a cada paso y volverás a ser la misma mujer de siempre.

—¿Y si no lo consigo? ¿Me amarás entonces?

Rebeca se pone en pie dando por finalizada la conversación, aunque yo aún no he dicho todo lo que tenía que decir. Expresar con palabras todo lo que siento por ella es imposible y no sé cómo hacerla comprender que esta vez me quedaré a su lado para siempre.

Yo también me levanto y me coloco frente a ella. La miro y la cojo por los hombros, dejando nuestros cuerpos a solo unos pocos centímetros de distancia.

—Mírame —le pido—. Mírame a los ojos y dime lo que ves.

—Veo a un hombre que siempre parece conseguir lo que quiere, pero eso no va a funcionar ahora —responde.

—Quiero que mires dentro de mí, Rebeca, quiero que confíes en mí, que

cojas mi mano y vengas conmigo.

—Sería un viaje fascinante si no fuera porque mi viaje acaba aquí —dice alejándose de mí.

Intento seguirla, pero no conozco el camino y tropiezo una docena de veces antes de llegar al coche. Ella no está por ninguna parte y, al contraluz de la luna, veo su silueta alejándose por el camino. Ha sido rápida, pero en cuanto arranco el coche y salgo al camino consigo darle alcance enseguida.

—Sube al coche —le ordeno bajando la ventanilla.

Ella no responde y sigue caminando, cada vez más deprisa, aferrada a su cámara y a la botella de agua.

—No seas cabezota, te dejaré en casa de tus padres y me iré si es lo que quieres —insisto.

Sigue sin responder, así que paro el coche en medio del camino y corro tras ella hasta darle alcance.

—Sube al coche —digo de nuevo.

—No voy a subir al coche contigo.

—Lo harás.

—No, no lo haré —repite—. ¡Suéltame! —grita cuando la cojo por la cintura y la cargo sobre mi hombro derecho.

Abro la puerta trasera del coche y la dejo sobre el asiento. Ella intenta escaparse, pero se lo impido asiéndola de las muñecas e inmovilizando sus piernas con las mías.

—Voy a llevarte a casa —le digo.

Ella ceja en su forcejeo y asiente con la cabeza, pero no me fío, es demasiado cabezota y me quedo a su lado unos minutos más sin soltarla.

—No voy a irme —me asegura.

—Tú ya has dejado claro que no confías en mí, ¿por qué iba yo a confiar en ti?

—Porque fuiste tú quien se marchó sin despedirse, porque me destrozaste el corazón, porque yo te amo, te he querido siempre y nunca te habría abandonado. Porque el amor significa poner las necesidades del otro por encima de las nuestras —grita con la voz rota.

Sus palabras me golpean y me dejan mudo. Aún tengo mis manos sobre sus muñecas y los ojos clavados en los suyos, que comienzan a hacerse líquidos y son arrasados por las lágrimas contenidas durante tanto tiempo. Así me ve ella, como al hombre que la abandonó tras decirle un millón de

veces que la amaba y prometerle que había un futuro esperándonos. Verme a través de sus ojos me resulta tan duro como lo es para ella. No sé si abrazarla e intentar compensarla por el daño causado o unirme a sus lágrimas.

Capítulo 47

Ahora

Mis palabras brotan de mis labios sin control, igual que las lágrimas que escapan de mis ojos, imparables y silenciosas. Lucas calla y mantiene sus ojos fijos en los míos. Espero su reacción, cualquiera que sea, después de haberle empujado hasta aquí con mis palabras.

Desearía poder olvidarlo todo, levantar la mano hacia su rostro y dibujar con mis dedos sus luces y sus sombras. Es imposible no enamorarme de él cada vez que le miro, al igual que es imposible relegar al olvido todos estos años que nos preceden. Pero estoy llorando. Las lágrimas empapan mi cara y disipan el nudo que atenazaba mi garganta desde hace semanas. Es un llanto que alivia, que vacía, que hace de la tristeza algo real.

—Nunca podremos dar un paso hacia adelante si no estás dispuesta a perdonarme —dice Lucas relajando la tensión de las manos sobre mi piel y desplazándolas hacia mis dedos—. Te he pedido perdón y asumo mi culpa. Pero necesito que me des una oportunidad.

—Quiero creerte, quiero confiar en ti —respondo limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano—. Pero no puedo.

—Acabas de decir que el amor significa poner las necesidades del otro por encima de las nuestras. Bien, pues yo necesito que creas en mí, que creas en nosotros. Te necesito a ti —susurra.

—¿Y si todo vuelve a salir mal? —pregunto.

—¿Y si todo sale bien? ¿Y si dejamos escapar la oportunidad y pasamos el resto de nuestras vidas lamentándolo? Prefiero intentarlo y fracasar que rendirme —dice muy serio—. Te estaré esperando, Rebeca, aunque no eternamente. De entre todo lo que este mundo puede ofrecerme yo te elijo a ti, y tú, ¿qué eliges?

Lucas se separa de mí, sale del coche y le veo caminar hacia el asiento del conductor. Se pone al volante y arranca el coche para emprender el camino de vuelta. Y mientras su silencio cae sobre mí como una losa, me debato entre la posibilidad de un futuro incierto a su lado o dejarme arrastrar por la oscuridad de mis demonios interiores.

Epílogo

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos Marina, cumpleaños feliz. ¡Bravo!

—¡Dos años ya! —exclamo mirando a mi ahijada, que sopla las velas sin demasiado éxito.

Marina, con su vestido rojo y el pelo recogido en dos coletas, sopla con todas sus fuerzas las velas y mete las manos en la tarta poniéndose perdida de chocolate.

—¡Quieta! —le ordena Paola sujetando sus manos para evitar que lo ensucie todo.

—Es su tarta, deja que haga con ella lo que quiera —le digo a Paola.

—Ya me lo dirás cuando seas madre —responde ella frunciendo los labios.

Sonrío, porque a pesar de que Paola actúa con todos nosotros de forma maternal, regañándonos y dándonos consejos a todas horas, es la mejor amiga que podré tener jamás.

Pepa y yo nos miramos y soltamos una carcajada, y aunque Paola parece molesta, la conozco demasiado bien y sé que no está enfadada. Ella es nuestro nexo de unión, el pegamento que nos mantiene a todos unidos, sin ella nada sería igual.

La celebración del cumpleaños de Marina se extiende hasta la noche, cuando la pequeña se queda dormida en mis brazos, cansada tras un intenso día en el que ha sido la protagonista absoluta. Su cuerpo caliente sobre el mío despierta muchas emociones en mi interior, y su respiración, rítmica y pausada, me relaja y me hace sentir bien.

—Ha llegado la hora de llevarla a la cama —dice Daniel extendiendo los brazos hacia mí para que le entregue a la niña.

—Supongo que sí —le digo resistiéndome unos segundos—. Y nosotros deberíamos marcharnos, ha sido un día agotador.

—Ahora viene lo bueno, no podéis marcharos —se queja Paola.

—Estoy cansada. Esta niña es capaz de agotar a un ejército —dice Pepa.

—Parecéis unas ancianas. No hace tanto que salíais de juerga hasta el

amanecer. ¿Es que lo habéis olvidado?

—No te quejes, siempre nos estás recordando que nos hacemos mayores —bromeo.

—Solo os lo recuerdo cuando hacéis cosas más propias de adolescentes que de vuestra edad, pero son las diez de la noche. Marina tiene más aguante que vosotras.

Pero Paola no es capaz de convencernos para que nos quedemos un poco más. Todos estamos demasiado cansados y deseando regresar a casa.

Una vez en la calle, tras despedirnos de Pepa y Pedro, Lucas me envuelve con sus brazos y yo me aferro a su cintura. Sonrío porque me siento feliz, porque estar entre sus brazos es el mejor regalo que la vida me ha obsequiado.

—¿Estás cansada? —me pregunta Lucas.

—Un poco —respondo levantando la cabeza y buscando sus ojos.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa?

—Solo un millón de veces —sonrío.

Lucas se separa un poco de mí, toma mi mano y me coloca con delicadeza contra la pared de un edificio. Atrapa mi cuerpo con el suyo y posa sus labios en los míos. Siento su lengua abriéndose paso hacia el interior de mi boca y una corriente eléctrica recorre mi cuerpo de arriba abajo.

Desde hace un año estos besos forman parte de mi vida, de nuestra vida, y, sin embargo, sigo sintiéndolos con tanta intensidad como el primero. Nuestras lenguas bailan al mismo ritmo, unas veces lento, otras frenético, para desembocar después en el tacto desbocado de nuestros dedos.

—Será mejor que vayamos a casa —le digo.

—¿Qué ha sido de la mujer intrépida y atrevida de la que me enamoré?

—Creo que está en casa, esperándote —bromeo.

Lucas suelta una carcajada y vuelve a atraparme entre sus brazos, pero esta vez solo roza mis labios con los suyos y reanudamos el camino hacia nuestro hogar.

El último año ha sido tan intenso como dichoso. Antes de que el coche de Lucas se detuviera delante de la casa de mis padres, tenía una respuesta a su pregunta. En apenas diez minutos tomé una decisión que cambiaría mi destino. Podía quedarme con él o dejarle marchar, pero solo una de esas opciones incluía la posibilidad de ser feliz. Y me quedé con él a pesar de los miedos y las dudas, y su paciencia y dedicación hicieron el resto. Desde

aquella noche no hemos vuelto a separarnos. Entonces pensaba que nos esperaba un arduo camino, pero todo fue mucho más sencillo de lo que ambos habíamos previsto.

Descubrir a ese nuevo Lucas en el que conviven la espontaneidad e inquietud del joven del que me enamoré por primera vez y la seriedad y el aplomo de un hombre maduro, ha sido un viaje fascinante que me ha devuelto la ilusión y las ganas de vivir intensamente.

Mientras Lucas abre la puerta del portal aún abrazándome, aspiro el aroma de su cuerpo y contengo la respiración para retenerlo sintiendo ese cosquilleo de anticipación y deseo que su sola presencia despierta siempre en mí.

—¿Has encontrado a esa mujer intrépida y osada? —pregunto cuando la puerta se cierra a su espalda.

—Creo que sí —responde deshaciéndose de mi vestido y dejándome en ropa interior—. Me vuelves loco.

Lucas me atrae hacia él y sus manos se pierden en mi espalda, desabrochan mi sujetador y dejan mis senos desnudos. Sus labios, cálidos y húmedos, resbalan sobre ellos provocándome todo tipo de emociones y sensaciones.

—Eres preciosa —repite por millonésima vez, aunque no me canso de escucharle—. Me encantan tus nuevas curvas —me dice dibujando con los dedos el contorno de mis caderas.

Lucas se pone de rodillas y coloca el oído sobre mi vientre. Acaricio su rebelde pelo rubio y le aprieto contra mí.

—Está dormido —le digo.

Lucas me acaricia el vientre suavemente. Sus caricias son un ligero aleteo contra mi piel, aunque consiguen el mismo efecto que un terremoto.

—Así me gusta —susurra—. Aún no ha nacido y ya sabe a qué hora debe dormirse.

Estoy en el quinto mes de embarazo y mis sentidos parecen haberse desarrollado de una forma asombrosa. Lo siento todo con tanta intensidad que a veces creo que me ahogaré en mis propias emociones. Pero Lucas tiene infinita paciencia conmigo y somos tan felices que, a veces, me cuesta creerlo.

—Te llevaré a la cama —dice Lucas cogiéndome en brazos—. Aunque tal vez esta noche no te deje dormir.

—Quizá sea yo la que no te deje dormir a ti —respondo apoyando la cabeza en el hueco de su cuello.

—He creado un monstruo.

—Ja, ja, ja, yo era un monstruo antes de que tú llegaras.

Lucas me deja sobre la cama, me da un ligero beso en los labios y le veo marcharse. Vuelve un par de minutos después con la cámara en la mano y se coloca delante de mí.

—¿Otra vez? —pregunto haciendo una mueca de disgusto.

—Ya sabes que eres irresistible y nunca me canso de fotografiarte.

—Pensaba que cuando has dicho que no me ibas a dejar dormir te referías a otra cosa.

—No seas impaciente —sonríe, y pasa la mano sobre mi cuello.

—Ven, deja eso, te prometo que después podrás hacerme todas las fotografías que quieras —le digo tirando de su camisa y comenzando a desabrocharla.

—También eres insaciable.

—Y eso te encanta.

—Me gusta todo de ti. De nariz para arriba y de nariz para abajo. Eres perfecta.

—Solo a través de tus ojos —susurro sobre sus labios, después de navegar por sus ojos.

Nuestro amor, que un día fue una llama viva, nunca llegó a apagarse, y aquellos rescoldos que sobrevivieron a tantas tormentas, se avivaron en cuanto nuestras manos volvieron a unirse. Porque el amor que fue llama infinita nunca muere, solo dormita esperando que llegue su momento.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com